

EL ÚLTIMO CURSO

Capítulo 1: Una pandilla de brutos

Muy buenas tardes a todos. Me llamo Óscar Montesinos, y tengo doce años. Es la primera vez que hago algo así, es decir, coger un bolígrafo y empezar a escribir una historia. Pero bueno, siempre hay una primera vez para todo y, además, si no pongo por escrito lo que me ha pasado este año tal vez no me acuerde de todo dentro de algún tiempo. Y ésta es una historia que no querría olvidar.

Es mi historia, claro. Pero no sólo mi historia. También es la historia de mis amigos, de mis veintisiete compañeros de curso, de nuestros profesores.

Es la historia de la clase de 6ºC. Una clase como cualquiera... o casi. Porque los profes nos tenían terror. ¡Decían que éramos la promoción más bestia que había pasado por el colegio en veinte años! De hecho, una vez una profesora se puso a escribir en la pizarra todo lo que éramos, y la llenó de adjetivos, por orden alfabético, hasta que no cupieron más. Entre los que puso recuerdo los siguientes: alborotadores, animales, bárbaros, bastos, bestias, brutos, camorristas, caraduras, cerriles, descarados, desvergonzados, escandalosos, gamberros, groseros, incívicos, incivilizados, indisciplinados, maleducados, maleantes, pesados, revolucionarios, salvajes, sinvergüenzas, vándalos, zafios, y muchos más. Sugestivo, ¿eh? ¡Aprendimos mucho vocabulario aquel día!

Y como todas las historias de todas las clases de Primaria de todos los colegios, ésta comienza en septiembre, con el inicio del curso escolar.

Igual que todos los años, nos encontramos en la clase que nos tocaba aquel curso y empezamos a saludarnos y a contarnos unos a otros nuestras aventuras veraniegas. Pronto vimos que no había ningún nuevo, pero tampoco parecía que se hubiera marchado nadie.

-¿No es genial? -dijo mi amigo Alex, casi pegando botes-. ¡Todos juntos otra vez!

-Sí, genial -masculló Iván Borrás, el gamberro de la clase.

Alex y yo nos reímos. Iván era mundialmente conocido por su poca afición a los libros. Lo

dejamos quejándose de lo corto que era el verano y fuimos a reunirnos con Esther y Patricia, que nos llamaban desde el otro lado del aula. Nos habían guardado sitio donde más nos gustaba, al lado de la ventana.

-¡Ya está “la peña terrible” de nuevo reunida! -casi gritó Esther, sacudiendo sus rizos pelirrojos.

Patricia nos sonrió a modo de saludo.

Nunca he visto dos amigas tan diferentes entre ellas. A Esther Noguera la llamaban *Huracán*, ¡con eso que os cuente...! Era deportista, aventurera, valiente, descarada y un poco mandona. Por el contrario, Patricia, a quien a veces llamábamos Pat, para abreviar, era una de las empollonas de la clase. Llevaba gafas, que le daban un aire intelectual de lo más gracioso, y el pelo siempre recogido. Sacaba muy buenas notas, aunque ella decía que no estudiaba mucho. En realidad, lo que sí hacía era leer, leer un montón, a todas horas. Quizá por eso sabía tanto; nosotros aprendíamos mucho con ella.

De la misma forma, Alex y yo también éramos muy distintos. Mi amigo era inquieto como un rabo de lagartija, no paraba en el sitio y adoraba gastar bromas. ¡Nos metimos en una de líos por su culpa...! Yo en cambio soy un poco escrupuloso para esas cosas, y tal vez por eso cuando tramaba alguna de las suyas no me lo contaba a mí, sino a mi hermana Paula, un año menor que yo. Los dos se han llevado siempre fenomenal, se entienden a la perfección y son tal para cual. Por eso muchas veces, aunque a mí no me hiciera mucha gracia, Paula venía con nosotros cuando quedábamos.

En aquel momento llegaba Iván, resoplando:

-Vaya, si os habéis puesto muy cerca del profesor.

-¡Quinta fila! -protestó Patricia-. ¿Y esto te parece “cerca”?

-Pues a ti no te vendrá nada mal, Iván -se burló *Huracán*, y él la fulminó con la mirada y le replicó con su acostumbrado:

-¡Cierra el pico, pelirroja!

Algunas cosas nunca cambian, y la relación amor-odio entre Iván y Esther era una de ellas. Llevaban peleándose desde la guardería, pero les encantaba hacerlo.

Entonces entró en la clase como una tromba Fernando Sierra, nuestro delegado, sensato y

diplomático, pero también un pelota de marca. Recorrió el aula con la mirada y descubrió horrorizado que el único sitio que quedaba libre era uno en la quinta fila, junto a Iván y detrás de Alex y *Huracán*. ¡Terrible dilema! Tras buscar infructuosamente a alguien que le cambiase el sitio, fue a sentarse al lado de Iván procurando no rozarlo. ¡Quizá pensaba que el gamberrismo era una enfermedad contagiosa!

Iván lo miraba con seriedad.

-Oye, Sierra, no me pongas esa cara, que no te voy a morder.

Fernando se puso todo rojo; Alex y yo nos retorcíamos de risa porque, a pesar de sus palabras, Iván también se había separado un poco del delegado y se mantenía a una prudencial distancia, por si acaso se le pegaban las ganas de estudiar y decir siempre que sí a los profes.

¡Aquél prometía ser un curso muy divertido!

En esto llegó don Andrés, el profe de mates y medio y tutor nuestro, para poner orden. Nadie se sorprendió de verlo entrar; llevaba siendo nuestro tutor desde tercero, porque era el único capaz de dominarnos, así que no había razón para cambiarlo.

Cuando don Andrés consiguió que nos calmássemos un poco se sentó detrás de su mesa y empezó con su tradicional discurso de bienvenida. Nos dijo que se alegraba de vernos a todos otra vez, nos contó qué asignaturas y profesores tendríamos, nos aseguró que aprenderíamos muchas cosas y que eso nos haría más mayores y más humanos, y nos pidió por favor que no destrozáramos nada durante el curso.

Y entonces añadió algo nuevo.

-Supongo que sabréis que sexto es el último año de Primaria, y que después empezareis la E.S.O.

Le dijimos que sí, con una cara un poco rara. A nadie le gusta la idea de comenzar a estudiar algo que se llama "E.S.O."

-Sois la primera promoción que accede a la E.S.O. después de la reforma. Antes, la gente se quedaba en el colegio hasta los trece años, hasta 8º de E.G.B. Pero Secundaria es algo que estudiaréis en un instituto o algún colegio que disponga de ella; no aquí. Por eso, cuando acabe este curso, habréis

acabado también vuestros estudios en este colegio. ¿Lo sabíais?

Algunos sí, otros no. Pero ni siquiera a los que lo sabíamos nos hizo gracia que nos lo recordaran. ¡Dejar el colegio...! ¿Y qué haríamos después? Si cada uno se marchaba a un instituto distinto, ¿volveríamos a vernos?

Don Andrés trató de quitarle hierro al asunto.

-Así que este año os vais de viaje de fin de curso -dijo-. ¿Tenéis alguna idea?

Aquel día no hubo clase de matemáticas. Todos hacíamos planes para el curso y el viaje, y Fernando apuntaba las ideas en la pizarra. A don Andrés, por una vez, no parecía importarle que perdiésemos su clase.

Más tarde nos reunimos en el recreo para seguir hablando de lo mismo. Había que acabar el proyecto y presentárselo al director cuanto antes.

Se nos pasó el tiempo volando y no oímos el timbre de aviso. O bueno, sí lo oímos, pero no hicimos caso, hasta que alguien dio la voz de alarma, quizá demasiado tarde:

-¡Eh, que ya es la hora pasada!

Subimos en tromba las escaleras, armando un jaleo increíble, y entramos en clase parlotando todos a la vez.

Pero nos quedamos en la puerta. Sobre la tarima había una profesora alta, seca, con cara de vinagre y muy mala uva.

-¿¡Dónde estaban ustedes? -chilló más que dijo-. ¡Hace diez minutos que debería haber empezado la clase! ¡Siéntense inmediatamente!

Ningún profesor nos hablaba de usted. Se oyeron algunas risitas, pero todos nos sentamos enseguida, porque, según el horario, tocaba inglés.

-¿Y esta bruja es la nueva profesora de inglés? -se oyó la voz de Iván Borrás, que quizá no pretendía hablar tan alto.

Lo malo fue que la bruja lo oyó.

-¿Quién ha hecho ese comentario? -preguntó, mirándonos a todos como si se nos fuera a comer.

Iván nunca se había distinguido precisamente por su sinceridad, así que nadie levantó la mano.

-¿Quién? -insistió la profe que, según nos había dicho don Andrés antes del recreo, se llamaba señorita Julia.

No íbamos a acusar a Iván; ni siquiera lo miramos, para no delatarlo. Entonces el dedo de la bruja se detuvo sobre mi compañero de fatigas, Alex.

-¿Sabe usted quién ha sido?

-Sí, pero no hace falta que se lo tome tan a pecho.

-Eso es asunto mío; pero si usted sabe quién ha sido, dígame su nombre.

-¿Eh?

-¡Su nombre! -repitió la señorita Julia-. ¿O es que está usted sordo?

-¡Ah! Alejandro Vidal.

La profesora dio una mirada circular.

-¿Quién de ustedes es Alejandro Vidal?

Alex puso cara de bobo.

-Yo, señorita -tartamudeó-. Creí que me preguntaba por mi nombre.

Huracán tenía problemas para contener la risa, y yo comprendí que Alex le estaba tomando el pelo a la bruja. Ella se dio cuenta también, y se puso roja como un tomate.

-¡Siéntese! -aulló, y Alex obedeció.

Se oyó una carcajada. *Huracán* se retorció de risa en su asiento.

-¿Y usted de qué se ríe? -bramó la señorita Julia.

-De un chiste que me acaban de contar -respondió *Huracán*, y señaló a Patricia, que se sentaba a su lado-. Verá: iba una bruja montada en su escoba...

-¡Silencio! -chilló la profe-. Usted, levántese.

Pat se levantó, con una mueca que delataba sus desesperados intentos por aguantar la risa.

-Su nombre -pidió la bruja, abriendo su libreta de notas.

-Patricia Díaz.

-¿Y el de su compañera, ésa que le encuentra tanta gracia a su chiste?

Esther respondió por ella:

-Huracán.

Carcajada general.

-¡Ay, no! Verá, me llamo Esther Noguera, pero todos me llaman *Huracán*.

-No me extraña -comentó la señorita Julia sarcásticamente-. Usted y su compañera se han ganado un negativo en conducta -sentenció.

-¡Pero no puede hacer eso! ¡Si Patricia saca muy buenas notas!

-Eso no tiene nada que ver con la disciplina.

-Dis-ci-pli-na -repitió Iván. Más bien escupió la palabra.

-¿Es que aquí es desconocida esta palabra? -preguntó la bruja, con ironía.

-No, la repiten todos los profesores hasta hartarse -informó Iván-. No ha descubierto el mundo, señorita.

Borrás sabía ser impertinente, y esa observación no le hizo ninguna gracia a la profesora de inglés. Por su fuera poco, encendió el buen humor general, que ya bastante caliente estaba antes. Se oyeron risas y todo tipo de comentarios por toda la clase, y la señorita Julia se puso a plantar malas notas a diestro y siniestro. El ambiente de recochineo general la había molestado bastante.

-Venga, callaos o nos transformará a todos en ranas -rió Esteban Torres, el chulo de la clase y gamberro número dos, después de Iván.

La señorita Julia no soportó aquella impertinencia.

-Salga de clase -ordenó-. Y dígame su nombre.

-*My name is Stephen Towers, teacher* -soltó Esteban en inglés, para fardar de los viajesitos que hacía con sus padres a Escocia todos los veranos.

-Menos cachondeo y dígamelo en español.

-Esteban Torres.

-Salga de clase inmediatamente.

-No me da la gana.

Esteban, fiel a su costumbre, estaba exagerando.

-¡¡Salga de clase inmediatamente!!

-Todo español de once años tiene derecho a recibir educación -intervino Patricia, ajustándose las gafas-. Y no puede negarle ese derecho. Lo dice el Ministerio de Cultura, ¿no lo sabía?

-¡Desvergonzada!

-No, señorita -corrigió Pat, muy seria-. Me llamo Patricia, ¿no se acuerda? Se lo he dicho hace un momento.

Carcajada general.

-¡Silencio! -berreó la bruja-. ¡Son ustedes una pandilla de brutos! ¡Nunca en mi vida de profesora...!

-... que debe de haber sido muy larga... -intercaló Iván.

-¡...nunca me había encontrado con una clase así! ¡Son ustedes la vergüenza del colegio! ¡La deshonra de...!

-¿De la sociedad estudiantil? -preguntó Alex, burlón.

-¡¡Gamberros!! ¡¡Sinvergüenzas!! ¡Una pandilla de brutos, eso es lo que son ustedes!

-No debería enseñarnos esas palabrotas, señorita -dijo Esteban-. Nos está dando un mal ejemplo.

La bruja cerró de golpe su libreta de notas y salió a toda mecha del aula. Reinó entonces un silencio de ultratumba, que Fernando osó romper pasados unos minutos.

-¿En qué lío me habéis metido ahora? -nos riñó-. Como de costumbre, me va a tocar a mí hablar con el director. ¡Y el primer día de colegio!

-Pero si es algo que te encanta, confíésalo -masculló Iván; sin embargo, no lo dijo muy convencido.

-Esa Señorita Tiquismiquis nos va a declarar la guerra, ya veréis -pronosticó *Huracán*.

Alex y yo nos miramos. Ambos sabíamos que tenía razón.

Capítulo 2: Señorita Tiquismiquis

Contra lo que cabía esperar, la señorita Julia volvió sola. No la acompañaba el director, ni la subdirectora, ni la jefe de estudios, ni ningún otro profesor. Todos supusimos que habrían pensado que no valía la pena enfadarse el primer día de clase.

-¡Viva el dire! -soltó Esther, al ver aparecer a la bruja sola por la puerta.

Varios más corearon su alabanza.

-Vamos a dar clase de inglés -informó la profe con gesto agrio-. Y no quiero tonterías. El primero que haga un comentario, se marchará directo al despacho de la jefe de estudios.

Iván me pasó un papel por debajo de la mesa. Ponía: “Ya está bien de hacer el tonto o tendremos problemas el primer día de clase, y yo ya estoy más que harto de sacaros las castañas del fuego”. Y firmaba Fernando Sierra.

-Pásalo -me indicó Iván en voz baja.

Pronto el papel con el mensaje ya había recorrido toda el aula. Miramos a Fernando, que había abierto su reluciente y forradísimo libro de inglés por el primer tema, muy dispuesto a escuchar a la profesora, como si lo de la nota no fuese con él. Iván suspiró, y Alex y yo cruzamos una mirada. ¡Pobre Fernando! La verdad es que eso de ser el delegado no siempre era divertido. Siempre le tocaba a él hablar con los profesores cuando nosotros hacíamos alguna trastada.

Así que, por consideración a nuestro sufrido delegado, decidimos enterrar el hacha de guerra e intentar aprender algo de inglés.

Por tanto las clases transcurrieron con normalidad durante un mes, más o menos, hasta que, pasado ese tiempo, sucedió algo, y se declaró la guerra entre la profe de inglés (o sea, la señorita Julia) y la clase de 6°C (o sea, nosotros). La cosa fue así.

Una mañana que se me pegaron las sábanas corría yo por los pasillos, con la típica desesperación del que llega tarde a clase. Eran ya las nueve y cuarto, y mi cerebro trabajaba a toda velocidad pensando en una buena excusa para endosarle a don Andrés. Me decía a mí mismo que la culpa era de Paula, porque me había entretenido, que menuda bronca me iba ganar, que por qué me

tenía que pasar eso a mí, y otras chorradas por el estilo. Estaba tan obsesionado con el asunto que no me di cuenta de que alguien doblaba la esquina y... ¡entré en colisión como un meteoro contra la profe de inglés!

Caímos los dos al suelo, y los libros se nos desparramaron por alrededor. Las gafas de la señorita Julia habían volado por los aires, así que me apresuré a recuperarlas.

-Lo- lo siento -tartamudeé mientras se las daba-. No la vi doblar la esquina.

La bruja se puso rápidamente las gafas para ver quién era el desgraciado que había chocado con ella.

-Muy típico de usted, Montesinos -gruñó, frunciendo el ceño-. ¿Qué hacía usted corriendo tan deprisa? ¿Iba a apagar un incendio?

-Sí... digo, no. es que llegaba tarde.

La señorita Julia miró su reloj. Puse cara de culpable, y la ayudé a levantarse. Comencé a recogerle los libros. No cabía duda de que yo ya estaba apuntado en la lista negra de sus enemigos número uno.

-Esto le costará una visita al despacho del director -dijo la bruja.

Mis sospechas se confirmaron.

-Espero que le imponga un duro castigo -prosiguió la señorita Julia-, porque no hay duda de que se lo merece.

Aquello ya era pasarse. Ningún profesor se habría enfadado tanto por una tontería así.

-Pero, ¿qué he hecho? -protesté.

¡Nunca debí preguntarlo! La profesora de inglés se puso hecha una furia. La cara se le volvió roja, los ojos casi se le salieron de las órbitas y pegó tal alarido que por poco me deja sordo:

-¡¡Encima tiene la impertinencia de preguntarlo!!

Lo que chilló después no pude entenderlo. Haciendo grandes aspavientos y parloteando como un loro cabreado me llevó a rastras hasta el despacho del director. Lo que le dijo me dejó patidifuso:

-¡No se puede tolerar tal vandalismo en este colegio, don José! Primero me atropella deliberadamente, encima llegaba tarde y tiene la cara dura de preguntarme qué ha hecho.

Don José era un hombre bastante tranquilo que aguantaba mucho. Además, siempre escuchaba a la gente antes de hablar él. Por eso miró a la señorita Julia, me miró a mí (puse cara de inocente), volvió a mirar a la señorita Julia, volvió a mirarme a mí y preguntó:

-¿Es eso verdad, Óscar?

-No... bueno, sí, pero no... Verá, yo llegaba tarde a clase y por eso corría por el pasillo. Entonces, con las prisas, no vi a la señorita Julia y tropecé con ella. Fue un accidente.

-¡Embustero! -chilló ella-. ¡Lo hizo a propósito!

-¿Por qué está usted tan segura?

-Los alumnos de 6º me la tienen jurada, don José. No cabe duda de que harán cualquier cosa para librarse de mí.

“Por algo será”, pensé yo. Creo que se me notó mucho que intentaba contener la risa, porque el director carraspeó, me miró y dijo:

-Me parece que no será tanto, señorita Julia. De todos modos, creo que será mejor que lo olvide porque, si no me equivoco, hace ya media hora que Óscar debería estar en clase. Óscar, anda, vete ya. Y dile a tu profesor de mi parte que te disculpe.

-Gracias, don José -dije, y salí disparado.

Cuando entré en clase no las tenía todas conmigo. ¡Seguro que don Andrés no me iba a creer! De todas formas, había que explicárselo:

-Verá, don Andrés, es que venía corriendo y tropecé con la señorita Julia en el pasillo, y ella pensó que lo había hecho a propósito. Entonces me llevó al despacho del director. Por eso llego tarde.

El profe de mates me inspeccionó con cierto aire de sospecha. Toda la clase se moría de ganas de saber qué le estaba diciendo, porque hablábamos en voz baja.

-No digas bobadas, Óscar -soltó por fin mi tutor-. Ningún profesor lleva a un alumno al despacho del director por un choque accidental.

-¿Verdad que no? ¡Pues ella lo hizo! -acusé-. Y, si no se lo cree, hable usted mismo con don José, pero no me ponga falta de puntualidad, porque si he llegado tarde no ha sido por mi culpa.

-No, sólo te pondré un negativo en conducta por ir corriendo por los pasillos sin mirar.

Me rendí: realmente, aquel tipo se sacaba los negativos de la manga. Como era imposible seguir razonando con él, me senté; Alex me miró con cara de “cuéntamelo-todo-o-reviento”, pero le dije que más tarde, porque no estaba el horno para bollos.

Por fin acabó la interminable clase de matracas, y don Andrés se fue. Conté lo ocurrido a un grupito de gente que se había reunido a mi alrededor.

-Pero qué bestia es esa señora -comentó Alex cuando terminé-. Cree que vivimos para amargarle la vida, y tampoco hay para tanto.

-Pues deberíamos hacerlo -barbotó Iván-, porque ella sólo vive para amargarnos a nosotros.

-Eh, chicos, tranquilidad -cortó Fernando-. Que este año nos jugamos el viaje de fin de curso, así que habrá que aguantar a la bruja por mucho que nos cueste.

-Me va a ser muy difícil -suspiró *Huracán*.

Alguien avisó que venía don Alfredo, el profe de lengua, y ocupamos posiciones con cara de asco. Don Alfredo era un tipo muy serio que no aguantaba las bromas, y por eso le tenía a Alex una especial manía.

Soportamos la clase como mejor pudimos y después bajamos corriendo al recreo.

Luego tocaba inglés. Como de costumbre, al tocar el timbre subimos las escaleras en tropel armando un escándalo de mil diablos. Sólo yo iba silencioso: el silencio del caballero medieval antes de entrar en la guarida del dragón. Después de lo que había sucedido aquella mañana, estaba seguro de que la señorita Julia ya me tenía fichado: de aquella bruja tan excéntrica podía esperarse cualquier cosa.

Mis compañeros entraron a lo bestia en clase, metiendo bulla a más no poder. La señorita Julia se quedó igual de tiesa que estaba, sin mover un músculo, hasta que estuvimos todos sentados y más o menos en silencio.

-Tema tres -dijo entonces.

Todos abrimos el libro de inglés por el tema tres. Descubrimos que era el tema del que había que estudiar el vocabulario.

-No sé si recordarán -dijo la profe-, que iba a hacer un examen oral del léxico de este tema.

Se me había olvidado.

-Yo sí lo recuerdo -prosiguió la señorita Julia-, así que voy a preguntar a dos o tres sólo ara comprobar que se lo han estudiado.

Estaba claro que la inmensa mayoría no lo había hecho. Yo, la verdad, tampoco, aunque la mayoría de las veces sí solía hacerlo. Pero últimamente... ¿sería la funesta influencia de Iván, que se sentaba a mi lado en clase?

No tuve mucho tiempo para planteármelo. Como no había tocado el tema tres, me escondí disimuladamente detrás del libro rogando que preguntase a otro. Pero de nada me sirvió: los ojos de la bruja habían estado fijos en mí desde el principio. Ya me tenía fichado.

-Montesinos -dijo-, levántese.

-Demonios -mascullé para mis adentros, pero obedecí.

Lo había hecho adrede, seguro. Aún estaba resentida por lo del pasillo.

Los ojos de la señorita Julia brillaron malévolamente detrás de sus gafas de concha.

-Veamos si se ha dignado leer la lección, Montesinos.

Por suerte, siempre he tenido buena memoria, y confiaba en que recordaría alguna que otra palabra. Y las recordé. Dos de cuatro, lo cual no está nada mal para no haber estudiado. Pero la bruja no se conformaba.

-Está a caballo entre el insuficiente y el aprobado por los pelos, Montesinos -dijo-. Si no sabe la siguiente palabra le suspenderé. Lo considero justo, ¿usted no?

Rebuscó en el libro. Luego dijo simplemente:

-*Tell*.

-¿Cómo? -pregunté, pasmado-. ¿Y eso cómo se escribe?

- "T-E-L-L" -deletreó la profesora.

Me quedé de piedra. La palabra *Tell* no me sonaba de nada.

-¿Tiene algo que ver con Guillermo Tell? -pregunté ingenuamente.

Se oyó una carcajada desde el fondo del aula. Esteban Torres, el que más inglés sabía de toda la clase, se partía de risa, así que imaginé que lo de Guillermo Tell era una chorrada como una casa.

De todas formas, el resto de mis compañeros ponían cara de no tener ni idea de lo que me estaban preguntando. Algún espabilado ya buscaba la palabra en el diccionario, disimuladamente para que no le viera la profe.

Vi entonces que Patricia levantaba la mano para decir algo; siempre era así de educada. Sin embargo la señorita Julia no le hizo caso, por lo que Patricia dijo:

-Señorita Julia, la palabra *Tell* no está en el libro.

-Cállese, Díaz. Nadie le ha preguntado. Y mire mejor, porque yo le aseguro que sí está.

Aquello era como insinuar que Pat no había estudiado. Yo estaba convencido de que sí lo había hecho, y de que se sabía la lección al dedillo. Por eso no me sorprendió cuando, en vez de mirar mejor, insistió, incrédula:

-¿En el tema tres, seguro?

La bruja la fulminó con la mirada.

-Se acaba de ganar usted un negativo en conducta, Díaz -dijo.

Patricia no respondió esta vez, sino que se quedó sorprendidísima, y parpadeó varias veces. No era para menos. Aunque a veces hacía un poco el gamberro en clase, generalmente siempre se portaba muy bien, y aquel día no había hecho nada malo. Por eso todos pensamos que aquello era una injusticia.

Pero la bruja ya había vuelto a centrar su atención en mí.

-Qué, Óscar, ¿sabe ya lo que significa?

Sostuve su mirada sin pestañear, y decidí jugármela y confiar en Pat.

-No, señorita -dije lentamente-. La palabra *Tell* no está en el tema tres.

La bruja montó en cólera... o al menos eso me pareció a mí, porque luego me di cuenta de que lo que me dijo fue más bien un alarido de triunfo:

-Ahí se equivoca, Montesinos. Eso demuestra lo poco que ha estudiado. Díaz y usted se quedarán a mediodía una hora después de las clases, estudiando el tema. Siéntese.

Me quedé con la boca abierta, pero la cara de Pat sí que era un poema. ¡Pobre! Creo que nunca en la vida la habían castigado, y menos por una cosa así.

Cuando la clase acabó, la señorita Julia se fue, pero antes nos advirtió a Patricia y a mí que la esperásemos a la una:

-Recuerden que hasta las dos no salen ustedes de aquí.

Pensando en eso estaba cuando me devolvió a la realidad una exclamación de Alex:

-¡Eureka!

-¿Qué pasa?

-He encontrado *Tell* en el tema tres.

Miré su libro con curiosidad, mientras se aproximaban varios más, y descubrí cuál era el truco.

La palabreja en cuestión no estaba en el libro de texto, sino en el de actividades.

-El enunciado del ejercicio ocho -señaló Alex.

Pat se quedó tan alicaída que hasta se le empañaron las gafas.

-Qué tontería, nadie se estudia el vocabulario de las actividades -saltó *Huracán*.

-Es que los profes nunca preguntan cosas tan rebuscadas -me quejé yo.

-Ha sido una canallada -declaró Iván -. Lo tuyo y lo de Patricia. Deberíamos vengarnos de esa bruja.

-¡Muy cierto! -asintió Esteban, y Fernando se echó a temblar: ¡más líos!

-Ya os dije que la Señorita Tiquismiquis la iba a tomar con nosotros -resopló *Huracán*.

No pudimos hablar más porque empezaba la siguiente clase.

A la una tocó el timbre: la mañana había terminado para todos, ¡menos para Pat y para mí! Enseguida llegó la señorita Julia para asegurarse de que no nos habíamos escapado. Yo apenas tuve tiempo de decirle a Alex que avisara a mi hermana de que iba a llegar tarde a casa.

La hora extra que pasé estudiando inglés se me hizo eterna. De vez en cuando echaba vistazos a Patricia para ver si ella estaba tan aburrida como yo, y se me caía el alma a los pies cuando la veía tan concentrada con el inglés... hasta que descubrí que en realidad estaba leyendo otro libro medio escondido en su pupitre. Y debía de ser un libro muy interesante, porque hasta se comía las uñas de la emoción. ¡Seguro que era más entretenido que el inglés!

Yo seguía muerto de asco; para más tormento, mis tripas empezaron a protestar reclamando la

comida.

Llegaron las dos y la bruja no me dejó salir. Dieron las dos y cinco y yo ya no me podía concentrar. Las dos y diez y yo ya me comía las uñas, como Pat, aunque por motivos bien distintos. Las dos y cuarto y estaba desesperado.

A las dos y veinte me dijo que podía largarme y salí pitando, pero antes le lancé a Pat una bolita de papel para que volviera a la realidad. ¡Qué suerte, poder meterse así en un libro y no enterarse de que pasa el tiempo!

Como vivíamos en el mismo barrio, nos volvimos juntos hacia casa. Cuando llegamos a su portal nos despedimos hasta la tarde y yo seguí mi camino.

Comí solo en la cocina porque los demás ya habían comido hacía horas. Mi hermana Paula rondaba por allí, y notó enseguida que yo estaba de mala leche.

-Ya me ha contado Alex que la Julia os tiene manía -comentó-. ¿Le vais a declarar la guerra?

-En un caso corriente lo haríamos -respondí entre bocado y bocado-. Pero este año nos jugamos el viaje de fin de curso.

-No creo que el dire os deje sin él -replicó Paula-. En el fondo es un buenazo.

-¿A vosotros no os da la lata esa bruja?

-No nos cae bien, pero tampoco nos incordia mucho. ¡Montesinos, deje de hacer el tonto con el bolígrafo! -dijo con voz chillona.

-La imitas muy bien -reí-. Así es exactamente como se porta con nosotros, o incluso peor. ¡Imagínate que Pat ya ha cosechado tres negativos y un cero, y todos en conducta...!

-Increíble -soltó mi hermana que, como yo, conocía muy bien a Pat-. Yo de ti me vengaría. Además, no ha estado bien que pensara que te habías estampado contra ella a propósito.

Yo no soy tan vengativo como Paula, pero sus palabras me dieron mucho en qué pensar.

Aquella tarde convocamos una reunión urgente después de las clases. Fernando dijo que había hablado con don Andrés, para protestar ante las injusticias de la bruja; pero nuestro tutor se había encogido de hombros y había dicho:

-Algo malo le habréis hecho para que se comporte así.

De modo que esta vez incluso Fernando pensaba que había que hacer algo.

Como era costumbre en estos casos, Esteban Torres, a quien le encantaba montar líos, llevaba la voz cantante.

-¡Tenemos que acabar con esta tiranía! -proclamaba-. ¡Hemos de demostrar que nosotros también tenemos nuestros derechos y...!

-¿Y si pactamos una tregua? -le cortó Fernando.

-¡Escuchad! -dijo de pronto Alex-. ¿No es mañana quince de octubre? ¡Llevamos ya un mes en el colegio!

-¿Y? -preguntó Esteban.

-¡El mes de las bromas! -exclamó *Huracán*, encantada.

Esteban y Fernando pusieron cara de no enterarse, y Alex se lo explicó.

El “mes de las bromas” era una invención de Alex que llevábamos tres años poniendo en práctica. Consistía simplemente en gastarnos bromas unos a otros, entre el quince de octubre y el quince de noviembre, y generalmente participábamos Alex, Iván, Paula, Patricia, *Huracán* y yo.

-¿Y qué sugieres? -le preguntó Iván, que ya estaba cogiendo la onda.

-Que podemos gastarles bromas a la señorita Julia -respondió Alex.

Como siempre, Paula le apoyó:

-¡Gran idea, pero qué lástima que yo no esté en vuestra clase! ¡Ya se me están ocurriendo bromas para gastar! ¿Lo hacemos?

-Yo voto sí -dijo Iván-. ¿Alguien más?

Huracán y Esteban se apuntaron enseguida, y también Pat, aunque dudando un poco. Como yo no quería ser un aguafiestas, acepté.

Fernando nos miraba de uno en uno, algo pálido.

-Os la vais a cargar -dijo, pero nadie le escuchó.

-¡Prepárese, señorita Julia! -dijo *Huracán*, jubilosa-. ¡El mes de las bromas va a empezar!

Capítulo 3: El mes de las bromas

Al día siguiente *Huracán*, Patricia e Iván dijeron que ya tenían una broma preparada. Como habían sido los primeros, el resto tuvimos que ponernos a la cola. Se fijó un día para la broma y, aunque no nos dieron ninguna pista sobre lo que tenían pensado, sí nos pidieron que estuviéramos atentos y siguiésemos el juego.

Además nos explicaron que, para que la cosa saliese bien, tendría que colaborar toda la clase; y, como a nadie le caía bien la señorita Julia, no hubo problema en decir al resto de los compañeros que le íbamos a gastar una broma y que estuviesen al loro.

-Pero no os riáis o se descubrirá el pastel -advirtió *Huracán*.

Llegó el día señalado, y comenzó la clase de inglés. Nos costaba atender, y echábamos furtivas miradas a los componentes de grupo de la broma, por si pasaba algo.

Y por fin pasó.

Mientras la señorita Julia explicaba algo sobre los pronombres, Iván se puso a mirar insistentemente al techo.

-Borrás -gruñó la profe de inglés-, ¿quiere dejar de contemplar el vuelo de las moscas y atender a la explicación?

Iván, obediente, se concentró de nuevo en la pizarra.

Poco después Alex llamó mi atención disimuladamente y me señaló a Pat, que parecía muy interesada en observar algo en el techo. Por poco suelto una carcajada.

-¡Díaz! Deje de pensar en las musarañas y atienda.

-Sí, señorita.

Apenas dos minutos después *Huracán* siguió con el juego. La señorita Julia comenzaba a lanzar nerviosas miradas hacia arriba, y todos luchábamos por contener la risa; hasta que la bruja llamó la atención a Esther y ella apartó la vista del techo.

Pero entonces Iván, descaradamente, estiró bien el cuello, se echó hacia atrás y fijó, bizqueando, su atención en el mismo punto en el techo.

-Borrás, ¿tiene usted complejo de jirafa? -lo riñó la señorita Julia-. ¿Se puede saber qué pasa con el techo?

-Hay una mancha -anunció *Huracán*, mirando hacia arriba-. ¿No la ve, señorita Julia?

Ella miró al techo. Por supuesto, nada vio, porque nada había.

-No veo nada.

Pero todos habíamos entendido ya en qué consistía aquella tomadura de pelo, y Alex enseguida se metió en el juego:

-¿Cómo es que no la ve, con lo grande que es? -preguntó, y señaló un punto donde se suponía que estaba la mancha-. Mírela, allí.

-Es roja, señorita -dijo Pat, con un quejido-. No será sangre, ¿verdad?

-Eso pensé yo también -dijo Iván.

-No hay mancha -cortó la señorita Julia-. No me vais a tomar el pelo.

El fallo que tenía la broma, y lo comprendimos enseguida, era que los que veíamos la mancha éramos los que más problemas le habíamos dado a la profe a lo largo del curso; por eso no se fiaba de nosotros.

Pero aquello no podía acabar así. Cuando la señorita Julia nos dio la espalda para escribir algo en la pizarra, Iván se volvió hacia el resto de los chavales de la clase y les hizo señas para que siguieran el juego. Así que, cuando la profe nos miró de nuevo, se encontró con que todo el mundo se había puesto a mirar al techo.

-¡Vidal! -le gritó a Alex-. ¿Quiere repetir lo que acabo de decir?

-No la he oído, señorita -repuso Alex-. Estaba pensando si la mancha roja no será de pintura.

-No, realmente parece sangre -le dije yo-. ¿No ves que es de un color rojo oscuro?

Ambos miramos al techo, y la bruja casi se salió de sus casillas.

-¡Al próximo que mire al techo o mencione la mancha lo mando al despacho del director!

-¡Ah, sí, ya la veo! -saltó entonces Esteban desde la otra punta de la clase-. ¡Ahí, en el techo, junto a la ventana!

-¡Oh, sí! -exclamaron varios, y pronto los comentarios recorrieron todo el aula:

-¡Sí que es sangre!

-Que no, que te digo que no lo es...

-Será pintura...

-¿Pero cómo habrá llegado ahí? ¡Ayer no estaba!

La señorita Julia ya dudaba. No apartaba la vista del techo, pero seguía sin ver nada.

-¿Dónde dicen que está la mancha? -preguntó de pronto.

-¿De verdad no la ve? -preguntó *Huracán*, con la boca abierta.

-Allí, en el techo -indicó Fernando-. Justo encima de su mesa.

-No la veo. ¿No me estarán tomando el pelo?

Pusimos cara de inocentes.

-¡Qué va, qué va! -se apresuró a contestar Iván, y casi me parto de risa.

-A lo mejor la verá si se sube encima de la mesa -le sugirió Pat, con su más dulce sonrisa.

La señorita Julia tenía su dignidad, pero la curiosidad pudo con ella y se subió a la silla, y luego a la mesa. Nosotros le indicábamos dónde estaba la mancha a grito pelado, hablando todos a la vez.

Y en esto entró don Alfredo, el profe de lengua, que se quedó boquiabierto al ver a la seria profesora de inglés haciendo equilibrios encima de la mesa, mirando al techo. Nosotros ya no pudimos más y estallamos en carcajadas. La señorita Julia, colorada, bajó de la mesa, y se llevó fuera al desconcertado profesor para explicarle lo ocurrido.

En cuanto la puerta se cerró tras ellos, *Huracán* sacó un bote de témpera roja del cajón, se subió a la mesa del profesor y plantó un pegote en el techo. Nosotros reíamos hasta que se nos saltaban las lágrimas.

Entró más tarde la señorita Julia seguida de don Alfredo y don Andrés, que preguntó:

-¿Qué pasa aquí?

Fernando enseguida se ofreció para explicarlo:

-Es que hay una mancha en el techo, y la señorita Julia no la veía.

-¡No hay ninguna mancha! -protestó la bruja-. Ustedes me han tomado el pelo y...

Pero se calló de pronto cuando vio la mancha de témpera, y se puso tan roja como el color de la pintura. Don Andrés y don Alfredo también la vieron.

-Con todos mis respetos, señorita -dijo nuestro tutor-, creo que debería ir a graduarse las gafas,  no cree?

Aquél fue un día memorable. La broma había sido todo un éxito, y, cuando llegó la hora del recreo, lo primero que hice fue correr a contárselo a Paula.

- Hala, qué morro! -protest  ella-.  C mo me hubiera gustado verlo!

-Pues yo tengo preparada una broma en la que t  también podrás participar -dijo entonces Alex-. Es más; sin ti no podrá llevarla a cabo.

- Qu  es? -pregunt  Paula, interesada.

Alex nos expuso su plan, y la idea nos pareció sencillamente genial. El maestro de las bromas se iba a lucir una vez más.

Pusimos en práctica su idea cinco días más tarde. Elegimos aquel día de la semana y aquella hora por razones estratégicas: a nosotros nos tocaba deporte, mientras que 5 A, la clase de Paula, tenía inglés con la señorita Julia. Y Alex había contado con mi hermana porque su clase quedaba justo debajo de la nuestra, algo fundamental para el desarrollo de nuestra broma.

Ese día Alex y yo dijimos que estábamos lesionados para perdernos la clase de deporte y poder quedarnos en clase. En realidad yo llevaba encima un catarro monumental, y no me había costado nada que mi madre me firmase la notita para el profesor. Alex llegó con el ch ndal y todo, y fingió torcerse el pie en los primeros ejercicios con el potro, así que Salva, el profe de deporte, lo mandó para clase.

Cuando nos reunimos en el aula vacía y lo tuvimos todo preparado, Alex dio tres golpes en el suelo con el pie. Era la señal convenida para que Paula, en la clase de abajo, entrara en acción. Corrimos a la ventana y nos asomamos, impacientes.

No tuvimos que esperar demasiado.

- Ahhhhh! -se oyó un grito, y vimos que un libro de inglés salía volando por la ventana de la clase de abajo-. Era un bicho horrible, señorita Julia -siguió la voz, que pronto reconocimos como la

de Paula-. Siento haber tirado el libro por la ventana, pero es que me dio un susto...

Alex y yo casi soltamos una carcajada, pero seguimos alerta. Como habíamos previsto, la señorita Julia se asomó a la ventana para ver dónde había caído el libro. Entonces Alex dejó caer sobre su cabeza unas gotas de un líquido pestilente que guardaba en un frasco. Ella no lo notó.

La primera parte de la broma había salido bien.

Paula tuvo que ir en busca de su libro perdido, pero, según nos dijo más tarde, había valido la pena. En el cambio de clases bajé a hablar con ella:

-¡Se puso a husmear por todas partes! -me contó, retordiéndose de risa-. Hizo abrir todas las ventanas y el olor no se iba. Está enfadada, así que tened cuidado.

-¿Hicisteis lo que os dijo Alex?

-¡Claro! Nosotros insistíamos en que no olíamos nada raro.

-Alex y yo les hemos dicho a los de nuestra clase que hagan lo mismo. Ya verás... ¡la bruja se va a volver loca!

Paula soltó una carcajada alegre. Le di las gracias por su ayuda y subí disparado a clase, donde Alex había cerrado las ventanas; a pesar de que los demás subían acalorados de la clase de deporte, nadie protestó: se cocía una nueva broma y todos pensaban volver a pasárselo en grande.

Llegó entonces la señorita Julia, algo irritada, y se puso a dictar las preguntas de un control. Mientras lo hacíamos, un olor nauseabundo inundó el aula. La profe arrugó la nariz, levantó la cabeza de los ejercicios que estaba corrigiendo y dijo:

-¿También aquí tienen ese olor tan pestilente?

Todos husmeamos el aire.

-¿Qué olor? -dijo Alex inocentemente-. Yo no huelo nada.

Todos repetimos lo mismo.

Podéis imaginaros lo ofuscada que salió la bruja de nuestra clase. Durante todo el día la persiguió aquel apestoso aroma; y, como era ella la que despedía aquel olor, nadie le dijo nada, por educación, así que se fue a su casa pensando que ya no sólo le fallaba la vista, sino también el olfato.

-Esa broma se ha ganado un nueve -dijo Fernando riendo, al día siguiente.

-¿Sólo un nueve? -protestó Alex, haciendo como que se sentía muy ofendido.

-Rectifico: le pongo un nueve coma uno.

Todos nos echamos a reír, pero después, ya hablando en serio, quedamos en que deberíamos dejar pasar por lo menos una semana antes de gastar la siguiente broma, para que no se descubriera el pastel. Sin embargo Alex ya estaba maquinando una nueva gamberrada.

Esta vez los elegidos fuimos Iván y yo. Nos contó lo que tenía pensado y después concluyó:

-Necesitamos que se quede afónica.

Eso no era problema: la clase de 6°C era habitualmente un verdadero peligro para las cuerdas vocales de los profes y, como la señorita Julia gritaba más que ninguno, no iba a costarnos trabajo. Así que durante la semana de tiempo muerto que teníamos antes de la broma nos dedicamos a hacer el salvaje en clase más que de costumbre. Nos ganamos un montón de negativos en conducta, pero valió la pena: el día elegido la bruja casi no podía ni hablar de tanto que nos había gritado toda la semana.

Antes de la clase Alex nos llevó aparte a Iván y a mí.

-Necesitamos a alguien que hable con ella y que no despierte sospechas -dijo.

Iván y yo dijimos que, con lo mal que nos habíamos portado los tres toda la semana, seguro que la bruja se olería algo extraño si alguno de nosotros llevaba a cabo la última parte del plan.

-Patricia -sugirió enseguida Iván; pero Alex dijo que no con la cabeza.

-Alguien de quien no se espere una broma -insistió.

De pronto los tres tuvimos la misma idea; cruzamos una mirada y después nos volvimos hacia el inocente Fernando, nuestro flamante delegado.

Así que fuimos a hablar con él, y le expusimos nuestro plan. Al principio se negó en redondo.

-Me la voy a cargar -dijo-. Ya os advertí que no quería saber nada de vuestras bromas.

-Pero tú eres un tipo con estilo y además hablas muy bien -lo alabó Alex-. Seguro que sabes salir elegantemente del asunto y la señorita Julia ni siquiera sospechará de ti. Eres un político nato.

A Fernando se le hinchó el pecho de orgullo, pero no parecía muy convencido. En ese momento entraba la bruja en clase.

-Contamos contigo -dijo Alex, y le puso en la mano el cuerpo del delito al volver a su mesa.

La clase comenzó. La profe estaba afónica, y hablaba tan bajito que apenas se la entendía. ¡Era el momento perfecto! Alex, Iván y yo mirábamos a Fernando; pero él no se daba por aludido.

-No se atreverá -me susurró Iván-. Ya te dije que tendríamos que habérselo pedido a Pat; ella no es tan gallina.

El caso es que Fernando lo oyó, y no le hizo ninguna gracia el comentario. Así que, haciendo de tripas corazón, llamó la atención de la señorita Julia y, muy amable y galante, le ofreció un paquete de pastillas para la garganta. Ella se lo agradeció y, sin sospechar nada, engulló un par. Nosotros no le quitábamos la vista de encima.

Minutos después, la señorita Julia salía disparada de la clase.

Pat y *Huracán* se volvieron inmediatamente hacia nosotros.

-¿Qué era eso? -quiso saber *Huracán*, con los ojos brillándole de emoción-. ¿Otra broma?

-Digamos que se pasará todo el día bebiendo agua -explicó Alex con una sonrisa.

-¡Qué bien! ¡Entonces hoy no hay inglés! ¿Y por qué no lo habéis hecho antes? ¡Nos habríamos ahorrado la primera media hora!

Fernando gruñó algo y después dijo:

-Vais a ver la bronca que me echa cuando vuelva.

-Tú dile que no sabías nada -lo ayudé-. A ti te creará.

-¿Pero cómo...? -empezó Fernando, pero se calló porque ya volvía la señorita Julia, sujetándose la garganta con una mano y sosteniendo en la otra un enorme vaso de agua. Señaló a Fernando.

-¡Usted! -dijo-. ¿De dónde ha sacado eso?

El pobre Fernando temblaba como un flan, y ponía tal cara de desconcierto que realmente parecía que no sabía lo que estaba pasando.

-Yo... me... me lo dio un hombre en la panadería, porque yo... bueno... estaba resfriado y... de verdad, lo siento mucho. No llegué... a probar las pastillas y no sabía...no pensé...

-Está bien, deje de tartamudear. No pasa nada.

Se sentó de nuevo detrás de su mesa y dijo que, como casi no podía hablar, nos pondría

ejercicios para hacer. Fernando se quedó tieso en su sitio, sorprendidísimo de que no se le hubiese caído el pelo por lo de la broma. También nosotros cruzamos una mirada desconcertada. ¿Qué pasaba con la señorita Julia? ¿Por qué no se había enfadado? ¿Por qué había dejado pasar aquello?

No lo supimos hasta más tarde. Pasaron varios días más sin que intentase una nueva broma, hasta que un día, en una clase, a *Huracán* se le ocurrió una brillante idea.

Estábamos especialmente aburridos, corrigiendo unos ejercicios que casi nadie había hecho. *Huracán* estaba mirando la pizarra sin mucho interés cuando de pronto se enderezó en su asiento y le dijo a Alex, que se sentaba a su lado:

-Tengo una idea. ¡Broma a la vista!

Se lo dijo en voz baja, claro, pero yo lo oí, y avisé a Iván y a Pat. Algo iba a pasar.

Efectivamente, momentos después la bruja preguntaba si alguien quería corregir el ejercicio, y *Huracán* casi saltó de la silla. La señorita Julia se quedó muy sorprendida, porque ella no solía presentarse voluntaria, pero la dejó hacer.

Huracán salió a la pizarra y empezó a escribir las frases, que copiaba de la libreta que le había pasado Pat disimuladamente. De pronto se le cayó la tiza detrás de la silla de la profesora. *Huracán* se agachó para recogerla, pero tardó una eternidad en levantarse otra vez.

-¿Qué pasa, Noguera? -gruñó la señorita Julia-. Es para hoy.

-Es que no encuentro la tiza...

Por fin se levantó y terminó de corregir el ejercicio. Volvió a su sitio muy sonriente, pero nosotros no notábamos que hubiese pasado nada extraño. La clase siguió sin novedad; cuando terminó, miramos a *Huracán*, desencantados. Pero ella seguía sonriendo.

Miré a la señorita Julia mientras se ponía la chaqueta, que durante toda la clase había estado colgada del respaldo de la silla, y entonces lo vi. Conteniéndome para no reírme, les señalé a los demás la chaqueta de la señorita Julia: en la parte de detrás ponía, en letras pintadas con tiza:

¡HOLA, MUNDO!

SOY JULIA

Se oyó una risa en el fondo del aula. La gente ya empezaba a darse cuenta de lo que había hecho *Huracán*; a Alex le brillaban los ojos.

-La idea es muy buena -admitió-. Pero en cuanto otro profesor lo vea, se lo dirá a la señorita Julia y se acabará la broma. Y, a poco que piense, se dará cuenta de quién ha sido.

De todas formas, mientras tanto la profe de inglés iba por el cole con aquel curioso saludo a la espalda. Los demás chavales se mondaban de risa al verla, pero nadie le dijo nada.

Por la tarde, antes de que llegara don Andrés a dar la clase de medio, entró en clase Salva, el profe de deporte, el más simpático y enrollado del colegio.

-¡Eh, chavales! -gritó-. ¿Ha sido vuestra la idea de convertir a Julia en mujer-anuncio?

Callamos, por si acaso.

-Ha sido buena idea -prosiguió Salva-. Creo que todavía lleva el saludo en la espalda.

-¿No se lo dijiste? -preguntó *Huracán*.

-¡Qué va! ¿Con lo graciosa que estaba andando toda tiesa y con aquello en la chaqueta? Nadie se lo dijo; creo que no se ha cruzado con ningún otro profesor a mediodía, así que ha seguido haciendo el ridículo por la calle.

Cuando Salva se marchó, llegó Alex con noticias frescas.

-He oído a la señorita Julia hablar con la profe de música. ¡Le contaba que esta mañana por la calle la ha saludado un tipo que no conocía de nada por la calle, y la ha llamado por su nombre! Entonces la de música le ha dicho lo que llevaba a la espalda, y la bruja se ha puesto colorada, y se ha limpiado la chaqueta.

-No ha sido muy prudente la broma -dijo Fernando, preocupado-. La que le va a caer a *Huracán* va a ser buena, porque a estas alturas seguro que la señorita Julia ya sabe que ha sido ella.

Sin embargo, al día siguiente no pasó nada. La señorita Julia ni siquiera mencionó el tema.

-Está rarísima -dijo Pat-. Yo creo que tiene algún problema.

Propusimos dar por finalizado el mes de las bromas, porque pensábamos que ya nos habíamos pasado bastante. Sin embargo Esteban e Iván no estuvieron de acuerdo. Apenas cuatro días más tarde de la broma del mensaje de tiza, los dos mayores gamberros de 6º fueron a hablar con Silvia, una

chica de la clase, para pedirle colaboración.

Silvia era “verde”. No quiero decir que era marciana, sino que le gustaban mucho los animales y las plantas, y todas esas cosas, y tenía un buen zoo en casa. Todos sabíamos que se componía de dos perros, un gato, tres tortugas, un camaleón, dos canarios, un periquito, un terrario con hormigas, cuatro conejos y... ¡cinco hámsters!

Y la broma consistía, nada más y nada menos, que en soltar por la clase los cinco roedores, que estaban muy espabilados y corrían que se las pelaban. ¡Y se armó la revolución! Cuando los vio, la señorita Julia se subió a la silla y empezó a gritar:

-¡¡Aaahhhhh, ratas!! ¡¡Socorro, aquí hay ratas!!

-Mira que confundir un hámster con una rata...-oí que decía Silvia.

Cuando volvió a meter los hámsters en la jaula y todo volvió a la normalidad, para asombro nuestro la señorita Julia ni siquiera se enfadó. Indiferente, se sentó de nuevo y continuó la clase.

Tres días más tarde llegó el quince de noviembre, y dimos por concluido el mes de las bromas. Pero apenas una semana después Fernando llegó a clase a toda velocidad. Entró en el aula arrollando a todo el mundo y dijo:

-¡La señorita Julia se ha ido al “Kakistán”!

-Querrás decir “Pakistán” -corrigió Pat.

-¿Y dónde está eso? -quiso saber *Huracán*, que en geografía no andaba muy fuerte.

Lo buscamos en el atlas y descubrimos que era un país que estaba en Asia, al lado de la India.

-¡Hala, qué lejos! -dijo Iván-. Ferdi, tú nos estás tomando el pelo.

A Fernando le daba rabia que Iván lo llamase “Ferdí”, pero aquella vez no le dio importancia.

-Que lo digo en serio. Resulta que su madre, que vive allí, se ha puesto muy enferma. Ya llevaba mucho tiempo mal, pero se ve que estos días se ha puesto peor y...

-No me lo creo. ¿Qué iba a hacer la madre de la bruja en Pakistán?

-Pues me lo ha dicho don Andrés, porque yo soy el delegado -replicó Fernando, muy digno-. Quiere que sepamos que a partir de mañana tendremos una nueva profe de inglés.

Una vez nos convencimos de que la cosa iba en serio, reinó un silencio de muerte en la clase.

-Espero que su madre se ponga bien -dijo Patricia tímidamente-. Yo no le deseo ningún mal.

Y todos nos dimos cuenta de que pensábamos como ella. A mí pronto empezaron a comérseme los remordimientos.

-Creo que nos hemos pasado un poco con las bromas -farfullé-. Sabiendo lo de su madre, comprendo que fuera tan cascarrabias. Tenía un problema muy gordo.

-Le pediremos perdón cuando vuelva -decidió Fernando, y todos estuvimos de acuerdo.

Pero la señorita Julia no volvió. Más adelante nos escribió una carta, en la que nos contaba que, aunque su madre ya estaba mejor, había decidido quedarse a vivir en Pakistán. “Vosotros no sabéis la suerte que tenéis al poder estudiar”, nos decía. “Aquí vive gente en la más absoluta miseria. Muchos niños no pueden ir a la escuela, porque en algunos sitios no hay escuelas ni profesores. Por eso he decidido quedarme aquí para intentar enseñarles las cosas que sé”. También decía que nos perdonaba las bromas que le habíamos gastado y que, si no hubiera sido por sus preocupaciones, probablemente se habría reído con nosotros. “La broma del líquido pestilente fue muy ingeniosa, ¿cómo lo hicisteis?”.

Sustituyó a la señorita Julia una tal miss Samantha, una inglesa que no hablaba muy bien el español, pero que era muy simpática. A todos nos caía bien, y entre nosotros la llamábamos Sam.

A la señorita Julia no la volvimos a ver... pero todos nos llevamos a casa una fotocopia de su carta, porque nos había enseñado mucho, y no sólo cosas relacionadas con los verbos ingleses. Y yo, cada vez que miraba la famosa mancha roja, que nunca se fue del todo por más que la limpiaron, me acordaba de ella, encaramada a la mesa con la nariz pegada al techo... y pensaba que, muchas veces, las personas no son por dentro como parecen por fuera.

Capítulo 4: 6°C contra 6ºA

Sólo había dos canchas de fútbol en el colegio. Por lo general, los que bajaban antes al patio eran los que jugaban, y los que llegaban después simplemente se aguantaban y procuraban espabilarse más al día siguiente. Era la ley del colegio: gana el más listo.

Hubo un día en que don Andrés se enfadó con nosotros y, mientras nos reñía, se pasó la hora, con lo que bajamos al recreo más tarde de lo normal. Esto era algo habitual, y lo teníamos más que previsto: si alguna vez bajaban Paula y sus amigos antes que nosotros, nos guardaban la cancha, y jugábamos todos juntos.

Pero ese día cuando llegamos vimos que había problemas. Paula acudió corriendo a mi encuentro, muy asustada.

-Óscar, ese bruto de Hurtado quiere echarnos de la cancha. Hemos llegado nosotros primero, pero ellos son más, y más mayores que nosotros.

Fuimos enseguida a ver qué pasaba. Pablo Hurtado, de 6ºA, uno de los mayores gamberros del colegio, ya nos había causado problemas más de una vez. Era, además, muy grande y fuerte. Se llevaba fatal con Iván Borrás, que, encima, era el único que le plantaba cara. Por eso Iván se metió en el fregado con Alex y conmigo, para defender a Paula.

-¿Puede saberse qué te pasa? -le preguntó, de muy malos modos-. ¿Por qué quieres echarles, si han llegado antes que tú?

-¡Porque son tres! -replicó Hurtado.

-Claro, y vosotros sois diez, ¿no? Y por eso podéis intimidarles y echarles de la cancha

-No es eso, listillo. ¿Qué iban a hacer tres personas en una cancha tan grande? ¡No es justo que la ocupen toda!

-¡Nos estaban esperando a nosotros! -respondí yo.

-¡Pero eso no vale!

-¿Ah, no? ¿Y dónde están escritas las normas de uso de la cancha, me lo quieres decir? ¡Ellos han llegado primero, y pueden jugar con quien quieran!

A estas alturas ya había un grupito de gente a nuestro alrededor. La gente de 6ºB apoyaba a 6ºA, mientras que los chavales de 5ºA, la clase de Paula, estaban de nuestra parte. Cuando Iván y Hurtado ya casi llegaban a los puños apareció Salva, el profe de deporte:

-A ver, chicos, ¿qué es lo que pasa aquí?

-¡Ese bruto nos quiere echar de la cancha! -exclamó Paula señalando acusadoramente a Hurtado con el dedo.

-¡Hemos llegado antes que los de 6ºC! -se defendió él.

-¡Pero después de nosotros!

-A ver, a ver, un momento -intervino Salva-. ¿Quién ha llegado primero?

-Mis amigos y yo -dijo Paula.

-¡Tres personas! -se burló Hurtado-. Salva, ¿tú crees que tienen derecho a impedir jugar a todos los demás sólo porque quieren jugar con los de 6º C que, como de costumbre, llegan tarde?

Visto de aquel modo sonaba hasta lógico. Salva nos miró dubitativamente y luego echó un vistazo a la otra cancha, pero vio que estaba ocupada por los pequeños. Nosotros le mirábamos esperando a que dictase sentencia.

-Os diré lo que vamos a hacer -dijo por fin-. ¿Por qué no disputáis la cancha a un partido de fútbol?

Nos quedamos todos con la boca abierta. Salva sonrió, convencido ahora de que era la solución perfecta.

-Mirad, podemos jugarlo este sábado, que hay descanso de la liga interescolar -prosiguió-. Y el resultado decidirá quién se queda con la cancha la próxima vez que haya dudas sobre quién llegó primero.

-¿Y quién arbitraría? -quiso saber alguien de 6ºA.

-Yo mismo -respondió Salva-. Yo me comprometo a venir el sábado y a arbitrar el partido si vosotros no me dais plantón. ¿Qué os parece?

No lo pensamos mucho: a todos nos apetecía jugar un partido contra los de 6ºA, nuestros enemigos de toda la vida, y parecía que ellos también estaban de acuerdo, de modo que aceptamos, y

terminamos de perfilar los detalles: el sábado, a las diez, en el colegio; ellos irían de blanco y nosotros de azul.

Sólo nos quedaba organizar el equipo, algo que hicimos en los siguientes días. ¡La cancha quedó vacía!

Como era un partido de fútbol-7, Salva dijo que no admitiría más de doce jugadores por equipo: siete titulares y cinco suplentes. Hacer la selección fue difícil, porque, en cuanto se corrió la voz, todos los de nuestra clase quisieron intervenir, y también varios de la clase de mi hermana.

Por supuesto estaríamos Iván, Alex y yo. Fernando jugaba bien al fútbol, pero dijo que prefería quedarse de reserva, o, mejor aún, ser el entrenador.

-¿Para qué necesitamos un entrenador? -protestó Iván.

-Pues para discutir con el árbitro, hacer los cambios y echaros la bronca cuando juguéis mal.

-¡De eso nada, monada! A nosotros nadie nos echa la bronca. ¿No tenemos bastante con los profesores?

Pero al final se aceptó que Fernando fuera el entrenador.

También jugarían con nosotros Raúl Muñoz, el *crack* de la clase, y Sara Fernández, nuestra mejor deportista. La aportación femenina se completaba con la aguerrida *Huracán* y mi rapidísima hermana Paula.

Cuando finalizó la selección habíamos fichado a cuatro más entre 6°C y 5°A. Nos había costado mucho, pero al fin teníamos un equipo que nos parecía bastante bueno.

Y por fin llegó el día del gran partido. Nosotros estábamos muy nerviosos, pero parecía que ellos también. Además, había venido gente de nuestra clase y de la suya a vernos.

Como más o menos ya teníamos la alineación, y habíamos decidido que iríamos haciendo cambios para que jugásemos todos, no hubo problemas, y nos colocamos sobre el campo enseguida.

Entonces Salva pitó el comienzo del partido y pusimos la pelota en movimiento. El duelo deportivo más importante de aquel curso acababa de empezar.

Pronto vimos que la cosa estaba reñida. Nosotros atacábamos, o al menos lo intentábamos, pero no lográbamos pasar sus defensas... claro que ellos tampoco acertaban a quitarnos el balón. Así

que nosotros nos limitábamos a pasarnos la pelota unos a otros, al borde de su área, buscando un hueco por donde tirar. Estábamos todos muy adelantados, porque tanto defensas como medios habíamos subido a ayudar a los delanteros.

-¡Tuya! -Raúl me pasó la pelota.

No había tiempo que perder: yo estaba solo y había sitio para chutar. Y eso iba a hacer, cuando uno de los contrarios me pegó una patada en el tobillo y vi las estrellas. Salva pitó la falta mientras yo brincaba a la pata coja.

El agresor era un tal Julio Soler, con el cual yo me llevaba a matar prácticamente desde primero. Le fusilé con la mirada, pero no me atreví a más, porque el árbitro andaba muy cerca.

Lanzamos la falta. Parecía que Raúl iba a tirar a puerta, pero, en el último momento, se la pasó a Sara, que centró a Iván. Iván lanzó un auténtico cañonazo... ¡y marcó!

Nos adelantábamos en el marcador, por fin.

-¡Una jugada preciosa! -gritó Alex, que la había visto de lejos, porque era nuestro portero.

Nos las prometíamos muy felices cuando el juego se reanudó. Sin embargo, los de 6ºA empezaron a cometer faltas y más faltas. Julio Soler la había tomado conmigo; no me dejaba ni a sol ni a sombra, y llegó un momento en que me puso la zancadilla y caí al suelo cuan largo era. Salva le enseñó la tarjeta amarilla a Soler y nuestros hinchas le abuchearon.

-¡Roja, roja! -oí que chillaba Pat.

Fernando pidió cambio porque yo ya no podía ni andar. Esteban entró por mí.

Me senté en el banquillo. Inmediatamente llegaron Pat y Paula, que por el momento estaba de reserva. Traían un pequeño botiquín que habían cogido del gimnasio.

-¿Qué tal estás, Óscar? -preguntó Patricia-. Parece que ha sido fuerte.

-Tengo arañazos y moratones por todo el cuerpo -respondí, exagerando un poco-. Pero el peor es éste. -Y le enseñé mi codo derecho, que sangraba porque se me había despellejado al caer.

-Soler va por ti -declaró Paula-. Te marca muy de cerca.

-¿Y qué quieres que haga?

-Márcale tú.

Dejé de curarme la herida y me quedé mirándola.

-Y me lesiono más de lo que estoy, ¿no? Tú no estás bien de la cabeza.

Paula se encogió de hombros.

-Es un riesgo que has de correr. Si estás encima de él todo el tiempo se cansará de ti y te dejará en paz.

-Es más: le impedirás que colabore en el ataque y harás que huya de ti todo el partido -añadió Patricia-. Él es delantero y tú defensa, ¿no? ¡Pues a trabajar!

Yo miraba a una y luego miraba a la otra. Iba a replicarles, cuando apareció por allí Fernando.

-¿Vas a poder seguir o dejas a Esteban?

-Déjale y en el segundo tiempo ya veremos.

Pero nuestro flamante entrenador no me dijo qué podía hacer con Soler, así que decidí seguir los consejos de las chicas, que tenían bastante lógica.

-Vaya birria de entrenador tenemos -comentó Paula cuando Fernando no podía oírlo-. ¿Cómo os deja jugar con una defensa tan abierta? ¿Y cómo es posible que nadie esté marcando a Hurtado y a Peña?

Mi hermana pequeña nunca dejará de sorprenderme. Porque justo en ese momento Juanvi Peña, de 6ªA, lanzó a puerta... ¡el balón le dio a Alex en plena cara! El rebote fue para Pablo Hurtado, que chutó y empató el partido.

-¿Qué te decía? ¡Nadie los marcaba! -se lamentó Paula, sacudiendo su melena color rubio oscuro-. ¿Has visto lo que ha hecho? ¡Le ha tirado a Alex a la cara a propósito!

-Qué más querría él que tener tanta puntería... -comenté yo-. Pero tienes razón: son unos brutos.

Por suerte para nuestro equipo, en aquel momento Salva dio por finalizado el primer tiempo.

-¿Cómo estás, Alex? -fue lo primero que le dijo Paula a nuestro desgraciado guardameta, que seguía medio mareado después del balonazo.

-Tengo complejo de tortilla -murmuró él.

-Me han dado una patada en la espinilla -se quejó Raúl.

-¿Sólo una? -suspiró *Huracán*-. Yo he recibido seis o siete.

-Quien a hierro mata, a hierro muere -sentenció Iván-. Voy a pasarme todo el segundo tiempo dando codazos y puntapiés.

-¡Codazos en el estómago y puntapiés en la espinilla! -puntualizó Esteban.

-Sería rebajarnos a su nivel -dijo Sara, que valoraba mucho eso de la ética deportiva-. Vamos a jugar limpio. Así no tendrán nada que reprocharnos, ¿no os parece?

-No sé -dijo Raúl-. Estoy tan lleno de cardenales que no podré moverme en una semana.

-Pues muévete, super-delantero-centro -le dijo Fernando-. Tienes que marcar el gol de la victoria.

-¿Por qué yo?

-Porque eres el mejor del equipo y siempre sacas *sobres* en gimnasia -razonó nuestro entrenador-. Así que ya puedes demostrarlo.

-¿Y yo qué? -intervino Iván-. ¡Yo he marcado el primer gol!

-El primero y el último -se burló *Huracán*-. Solo frente a la portería, el guardameta en el quinto pino y alguien te pone un balón entre los pies. Hasta un burro habría hecho lo que tú.

-Pues a ver cuándo te estrenas tú, pelirroja -replicó Iván-. Que todavía no te he visto marcar un solo gol.

Esther no respondió enseguida. Ella jugaba de defensa, así que lo tenía más difícil para marcar. Pero, de todas formas, por fin pareció aceptar el desafío de Iván, porque le dirigió una sonrisa burlona.

-Dejaos de bobadas -corté yo entonces-. Todos queremos ganar, ¿verdad? Pues hay que cerrar esa defensa y marcar a Peña y a Hurtado, porque hacen lo que les da la gana dentro de nuestra área.

-¡Oye, que el entrenador soy yo! -protestó Fernando.

Nadie le hizo caso.

-Óscar, Soler la tiene tomada contigo -me dijo Iván.

-Pues yo voy a salir otra vez -decidí-. Y le voy a marcar yo mismo.

-Eh, que yo soy el entr... -se oyó débilmente la voz de Fernando.

-¿Crees que es prudente? -dijo *Huracán*.

-¡No! -soltó Fernando-. No creo que...

-A mí me parece buena idea -cortó Raúl-. Así tendremos uno menos que controlar.

-Bueno, chicos, volvemos ya -anunció Sara-. ¡A ganar!

-¡Aúpa, 6°C! -gritamos todos, y salimos a la cancha otra vez, mientras a nuestra espalda se oía a Fernando lamentándose:

-¡Soy un incomprendido! ¡Nadie me hace caso!

Siguiendo el consejo de Patricia y de mi hermana, me pegué a Soler todo el segundo tiempo. Recibí una de patadas y empujones impresionante, pero él no tocó la pelota más que dos veces. Y, como había pronosticado Pat, pronto empezó a huir de mí, porque siempre me tenía encima y no le dejaba hacer nada.

Pero aún nos quedaba mucho por ver. En una internada de Hurtado por la banda, se tropezó de narices con *Huracán*, que le cerraba el paso con gesto decidido. El bruto más bruto de 6ºA se fue muy confiado a regatearla, convencido de que podría con ella. Pero *Huracán* tenía algo que demostrarle a Iván...y sin saber muy bien cómo había sido, Pablo Hurtado se encontró de pronto plantado junto a la línea de banda y sin el balón: *Huracán* ya corría elegantemente hacia la portería contraria.

-¡Qué guay! -gritó Paula, que había salido al campo en el segundo tiempo-. ¡Te acompaño!

Y subió junto a ella al ataque. Las dos avanzaron sin muchos problemas, pasándose el balón una a otra.

-¡Que alguien las pare! -gritó Hurtado desesperado.

Paula tenía el balón. Le faltaba técnica comparada con otros, pero era rapidísima y nadie podía alcanzarla.

-¡Vamos, tú sola! -la animaba Sara desde su posición de delantera.

Finalmente Paula se encontró en el borde del área. Dos chicos y una chica de 6ºA le cerraron el paso, por lo que Paula le pasó el balón a Sara, que levantó la cabeza y vio a *Huracán* completamente sola.

-¡Toma, tira, marca! -le gritó, centrándole el balón.

Huracán empalmó un disparo por bajo que pilló descolocado al portero... ¡y gol!

¡Todos nos quedamos boquiabiertos! Había sido una jugada magnífica y la habían bordado, ellas solas, las tres chicas del equipo. *Huracán*, con guasa, le dedicó el gol a Iván, quien, a pesar de lo mal que se llevaba con ella, aplaudió su hazaña.

Íbamos ganando y faltaban quince minutos. Más emoción no podía haber. Raúl estuvo a punto de marcar el tercero, y Sara volvía loca a la defensa rival porque no paraba de moverse. Parecía que el partido era nuestro... pero en un contraataque Hurtado se escapó del marcaje de Iván y empató el partido de repente.

Ahora sí que ya podía pasar cualquier cosa. Quedaban cinco minutos, empate a dos y nosotros jugando lo mejor que podíamos.

Atacaba 6ºA. Alex rechazaba todos los disparos con las manos o con los pies, pero hubo un momento en que se formó un lío frente a la portería porque todos fuimos a coger el balón a la vez. Sólo se veía una nube de polvo, y cuatro o cinco jugadores de cada equipo estábamos allí, luchando por la pelota. Y de pronto, sin que nadie se diera cuenta, el balón salió de ese círculo y se coló dando saltitos dentro de la portería que defendía Alex, que ni siquiera se había dado cuenta de que la pelota ya no estaba dentro de aquel caos de piernas y brazos que salía de la nube de polvo.

Fue un gol de chiripa, pero le valió a 6ºA para alzarse con la victoria en aquel partido. Lo celebraron ruidosamente, mientras que nosotros nos quedamos como si nos hubiesen echado un jarro de agua fría por la cabeza.

-¡La cancha es nuestra! -gritó Pablo Hurtado.

-No, te equivocas -intervino Salva-. La cancha es para 6ºC.

No dábamos crédito a nuestros oídos. Miramos a nuestro profe de deporte como si hubiese perdido un tornillo.

-¡Cooooóómo! -soltó Hurtado-. ¡Pero si nosotros hemos ganado el partido!

-Pues por eso. Como habéis demostrado que estáis en mejor forma, son ellos los que necesitan entrenar más y, por tanto, usar la cancha.

-Pero...

-Recuerda que yo nunca he dicho que el ganador del partido ganaría también la cancha, Pablo. Sólo dije que serviría para ver quién se quedaría con ella.

Por más que protestaron los de 6ºA no consiguieron nada. Y en cuanto a nosotros, aquello tampoco nos convencía del todo. Habíamos ganado la cancha, pero habíamos perdido el partido: aquella victoria nos sabía a hiel.

Habíamos dicho que, si ganábamos el partido, iríamos todos a comer al Burguer King, para celebrarlo. Pero después de la derrota nos sentíamos tan agotados y deprimidos que decidimos hacerlo de todas formas, para ver si nos mejoraban los ánimos.

-Jo, qué rabia que no ganáramos -dijo *Huracán* entre bocado y bocado.

-En realidad nosotros nos merecíamos ganar -opinó Raúl-. Nos han machacado a base de faltas y encima el tercer gol suyo ha sido de pura suerte.

-Bueno, pero hemos perdido -filosofó Fernando-. Y lo que ya está hecho no se puede remediar.

Le miramos con malos ojos.

-Menudo entrenador estás tú hecho, Ferdi -le acusó Iván-. Dejas que vapuleen a tu equipo sin inmutarte.

-¿Que yo...? ¡Oye, no ha sido culpa mía! No me habéis hecho ni caso en todo el partido.

-Para lo que había que oír... -murmurjó Sara.

-¿No os ha quedado como un mal sabor de boca? -dijo *Huracán*.

-El único sabor que tengo en la boca ahora mismo es el de la hamburguesa -replicó Iván-. Y está muy buena.

-No, en serio. ¿No os gustaría...?

-¿Pegarles una buena paliza? -completó Alex-. Ya lo creo. Es algo que llevo deseando desde el principio del partido. Y mírame ahora, con la cara aplastada de un balonazo y tres goles en el fondo de mi portería -se lamentó.

-¡Qué desgraciados somos! -coreó Paula.

-Lo que Esther quiere decir -intervino Pat-, es que quiere la revancha.

Miramos todos a *Huracán*.

-¿Es que no has tenido suficiente? -protesté-. ¡A mí me han baldado a golpes!

-Desde luego, qué quejicas sois los chicos -comentó Sara-. Yo estoy de acuerdo con *Huracán*: quiero la revancha.

En aquellos momentos estábamos demasiado cansados como para hacerles caso, pero todos sabíamos que en el fondo llevaban razón, y que también nosotros nos moríamos por volver a jugar.

-Por una vez, la pelirroja tiene razón -dijo Iván al cabo de un rato-. ¿Y si les pedimos la revancha?

-Yo estoy de acuerdo -dijo Raúl-. Pero para más adelante. De momento, tenemos la cancha, y podemos entrenar siempre que queramos. Entonces, quizá después de las vacaciones de Navidad, hablaremos con ellos y les diremos que queremos jugar otro partido.

-¡Y esta vez ganaremos! -concluyó Paula, jubilosa.

Capítulo 5: Occidentales accidentados

Nos olvidamos del traumático partido prácticamente en cuanto se nos fueron las agujetas y se nos curaron los cardenales. Además, un día Fernando trajo novedades frescas: se estaba programando una excursión para antes de las vacaciones. No sería una excursión cultural, y tampoco iríamos demasiado lejos: nos llevaban al monte a triscar por los prados y respirar aire puro. Además, no iríamos solos: la clase de 5ºA había elegido el mismo destino.

En resumen: que aquel día, cargados con mochilas, bocadillos, cantimploras y gorras para el sol, subimos a los dos autobuses que había contratado el cole... y en dos horas nos plantamos allí, porque llegó un momento en que el autobús no pudo seguir por el estrecho sendero que nos alejaría de la civilización conocida.

Enfilamos sendero arriba, al principio hablando y riendo y, después de una hora trepando, sudorosos, cansados y silenciosos.

-¿¡Cuándo llegamos!?! -protestaba Esteban desde atrás.

-¡Ya falta menos! -anunciaba don Andrés, trotando alegremente en cabeza.

Después de un buen rato repitiendo lo mismo torcimos un recodo y lo vimos.

Era una preciosa zona para excursionistas, situada junto a un río, toda rodeada de pinos, al borde de un gran bosque, entre las montañas.

-Aquí sólo hay pinos -murmuró Esteban-. Jo, qué rollo.

-Míralo por el lado bueno -replicó Iván-. Yo prefiero pinos antes que clases.

-Pues aún hemos tenido suerte de venir en invierno -comentó Silvia-. Yo estuve aquí en verano, y no eran sólo pinos lo que abundaba por aquí... ¡también estaba plagado de moscas y mosquitos!

La miramos con aire de sospecha; Silvia siempre tenía su pecosa nariz metida en todo asunto que tuviera que ver con la naturaleza.

-Seguro que fuiste tú quien sugirió venir aquí -acusó Iván.

-Sí, fui yo -replicó Silvia, muy digna-. Si tenías una idea mejor, haberla expuesto a don

Andrés.

Por supuesto, y por mucho que protestara, Iván Borrás no tenía una idea mejor. Es más, no tenía ninguna idea, ni mejor ni peor.

Don Andrés nos dio permiso para explorar la zona recreativa. Tenía una enorme piscina que, por ser invierno, estaba vacía y muy sucia. El fondo estaba cubierto de musgo verde deslizante, cosa que descubrió Alex al caminar por el suelo imprudentemente; resbaló, cayó de nalgas y se deslizó dando vueltas por la cuesta que tenía la piscina.

-¡Parece un tobogán! -comentó *Huracán*.

-Sí, pero la torta que me he dado ha sido de impresión -se quejó Alex, frotándose la parte magullada.

Sus pantalones habían quedado manchados de verde por la retaguardia y, por más que se bajara el jersey, seguía viéndose la mancha delatora.

Aparte de la piscina, había allí mesas y bancos de madera, y unas casitas donde estaban los servicios. Nos quedamos pasmados cuando entramos, porque el excusado resultó ser un agujero en el suelo.

Cuando volvimos de visitar los servicios, Paula se acercó para proponernos una idea:

-¿Por qué no remontamos el curso del río para ver dónde nace?

Estuvimos de acuerdo pero, cuando fuimos a pedirle permiso a don Andrés, nos dijo que era mejor que esperásemos a después de comer, y eso hicimos. Tras engullir nuestros respectivos bocadillos, resultó que había más gente que quería acompañarnos en la excursión, y al final formamos un buen grupo: Alex, Paula, Pat, Esteban, *Huracán*, Iván y yo.

-A las cinco y media tenéis que estar todos aquí -nos dijo don Andrés-. El autobús se va a las seis y media y no esperará a nadie.

Después de prometerle que seríamos puntuales, emprendimos la expedición. Remontamos el curso del río durante media hora. Había tramos en los que teníamos que cruzar de una orilla a otra, y hubo un momento en que tuvimos que quitarnos las zapatillas y los calcetines y vadear el arroyo durante unos metros. El agua estaba tan helada que cuando salimos casi no sentíamos los pies.

Por fin nos cansamos de caminar, y nos sentamos en una roca que salía de la orilla y se adentraba en el agua. Allí el río formaba un pequeño remanso bastante profundo.

Nos quedamos un rato charlando sentados sobre una enorme roca junto al río, hasta que *Huracán* sugirió que fuéramos a explorar el monte.

-¿Y si nos perdemos? -objetó Pat.

-Será difícil; el sonido del río se oye desde muy lejos.

Como tenía razón, al final votamos que sí, y nos adentramos en el bosque.

-Qué monótono -comentó Paula al cabo de un rato-. Deberíamos habernos quedado en el río.

Pero entonces algo se cruzó en el camino. Algo rápido y ágil, que arrastraba una tupida cola detrás.

-¡Mirad, un zorro! -dijo Alex-. ¿Y si lo seguimos hasta su madriguera?

-¿Para qué? -protestó Iván.

Demasiado tarde. Alex el Aventurero ya corría en pos del animal.

-¡Espera! -lo llamé-. ¡No te alejes mucho!

-¡Descuida! -se oyó su voz a lo lejos; pero los pinos ya no nos dejaban verle.

-Deberíamos ir tras él -dijo Iván con seriedad, y Paula asintió, y echó a correr.

-¡Paula! -protesté; si le pasaba algo a mi hermana, me la iba a cargar en casa-. ¡Espéranos!

La seguimos todos, y al cabo de un rato logramos alcanzarla. Se había parado de pronto; estaba pálida, y se apoyaba en un árbol con un pie en el suelo y otro en el aire.

-¡Me he torcido un pie!

-¡Lo que faltaba! -soltó Esteban-. Y ahora, ¿qué hacemos?

-Pues volver -dijo Pat, agachándose para ver el pie de mi hermana-. No me extrañaría que esto fuera un esguince.

-¿Qué hora es? -pregunté.

-Las cinco y cuarto. Más vale que nos pongamos en marcha ya.

-Vamos a llegar tarde -auguró Esteban-. Si hemos tardado tres cuartos de hora en llegar hasta aquí, ahora que Paula está coja, imaginaos...

-Escuchad -dijo entonces Iván.

Lo hicimos.

-No se oye nada -dije yo.

-Justamente, Óscar. No se oye nada. Nos hemos alejado tanto del río que ya no lo oímos. -Y miró acusadoramente a *Huracán*-. Buena la has liado, pelirroja.

-¿Yo? ¿Qué he hecho?

-¿No fue tuya la idea de explorar el bosque, listilla?

-¡Yo no tengo la culpa de que Alex se largara por ahí a perseguir zorros! -se defendió ella.

-Bueno, dejad ya de discutir -intervino Alex-. Es verdad, la culpa es mía; soy un irresponsable. Lo siento, de verdad.

Parecía muy avergonzado, y Paula, que siempre había sentido simpatía por él, le sonrió a pesar del susto y de la torcedura del pie.

Pat se puso en pie.

-Bueno, una cosa está clara -dijo-. Tenemos que volver, así que, cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor.

Y empezamos a caminar hacia donde pensábamos que estaba el río. Paula avanzaba saltando a la pata coja, apoyada en Alex y en mí. Pronto Esteban, que iba en cabeza, se detuvo.

-Todo el bosque parece igual -suspiró-. Chicos, hay que aceptar lo peor: nos hemos perdido.

Paula gimió. Nos miramos unos a otros, preocupados. Eran ya las seis menos veinte.

-Pero hay que seguir -objetó Alex-. Si nos quedamos parados no encontraremos nunca el río. Tenemos que seguir andando mientras nos quede tiempo.

-¿Y no será más sensato quedarnos en un sitio concreto? -dijo Iván-. Se está haciendo de noche, y si seguimos andando a lo peor nos alejamos más del río. Además, Paula no puede más.

-Yo puedo seguir -replicó ella enseguida, levantando la cabeza.

Yo la miré fijamente.

-No, Paula, no puedes. Mírate. Estás hecha polvo.

-Pero yo no quiero ser un estorbo -protestó mi hermana, a punto de echarse a llorar.

Alex la miraba algo preocupado.

-Óscar tiene razón -dijo por fin-. No podemos seguir arrastrándote por el bosque sin saber a dónde vamos. Y tú no eres un estorbo, Paula. Quítatelo de la cabeza. Si alguien tiene la culpa de que estemos en este lío soy yo.

-Bueno, ya basta -intervine-. Seamos prácticos. Ya no importa quién tuvo la culpa, el caso es que nos hemos perdido y hay que hacer algo.

Iván nos miró y, sin previo aviso, empezó a gritar y a llamar a don Andrés, con la esperanza de que nos oyera alguien y viniera a ayudarnos.

Nosotros le imitamos. Empezamos a dar voces y no paramos hasta que realmente nuestras gargantas no daban ya más de sí. Para entonces, eran ya las siete menos cuarto, y estaba anocheciendo rápidamente. Paula, Pat y Esteban se habían sentado en el suelo, desanimados.

-No se marcharán sin nosotros, ¿verdad? -murmuró Pat.

Me apresuré a decirle que no, pero en mi mente resonaban las palabras de don Andrés: “El autobús no esperará a nadie”.

Al cabo de un rato, sólo Iván y *Huracán* seguían en pie y llamando a quien quiera que pudiera escucharlos. Los demás ya no nos sentíamos capaces de seguir gritando, porque en aquel gran bosque de pinos nos veíamos muy pequeños, estábamos acobardados y teníamos la sensación de que sólo los zorros y las demás criaturas nocturnas nos escucharían.

Pero *Huracán* e Iván estaban metidos en uno de sus interminables retos, y éste consistía en ver quién gritaba más alto y por más tiempo.

-Dejadlo ya -dijo Esteban, un poco harto-. Nadie va a escucharnos.

-¿Y si hiciéramos un fuego? -sugirió Paula-. Empieza a hacer frío.

Iván dejó de chillar y la miró.

-Podríamos provocar un incendio -objetó.

Alex se levantó.

-Iré a buscar un sitio resguardado donde podamos encender una hoguera sin peligro.

-Otra vez no -protestó Iván-. ¿Qué haremos si te pierdes? Sería peor. No llevas linterna ni nada

por el estilo.

-Daré dos silbidos en cuanto encuentre un buen sitio. Contéstame con la misma señal. Entonces me pondré a silbar todo el rato para que podáis localizarme. No me alejaré mucho y, si veo que algo va mal, silbaré tres veces. Entonces silba tú para que pueda llegar hasta vosotros.

Iván lo pensó y decidió que no era tan mala idea.

-No te vayas muy lejos -indicó-. Y, si encuentras el río, mejor aún.

-Alex, ten cuidado -murmuró Paula.

Alex asintió, y se perdió en la oscuridad.

Nos quedamos allí, temblando, deseando que Alex volviera sano y salvo. Tras veinte angustiosos minutos oímos nítidamente dos silbidos.

Iván se levantó de un salto y contestó la señal. Oímos después otro silbido.

-Seguidme -indicó Iván.

Nos levantamos todos y fuimos tras él. Guiados por los silbidos, llegamos hasta el pie de una pequeña montaña rocosa. Allí no había árboles, y descubrimos que Alex había limpiado el lugar de hierbas y agujas de pino.

-Esto está resguardado -dijo-. El viento no esparcirá las chispas.

Entre él y yo recogimos ramas suficientes para encender la hoguera. Como allí no había árboles, la luz de la luna y las estrellas nos permitía ver con algo de claridad. Dispusimos un círculo de piedras más o menos grandes en torno al montón de leña y, con un encendedor, Iván prendió fuego a las ramas, que chisporrotearon un poco para terminar convirtiéndose en una hoguera. La pared rocosa impedía que el viento incendiase los árboles que estaban un poco más lejos.

Nos sentamos todos alrededor de la hoguera sin una palabra. Estábamos cansados y asustados. Probablemente no eran más de las ocho de la tarde, pero había anochecido muy deprisa, y nos daba la sensación de que era muy tarde.

Cuando pude apartar la mirada del fuego, di una mirada circular. Paula se había dormido con la cabeza apoyada en el hombro de Alex; Iván miraba las estrellas, pensativo, *Huracán* dibujaba algo en la arena del suelo con una aguja de pino y Pat estaba tumbada de lado, con la cabeza apoyada en su

chaqueta, que hacía de almohada, contemplando las llamas.

-¿Dónde está Esteban? -pregunté.

Todos parecieron despertar de un sueño (todos menos Paula, que estaba dormida de verdad) y miraron alrededor. Iván se puso en pie de un salto.

-¡Esteeeeebaaaaaan!! -llamó.

-¡Aquíííííííí! -respondió una voz desde la oscuridad.

Alzamos la vista. Esteban había trepado por la pared rocosa, y estaba ya a una altura considerable.

-¿¡Qué haces ahí arriba!?! -gritó Iván-. ¡Que te vas a caer!

-¡Espera, ya bajo!

Minutos después estaba de nuevo con nosotros.

-¿Has visto el río? -preguntó Patricia, esperanzada.

-No, estaba muy oscuro. Pero he visto una luz. No está lejos de aquí.

-Podríamos... -empezó Alex, pero Iván le cortó.

-Ni hablar -dijo-. Si te pierdes, la llevamos clara. Mejor será quedarnos aquí hasta que amanezca y, a la luz del día, intentar llegar hasta un sitio civilizado.

Alex se resignó, y reinó el silencio de nuevo; pero todos teníamos en mente lo que Esteban había dicho.

Cuando ya estábamos casi dormidos, pasó algo. Oímos un ruido: algo o alguien se acercaba entre los árboles. Nos acurrucamos más unos contra otros.

-¿Y si es un oso? -dijo Paula.

Iván se levantó, cogió una rama de la hoguera que estaba medio quemándose y blandió amenazadoramente la improvisada antorcha.

-Deja eso, chico -dijo una voz con acento extranjero-. Puedes provocar un incendio.

Iván se relajó sólo un poco.

-Por favor, ayúdenos -dijo a la oscuridad-. Nos hemos perdido.

-Claro, chicos. Nuestro campamento no está lejos.

El hombre salió de la espesura. Cuando el resplandor del fuego lo iluminó vimos que se trataba de un japonés.

-¡Vaya! -gruñó Esteban por lo bajo, y Alex y yo nos miramos, preocupados.

-Espero que no haya problemas -dijo mi amigo en voz baja.

Esteban siempre había sido un creído y un chulo impertinente. Todo eso se lo pasábamos porque en el fondo era buen chaval. Pero tenía un defecto muy gordo: era un poco racista y no confiaba en nadie que tuviera un color de piel distinto al suyo. Todos nos acordábamos de lo mal que lo hizo pasar a una niña negra que tuvimos en clase en tercero; al final nos volvimos todos contra él y dejó de molestarla, pero todavía conservaba parte de sus extrañas ideas.

Iván se dio cuenta de lo que pasaba y se encaró con él.

-Mira, guaperas, no tengo ganas de meterme en problemas por tu culpa -le dijo muy serio-. Este hombre puede ayudarnos y nosotros nos vamos a ir con él. Si quieres quedarte aquí, de acuerdo; te quedarás solo.

Esteban nos miró uno por uno. Todos estábamos con Iván, de modo que gruñó algo sobre los amigos que te dan la espalda y finalmente murmuró que nos acompañaría, por si acaso.

-Discúlpele -dijo Pat al japonés-. Es un ignorante.

Me sorprendió que Patricia llamara a Esteban “ignorante”, porque yo le habría dedicado “piropos” más duros, pero enseguida me di cuenta de que tenía razón. A poco que se hubiera parado a pensar, Esteban se habría dado cuenta de que aquella antipatía suya por gente de otras razas era algo absurdo.

Afortunadamente el hombre no se enteró del todo de lo que estaba pasando. Movié un poco la cabeza y dijo:

-Venid conmigo.

Apagamos nuestra hoguera y lo seguimos en silencio. Sólo una vez se oyó la voz de Esteban que susurraba: “No deberíamos fiarnos de...¡ay!”; *Huracán* no le dejó terminar y le dio un pisotón sin contemplaciones.

Poco después llegamos al campamento. Nuestro salvador se llamaba Matsuo, y era un

científico, o algo por el estilo. Sus tres compañeros de trabajo eran también japoneses: Yasunari, Takehara y Namiko, que era mujer y, además, médico. Ella examinó el pie de Paula y dijo que necesitaba una escayola; como medida de emergencia, le puso una venda elástica.

Mientras, Yasunari y Takehara se fueron al puesto de guardabosques más cercano. Matsuo nos preparó chocolate caliente a todos y se puso a hablar con nosotros para quitarnos el miedo.

Esteban seguía ceñudo en un rincón. Estaba empeñado en demostrar que le caían mal los científicos japoneses, pero un par de sonrisas y gestos amables de Namiko, que era un pedazo de pan, lo ablandaron un poco.

Una hora más tarde Yasunari y Takehara volvieron con dos hombres uniformados que debían de ser guardabosques... ¡y con don Andrés!

Casi gritamos de alegría.

-¿Se ha ido ya el autobús? -preguntó Patricia.

-Claro que se ha ido. ¿Vosotros sabéis la hora que es? ¡Menudo lío habéis organizado!

Pusimos cara de culpables.

-Entonces, ¿cómo volveremos a casa? -quiso saber Paula.

Don Andrés le dijo algo sobre un Landrover, pero no llegué a oírlo bien; además, lo que pasó después fue algo confuso y no recuerdo muchos detalles. Nos despedimos de los japoneses y fuimos a la caseta de los guardabosques; don Andrés estaba ya más aliviado y hasta bromeaba con nosotros, y nos puso un mote que, según él, nos venía que ni pintado: "Occidentales accidentados", porque nos habían socorrido unos japoneses. Nosotros estábamos demasiado cansados como para discutir el chiste.

Volvimos a nuestra ciudad con don Andrés en un Landrover destartado que daba tumbos y más tumbos por carreteras mal asfaltadas. Creo que me dormí, porque no me acuerdo de nada más. Sólo de ver a Iván sentado en la parte delantera del coche, muy serio. Y recuerdo que pensé que resultaba extraño que el más sinvergüenza de la clase hubiera sido también el más responsable en un momento de apuro. Este Iván nunca dejará de sorprendernos, me dije a mí mismo.

Estaba a punto de dormirme cuando oí, en un susurro, la voz de Esteban.

-Óscar...

-¿Qué?

-Esos japoneses, ¿sabes?... No eran malos tipos.

Creo que fue por eso que dijo que me dormí con una sonrisa en los labios.

Capítulo 6: Huelga de piernas cruzadas

Después de las Navidades ya ni nos acordábamos del susto. Paula incluso tenía problemas para recordar los complicados nombres de los japoneses. Le habían escayolado la pierna; ahora tenía que andarme con ojo porque, cuando se enfadaba conmigo, me atizaba con la muleta.

La primera clase de lengua después de las vacaciones nos trajo novedades, que tenían que ver con Alex... y con don Alfredo, el profe de lengua.

Don Alfredo era un hombre ya mayor que se tomaba muy en serio eso de la disciplina y no admitía bromas ni chistes en clase. Para colmo, sus clases eran terriblemente aburridas.

A veces, sin embargo, pasaba alguna cosa que le recordaba su época de estudiante; entonces dejaba de pasear por la tarima, miraba al techo y suspiraba:

-¡Ah...! Cuando yo tenía vuestra edad...

Y empezaba a contarnos batallitas, la mayor parte de ellas bastante sosas, porque don Alfredo había sido en sus viejos tiempos un niño modelo que nunca armaba follones en clase, ni gastaba bromas, ni nada que se le pareciese.

Nosotros no sabíamos qué era peor, si las clases o sus recuerdos de infancia. Por lo menos, cuando se ponía nostálgico nos ahorrábamos los ejercicios. Sin embargo en tales ocasiones también estaba de un humor muy raro. Parecía volverse más amable, pero si algún incauto osaba hacer algo que no fuera políticamente correcto, don Alfredo se ponía hecho una fiera, y pasaba de sonreír como un corderito a rugir como un león.

Bueno, pues el caso es que aquel día fue uno de esos días, y se desató la tormenta por causa de Alex... que al entrar en clase no podía ni imaginar lo que se le vendría encima.

Alex no se había cortado el pelo desde el verano, prácticamente. Más de una vez nos había dicho que se lo iba a dejar largo, en una semimelena, y a nosotros no nos había parecido nada extraño. Incluso Paula le dijo que, como él era rubio, hasta le quedaría bien si se lo cuidaba.

Hasta antes de las Navidades no se le notaba el cambio de *look*; sólo se veía que ya iba necesitando un corte de pelo. Pero al volver de vacaciones ya era bastante evidente que se estaba

dejando melena.

Al principio don Alfredo no se fijó en él. Empezamos analizando unas frases y al cabo de un rato nos tocó corregir la siguiente: “Ayer fui al cine con mis amigos”. No sé cómo, don Alfredo empezó a contarnos cómo eran las películas del oeste que él veía cuando era niño, y a partir de ahí se puso a recordar lo que hacían él y sus amigos los fines de semana cuando tenían once años, como nosotros.

Iván y yo nos miramos, y cerramos los libros. Don Alfredo había puesto su “cara nostálgica”, sonriente y con la mirada perdida en el infinito, con lo cual supusimos que aquello iba para rato.

-Antes de salir de casa -nos decía-, nuestras madres siempre nos peinaban y arreglaban para que no fuéramos desastrados. Pero, ¡si vierais...! Algunos volvían hechos unos guarros, como si la ropa no costase dinero. -Suspiró-. Lamentablemente es algo que todavía no han aprendido las generaciones jóvenes. -Nuevo suspiro-. ¡Esas ropas, esos pantalones agujereados, esas camisetas a manchas, esos pelos...!

Y al decir “pelos” sus ojos se tropezaron de pronto con la cabeza de Alex.

Éste al principio le devolvió una mirada intrigada. No entendía por qué el profe fruncía el ceño de aquella manera.

-Alejandro -dijo don Alfredo, y en su voz había cierto tono peligroso que nos puso en guardia.

Alex parpadeó. Conocía aquella mirada de ogro; era la que le dedicaba cuando hacía alguna de las suyas, porque Alex ya había gastado muchas bromas en clase de lengua. Pero aquel día se estaba portando bien, y no podía imaginar qué estaba pasando.

-Alejandro -repitió don Alfredo-. ¿Cómo te atreves a entrar en mi clase así?

Alex se miró la ropa. Llevaba unos vaqueros y un jersey a rayas. Todo muy normal. Sin agujeros ni manchas.

-¿Cómo... qué...?

-Sal de clase -le cortó el profesor, y Alex se quedó con la boca abierta.

-¿Pero por qué?

-He dicho que salgas de clase. Y no vuelvas a entrar hasta que te cortes el pelo.

Aquella sentencia fue como un jarro de agua fría para todos.

-¿Y por qué se tiene que cortar el pelo? -soltó Esteban desde atrás-. ¿Por qué no lo puede llevar largo?

-Porque todos deben acudir aseados a clase -replicó don Alfredo, lanzándole una mirada fulminante-. Es una muestra de respeto para con el profesor, y yo no admito que me falten al respeto. Si tienes algo en contra, Esteban, puedes salir tú también al pasillo con Alejandro.

Esteban enmudeció, pero Alex seguía sin salir de su asombro.

-Pero no he hecho nada malo -protestó-. ¿Por qué no puedo llevar el pelo como yo quiero?

Don Alfredo se movía por entre las mesas. Yo supe enseguida que algo no marchaba bien. Por alguna razón, el haber salido tan bruscamente de sus recuerdos para aterrizar en la dura realidad de 6°C había sacado a don Alfredo de sus casillas.

Se plantó frente a Alex y lo miró fijamente un momento. Él de pronto se dio cuenta de que nunca debía haberle replicado.

-Levántate, Alejandro.

Alex obedeció, pero temblaba un poco. De pronto, reinaba un silencio sepulcral en la clase.

Don Alfredo levantó una mano y, de pronto, le dio una bofetada.

Todos nos quedamos mudos.

-Y ahora sal de clase, Alejandro -dijo don Alfredo.

Pero Alex le miró desafiante y se sentó. Tenía la cara roja.

El profesor levantaba nuevamente la mano, y yo reaccioné porque no pude quedarme callado un momento más. Me puse en pie y le eché en cara a don Alfredo:

-¿Sabe que están prohibidos los castigos corporales en los colegios? ¿Quiere hacer el favor de explicarme a qué se ha debido eso?

-Se lo explicaré al director, Óscar, no a ti -respondió él fríamente-. Y además ahora mismo.

Salió de clase y nos dejó a todos con la boca abierta. No lo volvimos a ver en todo el día.

-Yo creo que no ha tenido valor para hacer lo que decía -comentó Iván más tarde-. ¿Cómo le iba a explicar a don José que le ha pegado una torta a un alumno?

-No, claro que no -murmuré-. Lo más seguro es que le haya contado la historia a su manera. Debemos ir a hablar con el dire y explicarle lo que ha pasado de verdad.

Pero lo que nos dijo don José nos dejó patidifusos:

-Hay profesores a los que no les gusta que se masque chicle en clase. Otros no admiten que la gente llegue tarde. Y a don Alfredo le gusta que vayáis vestidos y peinados como Dios manda. ¿Qué le cuesta a Alex darse un corte de pelo? El año que viene estará en un instituto y no creo que nadie le pida cuentas de cómo va peinado.

-Pero... pero... -protestó Iván-. ¡Le pegó una bofetada!

-Todos sabemos que don Alfredo tiene mal carácter a veces. Es la primera vez que pasa. De todas formas, ¿no le dijo que saliera de clase?

-¿Por llevar el pelo largo?

Don José nos miró, y yo me di cuenta de que empezaba a perder la paciencia.

-Mirad, si tantos problemas tenéis porque a vuestro amigo no le dejan entrar en clase, la solución es sencilla: que se corte el pelo. Y, si tanto le preocupa, ¿por qué no ha venido él a hablar conmigo?

Iván iba a responder, pero no se le ocurrió nada qué decir, así que me miró; por algo Alex era mi mejor amigo.

-Es orgulloso -fue lo único que pude contestar, y era verdad-. Usted sabe que Alex siempre ha dado la cara cuando ha hecho alguna gamberrada. Ahora en cambio él no ha hecho nada malo, y don Alfredo ha sido injusto con él.

-Mira, Óscar, comprendo que Alex esté resentido. Pero si realmente quisiera solucionar las cosas, se cortaría el pelo.

Iván suspiró.

-Usted no lo entiende -fue lo único que dijo.

Salimos de su despacho muy desanimados.

Alex se negó a cortarse el pelo. Le llamamos cabezota, le dijimos que no valía la pena, pero él seguía en sus trece. Decía que no comprendía por qué don Alfredo no le dejaba expresar su

personalidad... o algo así. La verdad es que a veces Alex tenía unas ideas un poco raras, y me costaba entenderlo.

En cambio Paula le comprendía a la perfección.

-Imagina que vas a comprarte un jersey y puedes elegir entre uno verde y uno azul -me explicó-. Si quieres llevar el verde, ¿por qué tienen que obligarte a comprar el azul? ¿Qué tiene de malo el color verde? Si llevases el jersey azul no te sentirías tú mismo: alguien habría elegido por ti.

Todo aquello estaba muy bien, le dije; pero el caso era que don Alfredo no dejaría entrar en su clase a Alex hasta que él no se cortase el pelo y, como se enterasen en su casa, se la iba a cargar. Su padre era muy severo.

Conseguimos que don Andrés no avisara a sus padres de lo que estaba pasando con Alex y el profe de lengua, y le prometimos que trataríamos de solucionarlo. Pero Alex no estaba por la labor. Además, estaba muy raro, siempre serio, y ya apenas bromeaba.

De modo que organizamos una reunión por nuestra cuenta para hablar del tema.

-Tenemos que convencer a don José de que es Alex quien tiene razón, y no don Alfredo -dijo *Huracán*-. Pero, ¿cómo?

-Si ve que todos le apoyamos, empezará a planteárselo -dijo Pat-. Pero no sé cómo podemos llamar su atención.

-¡Nos plantamos todos en su despacho y organizamos una manifestación! -propuso enseguida Esteban.

-Cállate, Torres -lo atajó Fernando-. No empieces con tus brillantes ideas.

-No, escuchad -insistió Esteban-. Podemos hacer una huelga de brazos cruzados...

-...Y nos la cargamos. No, gracias. ¿Cómo te imaginas tú que reaccionarían los profes si nos cruzáramos de brazos y nos negáramos sencillamente a trabajar? Tenemos que pensar en algo que llame la atención pero que no les dé motivos para reñirnos.

-Por una vez, Ferdí, estoy de acuerdo contigo -dijo Iván-. Pero no es tan fácil, ¿sabes?

-¿Y por qué no hacemos una huelga de piernas cruzadas? -sugirió *Huracán*-. Mi hermano mayor lo hizo una vez en su clase. Consiste en pasar las horas con las piernas cruzadas una sobre la

otra. Así todos los días, en completo y absoluto silencio, hasta que alguien se mosquee y nos pregunte qué pasa. Es una protesta pacífica, una forma de llamar la atención sin hacer nada malo.

-¿Y crees que funcionará? -preguntó Iván, dudoso.

-Si lo hacemos bien, sí. Haremos huelga todos los días pero no diremos a nadie por qué la hacemos. Así hasta que el dire se quede intrigado y nos pregunte qué está pasando.

La idea fue aprobada por unanimidad, aunque yo tenía mis dudas. ¿Seríamos capaces de aguantar mucho tiempo en silencio durante las clases, y en esa absurda postura de las piernas cruzadas?

Cuando lo comentamos con el resto de chavales de la clase nos sorprendió la respuesta. Todos estaban dispuestos a hacer aquello y más por Alex, que siempre había sido un buen compañero y un chico de primera, por muy revoltoso que fuera a veces.

Y el caso es que lo hicimos. ¡Quién lo hubiera dicho de 6°C! Al día siguiente de la reunión los profes casi se volvieron locos. Desde las nueve hasta la una (haciendo un paréntesis en la hora del recreo) todos los alumnos de la clase de 6°C tuvieron las piernas cruzadas una sobre otra. Los profesores no tenían por qué decirnos que nos sentáramos bien; al fin y al cabo, no hacíamos nada malo, porque esa posición no nos impedía trabajar en clase, ni hacer ejercicios. Además, nos portábamos como angelitos, y todos los profes estaban de acuerdo en que era algo que había que aprovechar.

Más de uno había querido saber a qué se debía aquello, pero Fernando, el portavoz de la clase, se limitaba a decir:

-Es una huelga de piernas cruzadas. Una forma de protestar pacíficamente.

-¿Y sobre qué queréis protestar? -indagaba el profesor de turno.

-Eso lo diremos a quien corresponda, cuando quiera escucharnos.

Y el profe se quedaba con las ganas de saberlo.

El único que se dio cuenta de quién estaba detrás de todo aquello fue don Andrés, que era un viejo zorro y, además, nos conocía demasiado bien. Pero hablamos con él y le suplicamos que no nos chafase la huelga y no dijera nada a nadie. Y accedió a colaborar porque, según dijo, era buena cosa

que nos uniéramos como una piña para apoyar a un compañero, aunque fuera por una cosa tan tonta como era el hecho de que no se quisiera cortar el pelo.

En cuanto a don Alfredo, ni se inmutó, como si aquello no fuera con él. Alex pasaba sus clases en la biblioteca haciendo los deberes, y en el fondo más de uno le envidiábamos. Pero seguíamos con la huelga y él se nos unía en las demás clases.

Con el tiempo, los profesores se acostumbraron a vernos con las piernas cruzadas, y dejaron de hacer comentarios. Aunque por todo el colegio corrió la voz de que “los de 6º están haciendo una huelga de piernas cruzadas”, nadie sabía para qué la hacíamos, ni quién pretendíamos que nos hiciera caso, ni cuánto iba a durar aquello. Así de bien llevamos a cabo el plan. Y, aunque resultaba difícil pensar que veintiocho personas guardasen un secreto, lo cierto es que lo hicimos, quizá porque todos teníamos en mente la escena de don Alfredo pegando una bofetada a Alex por llevar el pelo largo.

Pasamos así una semana de huelga. Empezábamos a temer que el director aún no se había enterado de lo que se cocía en nuestra clase, cuando un día apareció por allí, y se quedó pasmado.

En primer lugar, por lo silenciosos que estábamos.

En segundo lugar porque todos, sin excepción, teníamos las piernas cruzadas una sobre otra.

Don José habló un momento con don Andrés, que era el profe que estaba con nosotros en ese momento, nos echó una mirada curiosa y salió de la clase.

En el recreo comentamos lo sucedido.

-El dire se quedó alucinado cuando entró en clase -dijo Iván-. Y si entra más veces y nos vuelve a ver así, ya habremos dominado la situación.

-¿Creéis que será prudente? -dijo Fernando, que empezaba a dudar.

-¡Pero si no hacemos nada malo, Ferdi! Ningún profesor se ha quejado hasta ahora.

-Te he dicho que no me gusta que me llames así -gruñó Fernando, pero nadie le hizo caso.

-Gracias a todos por vuestro esfuerzo -dijo entonces Alex-. Pero no creo que dé resultado. Don Alfredo y yo somos enemigos antiquísimos. Ese hombre tiene muy mal humor, y no va a ceder fácilmente, ni siquiera porque se lo pida el director.

-Mira que eres aguafiestas -lo riñó Paula, que últimamente venía más con nosotros que con los

de su curso-. Todos aquí haciendo huelga y tú repitiendo machaconamente que no sirve para nada. Si no fuera por eso del silencio, en 5ºA también la haríamos.

-No es mala idea -comentó Esteban-. Si en 5ºA también nos apoyan...

-¡No, no! -se apresuró a contestar Paula-. Se lo dirían a todo el mundo. Además, me daría rabia ser la única que no podría seguir la huelga, por lo de la pierna.

Alex se rió, y por un momento pareció ser el mismo de siempre.

En aquel momento llegaba Silvia.

-¡Ah, Alex, estás aquí! -dijo-. Te andaba buscando. Quizá os interese saber lo que le ha dicho el dire a don Andrés al entrar en clase. Yo me siento en primera fila y lo he oído todo.

-¡Cuenta, cuenta! -la animó *Huracán*.

-Pues primero le dijo algo sobre una reunión a las seis, y luego le preguntó si aquello era la famosa huelga de piernas cruzadas de la que tanto se estaba hablando. Don Andrés le contestó que sí, y el mandamás le preguntó que qué mosca nos había picado.

-¿Y qué contestó don Andrés? -preguntamos varios a la vez.

-Que no lo sabía, y que no habíamos querido decírselo... -Todos sonreímos al saber que nuestro tutor había mentido por nosotros-. Y entonces el director le preguntó si eso lo hacíamos en todas las clases o sólo en las suyas. Don Andrés dijo que no lo sabía, pero que creía que en todas. Y entonces don José puso cara de muerto-de-curiosidad y se largó.

-Lo tenemos en el bote -dijo Patricia.

Y tenía razón. Desde el día en que el director nos vio por primera vez en plena actividad huelguista, pasaba a menudo por nuestra clase, para dar recados.

-El director dando recados -observó Iván-. Se ve que sólo es una excusa para ver si seguimos con lo mismo. Le pica la curiosidad.

-Lo tenemos en el bote -repitió Pat por enésima vez. Llevaba días repitiendo lo mismo.

Mientras, Alex seguía en plan triste y dejándose crecer el pelo. Le pedí a Paula que lo animara un poco, porque Alex confiaba mucho en ella, pero sucedió al revés, y pronto tuvimos a dos melancólicos en la pandilla. A menudo Paula se quedaba pensativa y no oía lo que le decían; además,

prefería estar sola, y su sonrisa me parecía falsa.

-Oye -le dije un día-, te encargué que consiguieras que Alex saliera de su depresión y me basta con mirarte a la cara para deprimirme yo. ¿Qué es lo que pasa?

-No lo vamos a conseguir, Óscar -me dijo-. Ninguno de los dos dará su brazo a torcer. Alex terminará teniendo bronca en su casa, y ya sabes cómo es su padre cuando se enfada.

Lo pensé, pero seguía sin entender una cosa.

-Si es tan terrible, ¿por qué no se corta el pelo?

Paula me miró, un poco enfadada.

-Pero vamos a ver. ¿No has entendido nada? ¿O es que te parece bien que una persona abofetee a otra por llevar el pelo largo?

-No, pero ...

-¿Me pegarías tú a mí por llevar el pelo así? -Y sacudió su melena color rubio ceniza, que le llegaba casi por la cintura-. ¡Venga, pégame, échame de clase! Llevo el pelo más largo que Alex.

Y entonces se me ocurrió una idea brillante.

-¡Paula, eres un genio! -le dije, y le estampé un beso en la mejilla.

Ella se quedó tan sorprendida ante aquella muestra de amor fraternal que no dijo nada.

Pero yo, por mi parte, ya sabía cómo solucionar el problema que Alex y sus pelos tenían con el profesor de lengua.

Y lo mejor de todo era que el director empezaba a mosquearse, y eso podía arreglarlo absolutamente todo. Era lo único que necesitábamos.

Capítulo 7: ¡Por los pelos!

Nosotros continuamos haciendo huelga... hasta que un día pasó algo.

Era una mañana de febrero especialmente fría. Llovía y hacía un día de perros. Hubo seis o siete que faltaron a clase ese día, y también una porción de profesores se vio afectada por la epidemia de gripe, entre ellos don Andrés.

Teníamos clase de conocimiento del medio con él a segunda hora y, como él no había venido y el profesor suplente tampoco, nos quedamos solos.

En otras circunstancias habríamos hecho el salvaje hasta que llegara algún profe, pero aquella vez era distinto. Nos quedamos todos sentados (con las piernas cruzadas, por supuesto) y en silencio.

Y pasados diez minutos el director apareció por la puerta, tan deprisa como si fuera a apagar un incendio (seguro que le habían informado de que estábamos sin profesor, cosa que para él era de máxima alarma) y se quedó de piedra. Cuando se repuso de la sorpresa pudo decir:

-Bueno, como don Andrés no ha venido y no hay profesor suplente que esté disponible, tenéis estudio. Yo me quedaré con vosotros para vigilaros.

No hicimos ningún comentario. Sacamos los libros y, aún con las piernas cruzadas, nos pusimos a estudiar... ¡y el dire no daba crédito a sus ojos!

Así pasó toda la hora. Nosotros, callados como muertos, con las piernas cruzadas. Don José, muy nervioso, lanzándonos miradas inquietas, intuyendo que ahí pasaba algo raro. Y mientras, la lluvia golpeando los cristales de las ventanas era el único ruido que se oía en el aula.

Cuando ya era casi la hora de marcharnos al recreo, juntó las manos, nos miró y soltó:

-Está bien, ¿qué pasa aquí?

Nos miramos unos a otros.

-¿A qué se refiere? -preguntó Fernando.

-Pues... a esa absurda postura vuestra... y a vuestro extraño comportamiento. No es normal, y lo sabéis.

Fernando respiró hondo. Llevábamos mucho tiempo esperando aquello, y ahora había llegado

el momento de que pusiera en juego toda su diplomacia. Por algo llevaba siendo nuestro delegado desde cuarto de primaria.

-Hace unas semanas -empezó-, pasó algo en nuestra clase y no nos gustó la manera en que se resolvió el asunto. Óscar e Iván fueron a su despacho a hablar con usted...

Hizo una pausa, esperando que don José hiciera memoria, pero al director no debió de costarle trabajo adivinar de qué se trataba, porque lanzó a Alex una mirada de sospecha. Pero él ni se inmutó. Estaba muy entretenido dibujando caricaturas en el margen del libro de mates.

-El caso es -concluyó Fernando-, que tenemos la sensación de que no se nos tomó muy en serio. Y por eso hemos hecho la huelga. Para que se nos escuche.

-Bueno, os escucho -dijo el mandamás-. ¿Qué tenéis que decir?

Fernando dudó sólo un momento. En realidad no sabía qué podría decir que no le hubiéramos dicho ya Iván y yo, pero de todas formas insistió:

-No nos parece justo que un profesor abofetee a un alumno y le prohíba entrar en su clase sólo por llevar el pelo largo. Y nos gustaría que hablase con don Alfredo para que cambiase de opinión.

El director nos miró.

-O sea, que habéis montado todo... que habéis estado casi un mes de piernas cruzadas, con lo incómodo que debe de ser, y en silencio absoluto, con lo que eso os cuesta... sólo porque uno de vuestros compañeros no se quiere cortar el pelo.

Visto desde aquella perspectiva, parecíamos estúpidos. Hubo un murmullo de fondo y me di cuenta de que empezábamos a perder la partida; si no hacía algo pronto, en lugar de convencer a don José terminaría por convencernos él a nosotros.

-Don José -lo llamé-, ¿puedo decir algo?

-Adelante.

Tragué saliva. Si mi idea tenía éxito, el dire no podría rebatir mi argumento:

-Los chicos de 6º nos sentimos sexualmente discriminados -solté de sopetón.

El dire se quedó con la boca abierta. Yo lo traía muy ensayado, porque mi padre es abogado, y le había preguntado por el tema.

-¿Y qué tiene que ver la discriminación sexual con esto, Óscar? -quiso saber el mandamás, frunciendo el ceño.

-Está claro. Las chicas llevan pantalones y nadie les dice nada -expliqué-. Pueden cortarse el pelo como los chicos y a algunas les sienta muy bien. Pero nosotros, don José, ni podemos llevar falda ni se nos permite dejarnos el pelo largo.

Hubo algunas risas; a todos les había hecho gracia mi argumento, pero hubo alguno que se lo tomó demasiado a pecho.

-¿Y para qué queremos los chicos llevar falda? -preguntó Esteban, picado.

-Una cosa es que no queramos -le repliqué-. Pero, si quisiéramos, no nos dejarían, mientras que las chicas sí pueden elegir la ropa que se ponen, o cómo llevan el pelo de largo.

Se oyeron murmullos de aprobación. Los chicos estaban sorprendidos ante aquella nueva perspectiva del problema, y las chicas sonreían divertidas. El director seguía mudo.

-Por eso -concluí-, me gustaría pedir que, si se le obliga a Alex, por ser un chico, a cortarse el pelo, todas las chicas de esta clase deberían cortárselo también. Eso sería lo justo.

-¿Qué?!

-¡Ni hablar!!

-¿Pero qué te has creído tú?!

-¡Pues vas listo!

Como imaginaba, las chicas de mi clase ya no sonreían; es más, estaban muy enfadadas. Imaginé que tendría que protegerme de sus iras en el recreo, pero por el momento había conseguido lo que quería: la respuesta de los chicos no se hizo esperar.

-¿Y por qué no os vais a cortar el pelo vosotras si a Alex le obligan? -saltó Esteban, que ahora estaba de acuerdo conmigo-. ¡No es justo! ¡Se le trata de forma distinta por ser chico!

-Tanto que os quejáis de que si no os dejan hacer esto o lo otro...

-¡Pues sed solidarias, caramba! ¡Predicad con el ejemplo!

-¡Si Alex se corta el pelo, os lo cortaremos a vosotras, para que todos seamos iguales!

-¡Eso! ¡O todos, o ninguno!

Pronto la clase fue un toma y daca entre chicos y chicas. Ellos defendían su derecho a llevar el pelo largo, y ellas se negaban a cortárselo. El director se dio cuenta de que el asunto se le había escapado de las manos.

-Buena jugada, Óscar -me dijo entonces Pat.

La miré. En medio del caos, ella me sonreía muy tranquila. Llevaba el pelo castaño bastante largo, pero no parecía afectarle la amenaza de cortárselo si las cosas no cambiaban.

-Lo siento -le dije-. Era la única forma de salir de este atolladero, pero tal vez ahora nos hayamos metido en uno peor.

-No pasa nada. Ahora el director se verá obligado a hacer alguna cosa.

Y tenía razón. Cuando la discusión empezaba a salirse de tono, don José nos hizo callar a todos con un sonoro carpetazo sobre la mesa.

-¡Ya basta! -tronó-. Pero, ¿vosotros qué os habéis creído?

Todos enmudecieron como por arte de magia. El director me miró, luego miró a Alex, luego volvió a mirarme a mí... y su expresión no auguraba nada bueno.

-¡Menuda habéis organizado! -dijo por fin-. ¡Y todo por...!

No pudo seguir. Miraba a Alex y se ahogaba. Pero, ante nuestro asombro, de pronto se echó a reír a carcajada limpia.

Nosotros le mirábamos sin dar crédito a nuestros ojos. Entonces don José se calmó un poco, nos miró y dijo:

-Bueno, de acuerdo. Habéis sido muy listos. Óscar tiene razón en parte: si a las chicas se les permite llevar el pelo largo o corto, los chicos no deberían ser menos. Hablaré con don Alfredo, pero antes debéis hacer algo por mí...

Nos miramos unos a otros, un poco preocupados. Nadie sabía cómo se iba a solucionar el asunto...

Cuando sonó el timbre del recreo, el director salió de clase prometiendo que a la una vendría a contarnos los resultados de su charla con el profe de lengua. Nosotros nos quedamos un rato más en la clase para comentar la jugada.

-¿Cómo se te ha ocurrido eso, Óscar? -me preguntó Fernando-. ¡Ha sido una idea genial! Ni yo mismo lo habría hecho mejor, qué caramba.

Pero *Huracán* seguía enfurruñada.

-A mí me gusta llevar el pelo largo -nos advirtió-. Y al primero que intente cortármelo, le saco los ojos.

-Pero tus largos rizos son una ofensa a nuestra sensibilidad masculina, pelirroja -le soltó Iván, muy serio-. Así que ten cuidado, porque, como te descuides...

Huracán hizo una mueca y le sacó la lengua.

-Eso de cortaros el pelo era sólo un farol -la tranquilizó Fernando-. El argumento de Óscar es tan lógico que, de alguna manera, ha conseguido chantajear a don José: o todos o ninguno. Muy bien, Óscar. Me lo apunto.

Nuestro delegado, que iba para abogado o diplomático, estaba encantadísimo ante la forma en que se había resuelto el asunto.

-Pero yo sí que hablaba en serio, Ferdi -metió baza Iván-. Después de lo que ha dicho Óscar, me parece muy injusto que nosotros tengamos que llevar el pelo corto obligatoriamente, mientras que ellas...

Huracán ya iba a pegarle, cuando Esteban intervino, muy oportunamente:

-¿Y si fuéramos a espiar al despacho del dire, para ver si convence a don Alfredo?

-¿Espiar? -repitió Fernando; era una de las cosas prohibidísimas por su escrupulosa conciencia.

-Sí, hombre, apoyar una oreja en la puerta y escuchar lo que dicen...

Alex, que no nos había prestado atención en todo el rato, se volvió de pronto:

-¡Buena idea! Yo voy contigo, Esteban.

-Pero... si no lo decía en serio. Era una broma.

-Pues ha sido una buena idea también. Vamos, ¿quién viene con nosotros?

-Yo -gruñí resignadamente; Fernando me miró pasmado-. Alguien tiene que vigilarle para que no se meta en líos -le expliqué en voz baja.

Alex seguía cosechando voluntarios: Iván, *Huracán* y Pat.

Así que nos fuimos todos, menos Fernando, al despacho del director. A mí lo único que me gustaba de la idea era que había devuelto por un instante el brillo travieso de antes en los ojos de Alex.

Llegamos al despacho. Se oía una voz airada dentro, y apoyamos el oído en la puerta, mientras Pat vigilaba por si se acercaba alguien.

-¡Pero esto... esto es... intolerable! -exclamaba la voz de don Alfredo.

-Esto es -respondió la voz de don José-, ni más ni menos que una declaración de los alumnos de 6ºC, firmada por todos ellos. ¿Quieres que te la lea? “A quien corresponda: nosotros, los chicos de 6ºC, nos sentimos sexualmente discriminados con respecto a las chicas porque don Alfredo, el profesor de lengua, les permite a ellas llevar el pelo como quieran, mientras que a nosotros, por ser chicos, nos obliga a cortárnoslo. Por eso creemos que lo justo sería que, si obligan a Alex Vidal a cortarse el pelo, también las chicas deberían cortárselo. Firmado.”... ¡todos los chicos de 6ºC! ¿Qué te parece, Alfredo? ¡Son listos esos chavales!

Don Alfredo empezaba a protestar, pero el director lo interrumpió:

-Y mira... aquí tengo la réplica femenina: “Nosotras, las chicas de 6ºC, queremos protestar ante la situación de nuestro amigo Alex, a quien se le obliga a cortarse el pelo por ser chico. Como no nos parece justa esta situación, nos gustaría pedir a don Alfredo que cambiase de idea y le dejase llevar el pelo como quiera... o los chicos nos obligarán a nosotras a llevar el pelo como ellos. Firmado:”... y mira, aquí tienes las firmas de las quince chicas de 6ºC. ¿Cómo lo ves?

-Absurdo -barbotó don Alfredo-. Tú sabes que chicos y chicas nunca han sido iguales, y eso es así desde que el mundo es mundo.

-¡Qué machista! -soltó *Huracán*, indignada, pero Alex la hizo callar rápidamente: don José replicaba:

-Sí, es cierto que chicos y chicas son diferentes física y psicológicamente, y que se comportan y reaccionan de forma distinta. Eso es más que evidente. Pero dentro de esas diferencias biológicas no está incluido el corte del pelo, Alfredo. Venga, no me seas “carca”: sabes que eso de que los chicos lleven el pelo corto y las chicas lo lleven largo es una cuestión de moda y cultura, nada más. Como el

color rosa para las niñas y el azul para los niños. Es una costumbre, pero no una diferencia intrínseca.

Nosotros no sabíamos qué significaba “intrínseca”, pero en general sí captábamos lo que quería decir el director.

-Lo que no me explico -dijo don Alfredo-, es por qué han montado todo esto por una cuestión tan... insignificante.

-Porque para ellos no es insignificante, Alfredo. Sienten que se ha cometido una injusticia contra un compañero, que se ha vulnerado su derecho a expresarse libremente. Llevar el pelo largo no es una cosa mala, y lo sabes. Los tiempos han cambiado.

-Viene alguien -avisó entonces Pat.

Nos separamos de la puerta y corrimos a sentarnos en el banco del pasillo, haciendo como que esperábamos para hablar con el director. Pero entonces oímos en ruido de unas muletas golpeteando contra el suelo.

-Es Paula -adiviné, y tenía razón. Por el pasillo apareció mi hermana, que vino todo lo deprisa que pudo a reunirse con nosotros.

-¿Y bien? -jadeó-. Fernando me ha dicho que estabais aquí, y he venido a ver qué tal iba todo.

Iván se lo explicó. Mientras, nosotros volvimos a pegar el oído a la puerta.

Ahora hablaban de Alex.

-No cabe duda de que todo esto lo ha hecho a propósito para causar problemas -decía don Alfredo-. ¿No te das cuenta? Ese chico es uno de los mayores gamberros del colegio. Se pasa el tiempo gastando bromas de mal gusto y burlándose de los profesores. Todo eso... esas declaraciones que te han dado los alumnos de 6ºC... está muy bien, o lo estaría si se tratase de otra persona. Pero siendo Alejandro Vidal yo no me fiaría. No debemos dejar que se salga con la suya una vez más, o esto se nos escapará de las manos.

Miramos a Alex. Estaba serio, muy serio, y todos sabíamos que, una vez más, don Alfredo estaba siendo injusto con él. Alex era travieso y bromista, pero no era un gamberro ni una mala persona.

-El muy cerdo -gruñó Paula en voz baja.

-Cállate, que nos van a oír -advertí.

La puerta del despacho se abrió y se asomó el director.

-¿Qué hacéis aquí?

-Estoooo... -empezó *Huracán*-. Estábamos esperando para ver qué decide don Alfredo. Nos lo dirá, ¿verdad?

-Bien, pero estad en silencio, ¿de acuerdo?

Y volvió a entrar en el despacho.

La deliberación duró todo el recreo. Al cabo de un rato nos cansamos de espiar y nos quedamos en el banco esperando a que saliera alguien. Cuando casi era la hora de volver a clase, Iván pegó el oído a la puerta.

-No se oye nada -dijo de pronto.

-¿Cómo que no? -se extrañó *Huracán*-. No puede ser.

Todos nos apretujamos contra la puerta, con la antena puesta. Silencio.

-¿Estarán aún ahí dentro?

-Habrán salido por la otra puerta, la que da a Secretaría -adivinó Pat-. Vaya, ahora no sabremos nada.

-Tal vez... -empezó Esteban, pero se interrumpió porque... ¡la puerta se abrió de pronto y don José nos pilló *in fraganti* espiando!

Iván perdió el equilibrio y cayó al suelo, a sus pies. Y, como todos los demás estábamos casi apoyados en él, nos la pegamos también. La muleta de Paula me cayó en plena cabeza.

El mandamás se inclinó hacia nosotros.

-Me estoy mosqueando ya con vosotros, ¿sabéis? -dijo-. Esto es sólo un aviso, pero a la próxima os sacaré la tarjeta amarilla. Como sigáis así, os la vais a cargar.

Nos levantamos torpemente. Alex ayudó a Paula con las muletas.

-¿Qué hay de lo de Alex? -preguntó mi hermana, apoyándose en el hombro del interesado.

-Por esta vez te has salvado -dijo don José-. Pero ten más cuidado a partir de ahora, ¿de

acuerdo?

-¡Bieeeeeeeen! -chilló *Huracán*-. ¡Chicos, se acabó la huelga de piernas cruzadas!

-¿Eso significa -preguntó Alex cautelosamente- que puedo volver a entrar en clase de lengua sin tener que cortarme el pelo?

-Exactamente. Pero, aunque hayas ganado esta batalla, Alex, has de tener cuidado el resto del curso. Don Alfredo no te tiene mucho cariño, así que, por favor, evita las bromas y las tonterías en su clase, ¿de acuerdo? No quiero que vuelvas a tener problemas con él, porque a la próxima no volveré a sacarte las castañas del fuego.

Alex asintió rápidamente.

-Y ahora daos prisa o llegaréis tarde a clase -concluyó el director.

Obedecimos, y apenas unos minutos después cada cual entraba en su clase. Estábamos tan contentos de que nuestra huelga de piernas cruzadas hubiera dado resultado que no nos importó que miss Samantha, la profe de inglés, nos riñera por llegar tarde.

Ella pronto notó que algo había cambiado en 6^oC.

Primero, porque ya no teníamos las piernas cruzadas. Segundo, porque Alex, que en los últimos tiempos estaba serio y tristón, ahora volvía a reír y a ser tan revoltoso como siempre. Y tercero, porque se había acabado el chollo: ahora nos comportábamos otra vez como de costumbre, es decir, armando alboroto y hablando en clase.

Pero Sam no llegó a preguntarnos nada, tal vez porque no sabía cómo se decía “piernas cruzadas” en español.

Capítulo 8: Un asunto rompedor

Durante un tiempo no pasó nada digno de mención. A mi hermana le quitaron la escayola, y dejó de atizarme con la muleta cada vez que se enfadaba conmigo. Por otro lado, Alex se portaba de manera ejemplar en las clases de lengua, pero su gesto serio y las miradas que cruzaban él y don Alfredo demostraban que seguían llevándose muy mal. Pero Alex no le daba motivos para ponerle malas notas, así que no había problemas.

Así estaban las cosas cuando pasó algo que obligó al director a “sacar la tarjeta amarilla”, como decía él.

Fue en una clase de deporte. Llovía, y Salva, el profe, no había venido, porque estaba acatarrado o algo así. Nosotros estábamos en la puerta del gimnasio mirando cómo caía el chaparrón y esperando por si paraba. Nos habían dado permiso para hacer lo que quisiéramos, siempre y cuando no armáramos jaleo.

-Bueno, ¿qué hacemos ahora? -dijo entonces Iván.

-Un partido de fútbol -propuso enseguida Raúl, que no estaba dispuesto a pasarse la clase de deporte -su favorita- haciendo el tonto.

-Pero si está lloviendo -dije yo-. No se puede jugar.

-Pues jugaremos con lluvia. Recordad que tenemos que entrenarnos para ganar a los de 6ºA: les debemos una.

Alex y yo cruzamos una sonrisa. Raúl era, prácticamente, el mejor futbolista del colegio, y le había sentado fatal perder aquel famoso partido. Desde entonces no había dejado de entrenarse, y de decirnos que teníamos que prepararnos para la revancha.

-Lo único que vamos a sacar jugando con lluvia es una buena pulmonía -decretó Fernando, rotundamente-. ¿Por qué no entramos en el gimnasio y hacemos un poco el burro con el potro y las colchonetas?

-Porque el potro nos lo cargamos el mes pasado y aún no lo han arreglado -le recordó Iván-. Y las colchonetas son viejas y delgadas como papel de fumar.

-Entonces, ¿qué hacemos? -dijo Raúl, un poco harto ya de estar sin hacer nada-. ¿No os apetece jugar a fútbol?

-A mí sí -dijo Iván-, pero no con lluvia.

-Bien, pues dile al agua que deje de caer, oh poderoso hechicero -soltó *Huracán*, con guasa-. Invoca al gran Manítú y pongámonos todos en corro a bailar la danza de la lluvia.

-Cierra el pico, pelirroja -gruñó Iván-. Se me ha ocurrido que podríamos jugar en el porche, ¿qué os parece?

Silencio sepulcral. Sólo se oía la lluvia golpeando las paredes del gimnasio y los gritos, desde dentro, de algunos de nuestros compañeros de clase, que seguramente estaban colgados como monos en las espalderas.

-¿Estás mal de la chaveta? -dijo Fernando al cabo de un momento-. Está no sólo prohibido, sino prohibidísimo, jugar con pelotas en el porche. Está lleno de ventanas cuyos cristales no son precisamente irrompibles.

-A mí me gusta la idea -dijo entonces Alex-. Si vamos con cuidado, no romperemos nada.

-No, me niego en redondo -dijo Fernando, algo enfadado-. En el porche no se puede jugar, y todos lo sabéis. ¿Por qué tenéis tantas ganas de saltaros las normas a la torera? ¡No me entra en la cabeza!

-Es que me aburro -fue lo único que dijo Iván, pero fue suficiente. Nadie ignoraba que las mayores gamberradas de Iván Borrás no habían nacido de sus momentos de inspiración, sino de sus ataques de aburrimiento.

-Bueno, ¿quién se viene con Iván y conmigo? -dijo Alex.

-Escuchad, ¡que nos jugamos el viaje de fin de curso y el director ya no está para bromas! -gritó Fernando, en un intento por salvar la situación.

Nadie dijo nada. *Huracán* suspiró y miró el cielo una vez más.

-Y si no, ¿qué hacemos? -preguntó-. ¿Jugar al tú-la-llevas o a policías y ladrones?

-O al pañuelo -añadió Fernando, agarrando la ocasión por los pelos-. O al escondite. O...

-O a la comba, ¿no? -se burló Iván.

-¿Qué tiene de malo la comba? -saltó *Huracán*, que a veces pasaba los recreos así.

-Pues que es para niñas.

-Y el fútbol para niños, ¿no? -replicó ella-. ¡Y luego pretendéis que nos cortemos el pelo porque os sentís discriminados! Yo creo que os discrimináis vosotros solitos.

-¡Muy cierto! -asintió Pat, levantando por un momento la vista del libro de misterio que estaba leyendo.

-Bueno -cortó Esteban-. Entonces, ¿qué hacemos?

Nuevo suspiro de *Huracán*; estaba claro que ella también se aburría.

Como nadie dijo nada, Esteban concluyó:

-Pues yo me apunto a lo del fútbol en el porche.

-¡Bravo! -dijo Alex-. ¿Alguien más?

Raúl vaciló sólo un momento y dijo que él prefería jugar a quedarse allí plantado.

Y al final, yo no sé cómo, todos menos Fernando terminamos en el porche con un balón entre los pies.

Al principio todo fue bien. Lanzábamos por bajo y no muy fuerte, por si acaso. Pero al cabo de un rato nos dimos cuenta de que así era un rollo jugar: los porteros lo paraban todo. Así que Iván, en un intento por marcarle un gol a Alex, lanzó un chut por alto. *Huracán* dio un grito de alarma, pero el disparo no entró, y, por fortuna, se estrelló contra la pared, entre dos ventanas, sin llegar a rozar los cristales.

-¡Caramba, Borrás, qué suerte tienes! -comentó *Huracán*-. ¡Tú sigue así y pronto tendrás que pagar un cristal de tu bolsillo!

-¡Cierra el pico, pelirroja!

Seguimos jugando. Éramos sólo seis personas, porque el resto de los de la clase se habían quedado en el gimnasio, así que habíamos marcado un campo muy pequeño y lo más lejos posible de las ventanas. Aun así, las advertencias de Fernando hacían que tuviéramos mucho cuidado a la hora de lanzar a puerta.

Así pasó toda la clase de deporte. Seguíamos jugando con cuidado y no pasaba nada, lo cual

nos fue animando poco a poco, según veíamos que podíamos controlar la situación. Pero cuando ya estaba a punto de terminar la clase de gimnasia Raúl, que no se contentaba con eso de jugar “a medias”, nos dijo:

-¡Venga, chicos, más fuerza en esos disparos! Total, en cinco minutos no se rompe un cristal.

El destino no puede ser tan cruel.

-Si somos mejores que los de 6ºA -comenté yo-. Lo que no entiendo es cómo fueron capaces de ganarnos.

-Pronto nos tomaremos la revancha -aseguró Esteban-. Y ganaremos.

Por el rabillo del ojo vi que el resto de los de la clase ya salían del gimnasio para volver a clase. Algunos se nos quedaban mirando sin creerse lo que estábamos haciendo. E Iván, contento de tener espectadores, y como para demostrar que él no le tenía miedo a nada, y que le encantaba correr riesgos, le gritó a Alex:

-¡Un último tiro, Vidal! ¡Y éste va en serio!

Alex aceptó el reto encantado.

-¡Adelante! ¡A ver ese lanzamiento!

-¡Lo que le faltaba al chaval; como si necesitara más alas! -dijo *Huracán*.

Iván no le hizo caso.

-¿Conocéis aquella vieja canción? -siguió diciendo *Huracán*-. Dice así: “Seis elefantes se balanceaban sobre la tela de una araaaaaña. Como veían que no se caían fueron a llamar a otro elefaaaante...”

-¿Quieres que tire fuerte, Vidal? -gritó Iván, ignorando por completo a nuestra amiga.

-¡Todo lo fuerte que puedas!

-¡Pues allá va! ¡Toma trallazo!

Iván lanzó con todas sus fuerzas, pero el balón se le desvió... y fue a dar en el cristal de la ventana, que se cascó con un sonoro ¡crash!

-...Y la telaraña se rompió -concluyó *Huracán* en un murmullo.

Los de nuestra clase se quedaron todos de piedra, como si los hubiese congelado un glaciar.

Nosotros nos miramos unos a otros, confusos y avergonzados... pero la cara de Iván sí que era todo un poema.

-En el último minuto -comentó Pat, que había dejado su libro de lado para venir a ver qué había pasado exactamente-. Vaya, qué oportunos.

-¿Y sabéis qué ventana es esa? -añadió *Huracán* en voz baja-. ¡Nada menos que la del despacho de don José!

-No, si cuando uno tiene mala suerte... -dijo Raúl, abatido.

En aquel momento llegaba Fernando corriendo. Cuando vio el desastre, nos miró de uno con ojo crítico y descubrió enseguida quiénes eran los culpables más directos: Iván y Alex miraban al suelo; se habían puesto rojos de vergüenza.

-Mira que os lo dije -fue el único comentario de nuestro delegado, pero era lo que esperábamos que dijera.

-Lo siento -dijo enseguida Alex.

Pero Iván era demasiado orgulloso como para admitir ante "Ferdí" que se había equivocado. Sin embargo para Fernando, que lo conocía bien y sabía ser sensato cuando era necesario, el aire avergonzado de Iván era suficiente para saber que se arrepentía también.

-Bueno, no pasa nada -dijo Fernando-. Veremos qué se puede hacer.

-Pagaré el cristal -dijo Iván inesperadamente.

Fernando asintió; sabía que era su forma de pedir perdón.

-Eh, oíd -dijo entonces Raúl-. El director no está ahora en su despacho. Vamos a clase como si nada hubiera pasado. Nadie, excepto algunos de nuestra clase, sabe que hemos roto el cristal.

-¿"Hemos"? -repitió Iván.

Raúl asintió.

-Sí, si lo descubren -dijo-, diremos que hemos sido todos. Que todos hemos tenido algo que ver. No vamos a dejar que te la cargues tú solo, Iván, porque todos hemos jugado y cualquiera de nosotros seis pudo haber roto ese cristal.

-Estoy de acuerdo -dijo *Huracán*-, aunque es más de lo que se merece este zoquete.

E Iván, por una vez, aceptó su rapapolvo.

-Bueno, no creo que haya para tanto -comentó Esteban-. Habrá bronca, pero pagamos el cristal entre todos y ya está. Veamos, somos seis, ¿a cuánto saldrá?

-No es ése el problema -dijo Fernando, pensativo-. El problema es que la ventana que nos hemos cargado es la del despacho del dire. Y, como ya dijo, estaba mosqueado con nosotros. A ver qué pasa ahora.

Iván le miró sorprendido, porque Fernando también había empleado el plural “hemos”, cuando en realidad, él ni siquiera había tocado el balón y, además, había estado desde el principio en contra de la idea de jugar en el porche. Pero a mí no me parecía nada extraño: Fernando llevaba ya varios años de delegado, y estaba acostumbrado a hablar en nombre de toda la clase.

Subimos a clase silenciosos. Antes de que llegara don Andrés, explicamos a los demás lo que había pasado y les pedimos que no dijeran nada a nadie, con la esperanza (muy débil, eso sí) de que aquel asunto pasara y se olvidara sin consecuencias.

Nuestros compañeros nos escuchaban en silencio y con caras bastante sombrías. A ninguno parecía hacerle gracia la idea de que toda la clase podría verse perjudicada por culpa de unos pocos irresponsables.

De todas formas, nos aseguraron que no dirían nada a nadie; entre otras cosas, porque también a ellos les convenía que no se hablara del tema.

Pasamos el resto de la mañana muy nerviosos, esperando ver aparecer en cualquier momento por la puerta a don José, hecho una furia, exigiendo saber quién había roto el cristal de la ventana de su despacho.

Nada sucedió. Las clases transcurrieron con normalidad y no se volvió a mencionar el tema del cristal. Sin embargo, nosotros no nos atrevíamos a bajar la guardia. Alex e Iván estaban más silenciosos que de costumbre, y yo sabía que se sentían culpables.

-Eh, ánimo -le dije a Iván en clase de mates-. No es para tanto, ya verás cómo todo se soluciona.

Me dirigió una mirada abatida.

-No sé qué decirte -respondió-. Creo que esta vez la he liado gorda, porque ya hemos causado demasiados problemas en lo que va de año... y sería terrible que por mi culpa la clase se quedase sin viaje de fin de curso, ¿no crees?

-Eso no va a pasar -le dije, pero en el fondo no estaba muy convencido.

Capítulo 9: La tarjeta amarilla

Durante la comida, Paula no dejaba de mirarme, y eso me molestó.

-¿Es que tengo monos en la cara? -pregunté, de mal humor.

-Óscar, a ver cómo le hablas a tu hermana -intervino mi madre, y decidí prudentemente que era mejor callar.

Después de comer me encerré en mi cuarto para esperar que fuera la hora de marcharme al cole. Paula no tardó en aparecer por allí y, después de cerrar la puerta tras de sí, me soltó son contemplaciones:

-¿Qué has hecho esta vez?

Levanté la vista del tebeo que estaba leyendo.

-¿A qué viene eso?

Paula hizo un gesto de indiferencia.

-A mí no me engañas. Sé que tú y los de tu clase habéis hecho algo, porque ponías una cara en la comida... venga, confiesa, bandido. ¿En qué lío te has metido esta vez?

-Qué tontería, ¿por qué me iba a haber metido en un lío?

-No falla. Algo has hecho. Eso de que lo paguen los demás cuando tú estás de mala uva es muy típico de ti.

No respondí.

-Bueno, si no me lo cuentas tú me lo dirá Alex, así que es lo mismo -concluyó ella, levantándose para marcharse.

Pero la detuve. Si iba a hablar con Alex, con lo culpable que se sentía el pobre, era mejor que se lo dijera yo primero.

-Está bien -suspiré-, allá va: hemos roto a pelotazo limpio el cristal de la ventana del despacho de don José.

Paula se quedó de piedra.

-¿La que da al porche?

-Esa misma.

-¿Cómo ha sido? ¿Quién lo ha hecho? ¿Lo sabe ya el dire? ¿Por qué jugabais con una pelota allí?

-Eh, para. Haces demasiadas preguntas y no sé por dónde empezar a responder, así que te lo contaré todo si no das el chivatazo a nadie.

-Hum, eso habrá que verlo. ¿Qué me das a cambio?

-Conque chantaje, ¿eh? Pues esta vez no te vale. Te haré yo otro: si dices algo se la cargará Alex, porque estuvo metido hasta el cuello en todo el asunto.

Paula lo pensó un momento y luego aceptó las condiciones: ¡delataría a su propio hermano antes que a Alex! Así son las cosas, amigos.

Se lo conté todo y, cuando acabé, Paula concluyó:

-Me parece que os habéis metido en un buen lío. ¿Cómo os las vais a apañar ahora?

-Ya se verá.

Aquella tarde nos tocaba clase de lengua, y don Alfredo se puso especialmente nostálgico pero, aunque las historias que nos contó seguían siendo un rollo, nadie se durmió. Todos estábamos pendientes de la puerta, esperando que entrara alguien preguntando quién era el responsable de lo que ya sabéis.

Sin embargo, nada sucedió. Luego entró don Andrés para darnos clase de conocimiento del medio, y al cabo de tres cuartos de hora nos miró y dijo:

-Y bien, ¿qué habéis hecho ahora?

Todos dimos un salto en nuestros asientos. ¿Tanto se nos notaba? Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, pusimos cara de extrañeza y nos miramos unos a otros, con pinta de quien no ha roto un plato en su vida.

-A ver, Fernando, ¿qué ha pasado?

Iván temblaba, y yo adiviné que temía que le delatara.

-Nada, don Andrés -respondió Fernando-. ¿Por qué lo pregunta?

Nuestro tutor le miró fijamente. Fernando era tan honrado que por un momento todos temimos

que nos descubriera. Pero no lo hizo; es más, ni siquiera desvió la vista.

-Bien -dijo al fin don Andrés-. Creía que habíais hecho algo porque me había parecido que se os podía leer en la cara. Pero veo que me estoy haciendo viejo. Aunque, por otra parte, parecéis rabos de lagartija hoy. No hacéis más que mirar a la puerta, ¿a quién esperáis?

-A nadie -dijo rotundamente *Huracán*-. Es que tenemos ganas de marcharnos ya a casa. Como es la última clase del día...

-Ya.

Y la clase siguió sin incidentes hasta la hora de la salida.

-Pues no ha venido el director -comentó Esteban mientras salíamos del colegio.

-Aquí hay gato encerrado -declaró Alex-, porque seguro que don José ya sabe que hemos sido nosotros.

Guardé silencio. No sabía qué decir.

-A lo mejor ha decidido dejarlo pasar -aventuró Pat.

Negué con la cabeza.

-Lo dudo -dije-. Puede pasar que rompamos un cristal, porque eso le puede suceder a cualquiera. Pero nosotros no tenemos excusa, Pat. Estaba prohibidísimo jugar a fútbol allí, y lo sabíamos. No sería nada extraño que el director se enfadara con nosotros.

Alex no dijo nada.

Al día siguiente, a primera hora, antes de que llegara don Andrés para dar clase de mates, Esteban entró en clase arrollando a todo el que cometía la imprudencia de ponerse en su camino, y voceó:

-¡Escuchad! ¡Están cambiando el cristal que ya sabéis!

Nos quedamos de piedra, pero no por la noticia que nos traía, sino porque detrás de él, en la puerta, acababa de aparecer don Andrés como surgido de la nada.

Pero no dijo nada. Sólo movió un poco el bigote, se sentó tras la mesa y se puso a dictar unos ejercicios.

A la hora del recreo el cristal ya estaba cambiado y nadie había hablado de todo aquello;

parecía como si el director hubiese decidido correr un tupido velo sobre el asunto, así que bajamos la guardia...

...Y una semana después tuvimos una sorpresa más bien desagradable. Una tarde, a las cinco, justo antes de marcharnos a casa después de dibujo, el señor director en persona se presentó en nuestra clase.

-Un momento, por favor -nos pidió nada más asomarse por la puerta-. No os vayáis todavía. Sentaos.

Lo hicimos, mirándonos unos a otros. El mandamás se sentó detrás de la mesa del profesor y anunció:

-Vengo a cobrar la factura del cristal.

Todos dimos un respingo, y tratamos de poner cara de inocencia.

-Sí, no os hagáis los despistados. Sé que habéis sido vosotros. A ver, ¿quién es el delegado de esta clase?

Fernando levantó la mano.

-¿Quién rompió el cristal? -quiso saber don José.

Alex e Iván se pusieron tensos. Fernando desvió la mirada.

-Yo... no puedo decírselo. Pero sí le prometo que le pagaremos el cristal. Me encargaré de ello, don José.

-Fui yo -se apresuró a contestar Alex-. Yo lo pagaré.

-Y yo también -añadió entonces Iván.

Y al final los seis implicados nos declaramos culpables y le prometimos que pagaríamos el cristal entre todos.

-Buena voluntad no os falta -reconoció el director-. Pero decidme, ¿con qué rompisteis esa ventana?

Silencio.

-Vamos, decidlo.

Fernando carraspeó.

-Verá, fue... fue con...

-Con una pelota de fútbol -concluyó don José-. Sí, ya me lo imaginaba. Sabíais que en el porche está prohibido jugar con balones de fútbol.

-Es que llovía y... -trató de defenderse Iván.

-Y, como no teníais otra cosa mejor que hacer...

-Se está picando -me dijo Alex en voz baja-. Malo, malo.

Efectivamente. Todos nos estábamos dando cuenta. Iván le dio un suave empujón a Fernando y le susurró:

-¡Pero di algo, Ferdi!

-Señor director -se apresuró a llamar nuestro delegado.

-¿Qué pasa?

-Verá, nosotros reconocemos que hemos obrado mal. No lo volveremos a hacer.

-El caso es que habéis roto un cristal, Fernando.

-Pero nos comprometemos a pagarlo entre todos. Además -añadió-, seguro que esta experiencia nos servirá de escarmiento. Así en el futuro tendremos siempre presente que la sociedad en que vivimos se rige por unas normas que hay que cumplir para mejorar la convivencia, y esto es un claro ejemplo de ello.

Esta admirable parrafada nos dejó a todos pasmados.

-¡Toma! -soltó Esteban-. ¡Vaya con el chaval!

Parecía que el director iba a dejarse convencer, pero al final no picó.

-La cuestión es que habéis desobedecido las normas, y no veo cómo puede servir de escarmiento si no se os aplica un castigo justo.

-Bueno, pero las normas están para romperse de vez en cuando -razonó *Huracán*-. Si no fuera así, este colegio parecería el penal de Alcatraz.

-Tienes razón, Esther. Las normas están para romperse de vez en cuando, y si no fuera así, esto parecería una cárcel. Pero has pasado por alto un detalle muy importante, y es que la clase de 6º (condenada clase de 6º) ya se ha saltado demasiadas normas a la torera. Y ahora esto parece un

colegio, y no Alcatraz. Pero de seguir así parecerá un manicomio, y yo no quiero llegar a ese extremo, porque soy un director de colegio, y no de manicomio, ¿entendido?

Había ido poco a poco alzando el tono de voz y ya no se dirigía sólo a *Huracán*, sino a toda la clase en general. Aguantamos el chaparrón en silencio.

-Sabíais que os jugabais el viaje de fin de curso -proseguía don José-. ¿O es que creíais que no hablaba en serio cuando lo dije? Porque, en ese caso, estáis muy equivocados. Estoy muy enfadado con vosotros y, como director que soy, sé que esto o se corta de raíz o puede traer malas consecuencias. Aún quedan tres meses para que me vea libre de vosotros y no quiero que haya más problemas. Tengamos la fiesta en paz, ¿eh?

Parecía haberse tranquilizado un poco, menos mal. Respiró profundamente y continuó hablando:

-Yo no quiero una prisión, pero tampoco un manicomio, ¿de acuerdo? Yo lo que quiero es dirigir un colegio, y concretamente este colegio. Sé de sobra que éste es el último año que vais a pasar aquí, pero eso no os da derecho a hacer el burro más que otros años, ¿entendido? Los de 6ºA y 6ºB también están en esa misma situación y no se comportan como vosotros. Desde luego, esta clase en cuestión de disciplina es un desastre; yo sé que don Andrés hace lo que puede, pero es que con vosotros, que sois una pandilla de gamberros, es imposible ir por las buenas. Así que me veré obligado a tomar medidas más radicales.

Nos miramos unos a otros, preocupados. ¿Nos dejaría sin viaje de fin de curso?

-Bueno -concluyó don José-. Éste es ya vuestro segundo aviso, o la tarjeta amarilla, como digo yo. A la próxima, roja y expulsión. Y ya sabéis que, como hagáis otra de las vuestras, seréis la única clase de 6º que no vaya al viaje de fin de curso. Y no me gustaría que eso llegase a suceder, así que por favor, entrad en razón.

Estaba realmente enfadado cuando empezó su sermón, pero ahora parecía cansado y ojeroso, casi como un anciano.

-Olvidaos de pagar el cristal -terminó-. Me conformaré con que pongáis fin a vuestras gamberradas.

Se levantó y salió de la clase. Nosotros nos quedamos parados en el sitio hasta que cerró la puerta. Entonces recuperamos el habla.

-Es la segunda vez que viene a echarnos la bronca -advirtió Fernando-. A la tercera, adiós viaje de fin de curso. Quedan tres meses; no vayamos a bajar la guardia. ¿O es que hay alguien que no quiera venir al viaje?

-Yo -dijo Iván solemnemente.

-Calla, payaso. -Huracán le dio un empujón-. No estamos para bromas.

-Pero la culpa no es de todos -protestó Silvia-. Siempre sois los mismos los que os metéis en líos, con la señorita Julia, con don Alfredo o con los de 6ºA, no importa; el caso es dar la nota. ¿Por qué lo tenemos que pagar los demás?

-Tienes razón -admitió Alex, muy serio-. Yo, por mi parte, prometo no dar más de qué hablar este curso, y creo que todos, y no sólo nosotros, deberíamos hacer lo mismo.

-¡Pues vaya rollo! -protestó Esteban, pero no lo dijo en voz muy alta, porque en el fondo sabía que Alex llevaba razón.

-Eso es verdad -dijo Fernando-. Es cierto que siempre son los mismos los que causan problemas, pero la advertencia va por todos. Si Iván, Esteban, Huracán, Óscar y Alex se portan bien, pero algún otro hace alguna gamberrada, andaremos listos, así que todos, sin excepción, tendremos que portarnos como angelitos lo que queda de curso.

-Entonces los de 6ºA nos llamarán mariquitas -comentó Iván.

-Pasa de ellos -replicó Pat-. Ya les daremos su merecido en el partido de revancha.

-Bueno, chavales, sugiero que nos vayamos ya -dijo Esteban al ver que las señoras de la limpieza empezaban a entrar en la clase.

Y, con caras de funeral, uno por uno fuimos saliendo.

-¿Tú crees que aguantaremos tres meses sin montar algún follón? -me preguntó Alex al salir del colegio-. Yo no estoy muy seguro.

-Yo tampoco, Alex -respondí-. Yo tampoco.

Capítulo 10: La batalla de las tizas

Así que no nos quedó más remedio que portarnos de manera ejemplar durante los siguientes dos meses. Eso sí, tuvimos que soportar las pullas de los de 6ºA, que se burlaban de nosotros porque no nos metíamos en líos, ni hacíamos enfadar a los profes, y huíamos de cualquier ocasión de pelea que se presentaba.

-¡Pero mira qué tranquilos están! -nos decían-. ¡Si parecen nenas de un colegio privado, de ésas que siempre van con mucho cuidado para no mancharse el uniforme! ¿Qué ha pasado con 6ºC, el terror del colegio?

Y aunque sabíamos que no tenían razón, al final terminamos hasta las mismísimas narices de ellos, e incluso yo tuve que reprimirme para no arrearle a alguno un directo de izquierda a la mandíbula. Y eso que no soy muy peleón.

Peor lo llevaba gente como Iván o Esteban, e incluso *Huracán*. Tenían que aguantar las impertinencias de los de la otra clase sin replicar, y no estaban acostumbrados a dejar que se metieran con ellos.

-Pasad de ellos -les decíamos, pero sabíamos que era muy difícil.

También yo las pasé moradas. Julio Soler, aquél al que había marcado en el partido de antes de Navidades, aún se acordaba de aquello, y se aprovechaba de la situación metiéndose conmigo todo lo que podía. Cuando ya me harté, Iván y yo pedimos a Fernando que convocase una reunión urgente.

Y Fernando lo hizo.

-Esto no puede seguir así -declaró Iván-. O hacemos algo pronto o nos volveremos todos locos, y entonces sí que don José verá convertido el cole en un manicomio.

En este punto todos estábamos de acuerdo.

-¡Una broma a Sam! -apuntó enseguida Alex.

-No, si nos pillan estamos perdidos -se negó Fernando-. No tenemos que molestar a los profesores, sino a los de 6ºA.

-Muy cierto -asintió Esteban, solemne-. ¿Y qué hacemos?

-Podríamos organizar ya el partido de revancha -propuso Raúl.

Pero algunos a los que no les gustaba el fútbol se negaron en redondo.

-¡Pues podemos gastarles bromas a los de 6ºA! -saltó Alex, entusiasmado ante su idea.

-¿Qué quieres decir?

-Podemos tomarles el pelo sin que sepan que somos nosotros. Mensajes anónimos, pequeñas bromas...

-E incluso hacer gamberradas y arreglarlo todo para que parezca que han sido ellos -añadió Iván-. Me parece fenómeno, ¿cuándo empezamos?

La propuesta de Alex fue aceptada por unanimidad. Cada uno eligió como víctima a alguien de 6ºA, y se dedicó a hacerle la vida imposible, pero siempre en secreto.

Así, Julio Soler tardó bastante en comprender cómo desapareció su libro de conocimiento del medio justo el día antes de un examen de tres temas... o cómo fue a parar ese sapo a su cartera... o quién le dijo a don Alfredo que él era el responsable del olor que despedía su cabeza (esta última gamberrada la perpetré con ayuda del famoso potingue apestoso de Alex)... o cómo apareció la libreta donde coleccionaba caricaturas de los profes en la mesa del despacho de la jefe de estudios, la profesora más severa de todo el cole... o quién le dio el soplo a su padre por teléfono de que no iba a inglés por las tardes y se quedaba jugando a la consola en casa de Pablo Hurtado... En fin, que me lo pasé en grande. Desde que me había convertido en verdugo secreto de Julio Soler, sus pullas ya no me afectaban.

Los demás chavales de 6ºA, y también algunos de 6ºB no se libraban tampoco. Una vez, en el recreo, oímos un chillido y vimos a una chica de 6ºA que cruzaba a toda pastilla el patio, sacudiéndose el pelo. Mientras, Silvia se retorció de risa, y la miramos, intrigados.

-¿Qué le has hecho? -preguntó Pat con curiosidad-. ¿Pulgas?

-No, hormigas -respondió Silvia-. Y no me preguntéis cómo han ido a parar a su cabeza, porque es un secreto.

Pero seguramente el que peor lo pasó fue Pablo Hurtado, el mayor gamberro de 6ºA, porque Iván se alió con Alex para hacerle la vida imposible, y entre los dos pusieron en práctica un montón de

bromas y trucos nuevos que Alex tenía ganas de experimentar...

-Menos mal que por fin hemos encontrado un conejillo de Indias -nos decía Alex de vez en cuando, muy satisfecho cuando nos contaba su última fechoría.

Así transcurrieron los días. Nosotros nos las prometíamos muy felices pensando en el viaje de fin de curso (que ya sabíamos que sería a Granada, para ver la Alhambra y todo lo demás), cuando pasó algo que alteró nuestros planes: los de 6ºA se dieron cuenta, aunque no sé cómo, de que todas sus desgracias no eran precisamente casualidades, y que éramos los de 6ºC quienes estábamos detrás de todo aquello.

Aquel día, en el recreo, ya nos dimos cuenta de que tramaban algo.

-Se les nota en la cara -comentó Pat, preocupada-. Seguro que se llevan algo entre manos.

Y efectivamente.

Había reunión del consejo de dirección con los tutores y, por lo visto, se estaba alargando más de lo previsto. El caso es que pasaban ya diez minutos de la hora y don Andrés no aparecía.

Y entonces llegaron en tromba los de 6ºA. Se pararon en la puerta de nuestra clase y Pablo Hurtado gritó:

-¡¡¡A por ellos!!!

¡Y empezaron a bombardearnos con tizas! Tras reponernos de la sorpresa, no quisimos ser menos, y agarramos las tizas de la repisa de la pizarra para contraatacar, parapetándonos tras las mesas. Pronto nos vimos metidos en una verdadera batalla campal. ¡Pero qué cuadro! Tizas volando de aquí para allá, impactos certeros, todos pintarrajeados de blanco... y un follón de mil demonios.

Entonces los de 6ºB, que también estaban sin tutor, se asomaron a nuestra clase atraídos por el jaleo, y no se les ocurrió otra cosa que sumarse a la batalla, ¡pero en favor de nuestros contrarios! Se trajeron munición de su clase y empezaron a atacar. Nosotros nos defendíamos como podíamos, pero ahora teníamos que hacer frente al doble de enemigos.

-¡Nos llevan ventaja! -jadeó Alex.

Lancé una tiza que le dio a Soler en plena cabeza (¡bingo!) y me escondí enseguida tras la mesa que me hacía de trinchera. De pronto se me ocurrió una idea y, tras pedirle a Alex que me

cubriera la retaguardia, me lancé en una loca carrera hacia la ventana, esquivando proyectiles. Cuando por fin logré alcanzarla, me asomé y grité:

-¡Paula Montesinos! ¡Eh, Paula!

Mi hermana se asomó a la ventana de abajo. Como suponía, ellos tampoco tenían profesor en aquellos momentos.

-¿Qué es ese jaleo que tenéis montado ahí arriba?

-¡Hay una guerra de tizas, y 6ºA y 6ºB nos tienen acorralados! ¡Subid y atacad por detrás! ¡Y traed tizas!

-¡De acuerdo!

Volví junto a Alex.

-He conseguido refuerzos -le expliqué-. Le he dicho a Paula que vengan a ayudarnos.

Alex dejó de tirar tizas y me miró dubitativo.

-¿Crees que vendrán?

-Ya los conoces; se apuntan a todo.

Apenas dos minutos después nuestros contrincantes fueron sorprendidos por la retaguardia por los intrépidos guerreros de 5ºA, y entonces empezó la batalla de verdad. Los de 6ºA y 6ºB se atrincheraron en el centro de la clase. Por un lado atacábamos nosotros y, por el otro, donde estaba la puerta, atacaba 5ºA. Más jaleo no podía haber.

Y de pronto llegó Sam, la profe de inglés, para ver qué pasaba, y al verse metida de lleno en aquel pandemónium se puso a dar chillidos histéricos. Hasta que una tiza le atinó en plena nariz y entonces, enfurecida, comenzó a lanzar proyectiles a diestro y siniestro a todo aquél que osaba ponerse a tiro.

-¡Se nos acaba la munición! -dijo Iván la voz de alarma.

A pesar de que recogíamos del suelo las tizas que nos lanzaban los otros, los pedazos eran cada vez más pequeños, y una considerable cantidad de proyectiles salía disparados por las ventanas. Gateando por debajo de las mesas, me acerqué a Patricia.

-Pat, ¿crees que podrías ir al despacho de la jefe de estudios a coger dos o tres paquetes de

tizas? ¡Se nos están acabando!

Lo dije porque ella tenía una especial habilidad para pasar inadvertida.

-Bueno, lo intentaré -contestó Pat, lanzando una tiza a una cabeza atrevida.

-Yo te cubro -le dije, y me dio toda su munición.

Me puse a lanzar tizas a todo aquel que se fijaba en ella, y así la vi llegar hasta la puerta. Allí me hizo la señal de victoria con la mano y desapareció por el pasillo.

Mientras, la batalla arreciaba. Todos estábamos manchados de tiza de los pies a la cabeza, y había alguno que tenía un ojo a la funerals, debido a algún impacto certero. Pero todos sin excepción participábamos en la guerra, lanzando tizas, esquivándolas y dando alaridos de triunfo cuando dábamos en el blanco, o de dolor cuando los que hacían diana eran los contrarios.

Y en cuanto a la profe de inglés, estaba metida de lleno en el fregado, y se lo pasaba en grande lanzando tizas a unos y a otros, aunque nadie sabía a ciencia cierta de qué lado estaba en la batalla.

-Alucinante -comentó Fernando entre dientes-. Mira lo que tenemos montado aquí, y los profesores sin enterarse.

-La sala de reuniones está al otro lado del edificio -razonó Alex-. A lo mejor no nos han oído todavía.

-Se nos oirá hasta en Sebastopol -dije yo-. Pero igual piensan que, como está Sam aquí, ya debe de haber orden.

En aquel momento aparecía Pat por la puerta.

-¡Munición! -dijo Alex-. ¡Por fin!

La verdad es que ya casi estábamos derrotados, por lo que la llegada de Pat fue nuestra salvación. Ella, después de dar dos paquetes de tiza a los de 5ºA, emprendió una arriesgada travesía por debajo de las mesas. Pasó por la zona 6ºA-6ºB sin ser advertida y por fin llegó hasta donde estábamos nosotros.

-¡Bien hecho, Pat! -exclamó *Huracán*.

-¡Ha llegado la hora de la venganza! -aulló Iván.

-¡¡Venganza!! -coreó todo 6ºC.

Repartimos las tizas entre los de nuestro bando y enseguida la escena cambió. Los otros ya no tenían munición, y así pudimos dejar de defendernos para empezar a atacar. Salimos de nuestros escondites y poco a poco nos fuimos acercando a ellos y acorralándolos en el centro de la clase. Cada vez recibían más impactos, y nosotros cada vez menos. Ante tal aluvión ni siquiera podían reaccionar para coger las tizas que les llovían por todas partes.

Por fin los rodeamos, y la batalla quedó decantada a nuestro favor. Ya ni siquiera nos agachábamos para lanzarles las tizas, y ellos se acurrucaban debajo de las mesas para intentar protegerse al menos un poco.

Y en esto se abrió la puerta...

...Y entró en el aula el consejo de dirección en pleno, con el director a la cabeza y todos los tutores detrás.

Tardamos bastante en darnos cuenta de aquello, enardecidos como estábamos, venga a gritar y a bombardear con tiza a los contrarios. Pero, cuando lo hicimos, comprendimos que nos la habíamos cargado con todo el equipo.

Primero, por el follón.

Segundo, porque había pasado en nuestra clase.

Y, tercero, porque con 6ºA y 6ºB recibiendo los impactos parecíamos nosotros los “malos” de la película.

Y mientras todos nos quedábamos en el sitio parados con las tizas en la mano, sin saber muy bien qué decir o qué hacer, la profe de inglés escondía un paquete medio vacío tras su espalda, pero no podía disimular la evidencia de las manchas de tiza por toda su ropa.

El director estaba pasmado del susto, y los demás profesores y profesoras no se creían lo que estaban viendo.

Nos miramos unos a otros, porque sabíamos que nada ni nadie nos libraría de las iras del mandamás después de aquello...

Y que la que nos iba a caer iba a ser buena.

Capítulo 11: ¡¡Expulsión!!

-Id todos a los cuartos de baño -ordenó secamente don Andrés-, y lavaos un poco, que estáis hechos un asco. 5ºA y 6ºB, a los cuartos de baño del piso de abajo. Los demás, a los del fondo del pasillo.

Como no estaba el horno para bollos, obedecimos sin poner pegas. Fuimos a los baños y nos pusimos a lavarnos, tensos y silenciosos.

Hasta que tuvo que ser Pablo Hurtado quien hiciera la gracia. Iván estaba bebiendo tan tranquilo en el lavabo cuando llegó Hurtado por detrás y le metió la cabeza debajo del grifo. Con el pelo chorreando, el agredido le preguntó de mala uva:

-¿Es que quieres más guerra, Hurtado?

-¡Ja! -le replicó el otro con guasa.

Y no me preguntéis cómo empezó todo, porque el caso es que no lo tengo demasiado claro. Pero la verdad es que cuando nos quisimos dar cuenta, estábamos todos metidos hasta el cuello en una guerra de agua 6ºA-6ºC, en la que la consigna era mojar a todo contrario que no estuviera ya empapado (bueno, y a los que estaban empapados también).

Al cabo de unos momentos, en medio del furor acuático, *Huracán* asomó la cabeza por la puerta, atraída por el jaleo, para ver lo que estábamos haciendo, y dos minutos después oímos un chillido procedente de los servicios de al lado: las chicas de nuestra clase estaban dispuestas a seguir nuestro ejemplo y empapar a las de 6ºA.

Y mientras, en el cuarto de baño de los chicos, ya estábamos todos como sopas. El suelo estaba encharcado y sucio de las pisadas e nuestros pies, y la ropa y el pelo nos chorreaban a todos; no había nadie seco en muchos metros a la redonda.

Aun así, seguíamos arrojándonos agua unos a otros. Esteban se había apropiado de uno de los grifos, y, colocando el dedo debajo, dirigía el chorro a todos los de 6ºA que se ponían a tiro.

De pronto vi que alguien se dirigía raudo y veloz hacia la puerta. Era nada menos que el soplón de 6ºA, que iba a dar el chivatazo a los profes, cosa que había que evitar a toda costa, ya que

seguramente nos echaría la culpa a nosotros. Así que cuando pasó por detrás de mí estiré un poquito la pierna como si tal cosa, y el chivato cayó cuan largo era en un charco de agua sucia. ¿Y cómo fue que sucedió tan terrible desgracia? ¡Ah, misterio! pero todo 6ºC se rió de lo lindo al ver su flamante polo azul todo manchado.

Entonces, en mitad del fregado llegó el director... y fue terrible.

Los ojos casi se le salieron de las órbitas, se puso rojo, luego azul y después verde y gritó, rugiendo como el león de la Metro:

-¡¡¡¡SILENCIO!!!!

Y todos nos quedamos petrificados como por arte de magia.

-¡¡Todos al salón de actos!! ¡¡Inmediatamente!!

Y allá nos fuimos, sucios y mojados, y bastante compungidos. Mientras bajábamos las escaleras nadie dijo nada, ni siquiera los bocazas de 6ºA, porque todos sabíamos que esta vez no habría piedad para nosotros.

Ocupamos posiciones sin atrevernos a mirar a los ojos al dire ni a don Andrés. Fernando, a mi lado, se rebullía en el asiento, y se puso a temblar cuando don José le dijo que se levantara, junto con la delegada de 6ºA.

-Es el último año que hago de delegado en este colegio, Óscar -me juró en voz baja-. Palabra de honor.

-De todas formas es el último año que pasas aquí, zoquete -le recordé.

-¿Quién empezó la guerra de tizas? -exigió saber el mandamás.

Fernando se alegró de que lo preguntara.

-Fueron los de 6ºA, don José -acusó-. Vinieron a nuestra clase cargados de tizas y comenzaron a bombardearnos. Nosotros sólo nos defendimos.

-¡Porque vosotros nos hacíais la vida imposible! -saltó la delegada de 6ºA.

-¡Pero empezasteis vosotros! -intervino Iván.

-Borrás, nadie te ha dado permiso para hablar -gruñó el director-. A ver, Fernando, cuéntamelo todo desde el principio. Y sé imparcial, ¿quieres?

Fernando inspiró hondo y empezó:

-Verá, cuando pasó lo del cristal y usted dijo que sólo nos daría una oportunidad más, empezamos a portarnos muy bien porque no queríamos quedarnos sin el viaje de fin de curso. Pero los de 6ºA aprovecharon para meterse con nosotros; sabían que no podíamos defendernos porque no queríamos meternos en peleas. Así que, cuando ya estuvimos más que hartos del asunto, decidimos gastarles bromas y jugarles malas pasadas sin que ellos supieran que éramos nosotros.

-¡¡Lo sabía!! -aulló Pablo Hurtado.

Soler se levantó de un salto y me señaló con el dedo.

-¡Seguro que fuiste tú, Montesinos! ¡Tú le diste el soplo a mi padre! ¡Tú metiste aquel sapo en mi cartera! ¡Y lo de la libreta de caricaturas...!

Y enseguida varios más de 6ºA se pusieron a acusar a gente de 6ºC de ser responsables de sus desgracias.

-¡¡¡Silencio!!! -chilló el director.

Poco a poco nos calmamos. El director le dijo a Fernando que continuara, y él lo hizo:

-Entonces les hicimos toda clase de gamberradas para vengarnos de la lata que nos habían dado. Y esta mañana ellos vinieron a nuestra clase cargados de tizas y comenzaron a bombardearnos. 5ºA y 6ºB se unieron a la batalla... y el resto ya lo conoce usted.

-¿Y cómo empezó la guerra de agua?

-¡Yo puedo responder a eso! -exclamó Iván, y señaló a Hurtado-. ¡Ese gusano me metió la cabeza bajo el grifo del lavabo!

-¿Y así empezó todo? No me lo puedo creer.

-Verá, es que 6ºA y 6ºC hemos sido enemigos de toda la vida -explicó la delegada de 6ºA-. Si mal no recuerdo, todo empezó en segundo de Primaria, cuando...

-No, no me lo expliques -cortó don José.

Nos miró largamente.

-No quiero oír una mosca -dijo, cuando el murmullo del salón de actos fue subiendo de tono.

Enmudecimos, y el dire pudo seguir hablando:

-Bien, como iba diciendo, esto ya está pasando de la raya. Tal culpables sois los unos como los otros. Puede que sea una decisión salomónica, pero me parece que es la más justa. 6°C se queda sin viaje de fin de curso.

-¡¡¡No, por favor!!! -gritamos todos... los de 6°C, por supuesto.

-¿Y a eso lo llama “decisión salomónica”? -se oyó la voz de Esteban-. ¿Y qué pasa con 6°A? ¿Por qué no los castiga a ellos también?

-6°A recibe hoy su segundo aviso, la tarjeta amarilla, como digo yo. Pero para vosotros ya van tres. Os lo advertí, os lo volví a advertir, y creo que ya he aguantado bastante. Mi paciencia tiene un límite, y vosotros lo habéis traspasado ampliamente. No hay más que hablar: no iréis a Granada. Por tanto, tendréis clase como los demás cursos mientras dure el viaje. ¿He hablado claro?

¡Vaya si había hablado claro! No hizo caso de las protestas.

Nos habíamos perdido la clase de conocimiento del medio, y luego tocaba lengua. Aguantar aquella clase después de lo que había pasado fue un verdadero tormento. Y encima estábamos todos manchados de tiza y barro, y no del todo secos.

Cuando acabó la clase y pudimos irnos no nos marchamos, sino que nos quedamos comentando la jugada en el porche.

-Ya no tiene remedio -dijo Pat, y un par de lágrimas le empañaron las gafas.

-Fernando, ¿no puedes ir a pedirle al dire que nos perdone? -preguntó Esteban.

-No nos hará caso -respondió él-. Ya viste lo enfadado que estaba en el salón de actos.

-A lo mejor ya se le ha pasado el enfado -dijo *Huracán*.

-No lo creo, Esther.

-Bueno, pero no cuesta nada probar -opinó Alex.

-Claro, porque no eres tú quien se tiene que enfrentar a la fiera -replicó Fernando, picado-.

Mira qué gracia, siempre me tiene que tocar a mí.

-Pero tenemos que hacer algo -dijo Iván-. Ya sólo falta un mes para que acabe el curso y cada cual se vaya por su lado, así que nos queda poco tiempo para estar todos juntos. Yo, por mi parte, pienso ir de viaje de fin de curso aunque sea de polizón en el maletero del autobús. He dicho.

Alex y *Huracán* le aplaudieron con guasa. Iván hizo una reverencia y se sentó.

-Tiene razón -saltó de pronto Esteban-. No podemos dejar que esos caraduras de 6ºA vayan al viaje y nosotros no.

-Bueno, vale, eso está claro -dijo Fernando, ya algo cansado del tema-. Pero es que me va a tocar a mí el mal trago, lo sé.

-Podemos ir contigo, para que no estés tan solo ante el peligro -sugirió Pat, conciliadora.

-¿Y quienes iríamos? -quiso saber Esteban, receloso.

Pat dio una mirada circular. Allí estábamos los cuatro gatos de siempre: Alex, Iván, Esteban, *Huracán*, Fernando, Pat y yo.

-Pues yo diría que todos -dijo Pat finalmente-. Al fin y al cabo aquí estamos los que más lata le hemos dado a lo largo del curso, ¿no?

La idea era muy razonable, como todas las suyas. Estuvimos de acuerdo con ella.

-¿Hay alguien que quiera ir en mi lugar? -preguntó Iván.

-Nada, Borrás, que no te libras -se burló *Huracán*-. Tú a sufrir, como los demás.

Y aquella tarde, después de clase, fuimos a hacerle una visita al director.

Fernando llamó a la puerta.

-Adelante -se oyó la voz de don José.

Entramos en el despacho.

-¿A qué debo el honor de vuestra visita? -nos preguntó el dire, con sorna.

Estaba claro que seguía enfadado con nosotros. Pat y yo cruzamos una mirada preocupada. Fernando tragó saliva y se adelantó un paso.

-Verá, venimos a pedirle perdón en nombre de toda la clase.

-Sí -añadió Iván -. Sentimos mucho todas las gamberradas que hemos hecho desde principio de curso. Y prometemos no volver a portarnos mal.

-¿Estabais informados de que sólo queda un mes para que acabe el curso? -dijo don José, guasón-. ¿Y venís ahora a pedirme perdón?

-Es que algunos de nosotros no volveremos a vernos, y nos gustaría llevarnos un buen

recuerdo -intervino Alex.

-Pues haberlo pensado antes. Lo siento, pero mi decisión es inamovible.

Empezamos a protestar, y nos echó de su despacho sin contemplaciones.

-Don José, ¿hay alguna manera de que nos perdone? -preguntó Pat antes de salir.

El dire se quedó pensativo un momento.

-Sí, puede que haya una -dijo por fin.

A todos se nos alegró la cara.

-¿De verdad? -dijo *Huracán*, muy contenta-. ¿Y cuál es?

-¡Haremos lo que sea, de verdad! -añadí yo.

-Tenéis que descubrirla vosotros.

Y, a pesar de nuestras súplicas, no quiso decirnos más.

-Me da rabia que se ponga tan enigmático -gruñó Iván, cogiendo su cartera-. ¿Qué le costaba decírnoslo?

Al llegar al porche nos encontramos con que todos los chicos y chicas de la clase nos esperaban, ávidos de noticias. Les contamos en pocas palabras lo que había pasado.

Raúl puso cara de preocupación.

-Decididamente, esta vez se ha salido de sus casillas -comentó-. Lo veo negro, muy negro.

Veintisiete pares de ojos se clavaron en él con aire de reproche, y se apresuró a aclarar:

-Vale, vale, retiro lo dicho. Hay que ser optimistas, ¿no?

Pero por su voz estaba claro que él no lo era en absoluto. Y no era el único.

-Me parece que sólo nos queda esperar -resumió Fernando los pensamientos de todos-, y portarnos muy bien hasta final de curso. A lo mejor tenemos suerte y cambia de idea antes del viaje a Granada.

-Lo malo es que esos plastas de 6ºA nos estarán tomando el pelo hasta que se vayan -suspiró *Huracán*-. Y hasta puede que nos manden una postal desde Granada, para fastidiar.

-Y ya me imagino lo que dirá esa postal -añadió Alex-. “Saludos, queridos pringaos: ¿cómo van las cosas por clase? Nosotros lo estamos pasando en grande. ¡Hasta pronto, pardillos!”.

-¿Y cómo vamos a aguantar sus pullas hasta final de curso? -dijo Iván-. ¡Se volverán realmente insufribles!

-Resignación -sentenció Fernando-. No podemos hacer más.

-¿Y por qué no organizamos el partido de revancha para el próximo sábado? -sugirió Raúl, en un momento de inspiración.

Capítulo 12: La revancha

Al principio a Salva le pareció un poco extraño que quisiéramos volver a jugar contra los de 6ºA, porque quedaban muy pocas semanas de clase y, al fin y al cabo, ya teníamos la cancha. Pero le convencimos de que se trataba de una cuestión de honor, y accedió a arbitrar el partido, si nuestros contrarios estaban de acuerdo.

Fernando hizo las gestiones rápidamente. En 6ºA no les pareció mal la cosa, y unos y otros empezamos a hacer los preparativos. Nosotros estábamos tan ilusionados ante la posibilidad de despedirnos con una victoria sobre los de A que nos olvidamos un poco de la faena que nos había hecho el director.

La noticia de nuestro próximo encuentro corrió como un reguero de pólvora por todo el cole, y levantó una gran expectación. Nadie quería perderselo; todos los que podían venir aseguraban que vendrían, y por todas partes se hacían apuestas sobre quién sería el vencedor. ¿6ºA, flamante ganador del primer partido? ¿O acaso nosotros, 6ºC, sedientos de venganza por el asunto “viaje de fin de curso”? La emoción estaba asegurada, y don Andrés y Marina, la tutora de 6ºA, habían dicho que vendrían.

Y por fin llegó el gran día. Teníamos que ganar a toda costa; ya estaba bien de que 6ºA siempre saliese airoso de los problemas en que ellos mismos nos metían y, por el contrario, siempre tuviéramos que ser nosotros quienes pagásemos los platos rotos.

Cuando Paula y yo llegamos al colegio aquella mañana nos quedamos pasmados. ¡Si estaba medio cole allí! Los hinchas de 6ºA se habían colocado en un lado de la cancha, y los nuestros, en el otro.

-Vaya tela -comenté-. No sabía que iban a venir tantos.

Alex se acercó a nosotros.

-¿Habéis visto cuánta gente? ¡Somos famosos!

-Todo el colegio conoce vuestras andanzas -asintió Paula-. Y es que son como para escribir un libro.

En aquel momento Salva se plantó en medio de la cancha e hizo sonar el silbato tan fuerte que por poco nos deja sordos. Nos arremolinamos en torno a él.

-Bueno, chavales -dijo-. Dentro de diez minutos empieza el partido. Decid a los hinchas que despejen la cancha, organizad la alineación y todas esas cosas.

-¿Habrá premio para el ganador? -preguntó alguien con guasa.

Salva supo salir airoso de la situación.

-Aquí lo importante es participar -declaró-, así que el que gane no tiene por qué ser más que el que pierda.

-Mira tú, qué bien ha quedado -comentó Alex.

El ambiente era estupendo. Una gran pancarta confeccionada por nuestros hinchas ocupaba casi todo el lado izquierdo del campo, y decía: “6º C CAMPEÓN, 6º A SEGUNDÓN”. Toda la banda derecha estaba llena de carteles parecidos, aunque más pequeños, animando a 6º A. Se había instalado incluso un banco para los profes, que se llamaba “el palco de honor”.

En suma, prometía ser un encuentro fantástico.

Mientras 6º A tenía a Hurtado como capitán, nosotros nos habíamos abstenido de nombrar uno. Lo habíamos pensado pero, enseguida, surgieron las dudas. ¿Iván Borrás, Raúl Muñoz, Sara Torres, Esther *Huracán* Noguera? ¿O tal vez nuestro portero? Iván era el más decidido. *Huracán* la más valiente. Sara y Raúl, los goleadores. Y Alex era el que estaba quieto y podía dedicarse a dar órdenes. Al final renunciamos. ¿Para qué queríamos un capitán? ¡Éramos un equipo!

-¡Tonterías! -dijo Alex-. ¡Somos una cooperativa, aquí no manda nadie!

Y el partido comenzó.

Empezó atacando 6º A, pero Iván recuperó el balón. Se dirigía a la portería por la banda cuando ocurrió el desastre: se dejó la pelota atrás. Y uno del equipo blanco (o sea, 6º A) se la quitó. Se la pasó a Soler, que tiró a puerta... Esteban despejó, bastante zarrapastrosamente, el balón le llegó a Hurtado como llovido del cielo (¡vaya regalo!), y éste no perdonó. Alex, nuestro portero, se había quedado clavado en el sitio.

Los hinchas de nuestro equipo también. Era alucinante el gol que habíamos encajado: fallo del

centrocampista, fallo de la defensa, fallo del portero, que hace la estatua...

Fernando, desde la banda, nos recriminó:

-¡Vaya gol! Casi un autogol, pandilla de vagos. ¡Hala, a moverse, que a este paso aún nos clavarán seis o siete más! ¡Menuda defensa!

Si las miradas mataran, Fernando habría caído muerto al suelo.

Pero el caso es que tenía razón. Nadie supo cómo, pero en menos de quince minutos nos cascaron tres goles más. Y así estábamos cuando acabó el primer tiempo: cuatro a cero. Los hinchas de 6ºA nos abucheaban:

-¡Qué malos! ¡No pueden ni con las botas!

Y los nuestros, no digamos.

-¡Tenéis una afición que no os la merecéis! -nos soltó un chaval de 6ºA.

-Calla, mico -rugió Iván, de mal humor-. Estamos jugando de pena.

-No hace falta que lo jures, Borrás -se burló *Huracán*-. Sobre todo tú.

Iván gruñó algo que sonó como su acostumbrado “¡Cierra el pico, pelirroja!”.

-Bueno, para solucionar esto -intervino Fernando, muy digno-, lo mejor es que hagáis caso al místico.

-¡Mira éste! -exclamó Esteban, fastidiado-. ¡El todopoderoso entrenador!

-¿Qué pasa conmigo, a ver?

-Que no vales ni para entrenar a alevines, macho -gruñó *Huracán*.

-Me parece que no es ésa la manera de calmar los ánimos, chicos -dijo una voz.

Nos volvimos. ¡Era el dire!

-Es que ellos están jugando mejor -dijo Paula-. Además, Salva está claramente de su parte.

-A mí me parece que está haciendo un arbitraje justo -observó don José.

-Si no se trata del arbitraje -explicó Alex-. No hay problema en ese aspecto. ¡Pero mire usted dónde está ahora!

Alex y Paula tenían razón. Salva estaba con los de 6ºA, dándoles consejos acerca de cómo debían jugar.

-¡Somos unos pobres desgraciados! -se lamentó Fernando-. ¿Es que estamos condenados a quedar siempre en todo en segundo lugar, detrás de 6ºA?

-Y eso que nos van ganando cuatro a cero -refunfuñé-. Al menos podría ser un poco más considerado.

-¿No tenéis entrenador? -inquirió el mandamás.

-Ése. -*Huracán* señaló a Fernando con cara de tedio.

-Oye, ¿qué insinúas? -protestó el aludido, ofendido.

-Bueno, escuchad.

Y el director se sentó a horcajadas en el banquillo y comenzó a hablarnos sobre nuestra forma de jugar. Poco a poco fuimos recuperando la confianza en nosotros mismos, porque oírlo era como para levantarle la moral a cualquiera:

-¡Pero es que no pasáis el balón, qué caramba! Ahora, en el segundo tiempo, a ver si hacéis más jugadas en equipo. ¡Hay que freírlos! ¡Vamos a darles una paliza, qué caray! ¡Si somos los mejores! ¡Si 6ºa jugando al fútbol no es más que una pandilla de “arrastraos”!

-Señor director, la deportividad... -se atrevía a insinuarle uno.

-¡Qué deportividad ni qué ocho cuartos! ¡Hay que ganar! Luego se le da la mano al perdedor y ya está.

-Es que son cuatro goles... -empezaba otro.

-¡Aunque fueran veinte! ¡Pues se remontan y punto! ¡A ver, esos delanteros! ¡Fernández, Muñoz y Borrás! ¿Tan pequeña es la portería que os cuesta tanto meter el balón dentro? ¡Venga, por Dios!

Y así durante todo el descanso. Terminó diciendo:

-¡Vamos, equipo, a ganar! ¡Ánimo!

Con un míster como ése, ¿quién no recobra la confianza? Nuestros hinchas no se mondaban de risa por educación, pero poco les faltaba.

-¡Noguera, marca a Parra! ¡Corta ese envío, Montesinos! ¡No, hombre, no! ¡Torres, a tu sitio!

La verdad es que se le oía a él más que a los hinchas. Y así, en quince minutos, ya íbamos cuatro a dos.

-¡Venga, Fernández, tira!

Cuatro a tres.

-¡¡¡Gooooooooooooo!!! -vociferó don José.

Iván lo miró y movió la cabeza.

-¡Estos adultos...! -fue lo único que dijo.

El juego siguió. En un momento dado, el balón salió por la línea de fondo.

-¡Eso es córner! -protestó el dire-. ¡Árbitro, que estás ciego!

Salva miró pasmado a don José.

-Bueno, si usted lo dice...

-¡Uuuuuuuhhhhh, fuera! -protestaron los hinchas de 6ºA-. ¡Árbitro comprado, pito regalado!

-¡Ha sido saque de puerta! -saltó Marina, la tutora de 6ºA-. ¡Yo lo he visto!

-Pero tú no eres el árbitro -cortó don Andrés-. Es córner para 6ºC, que no andas muy bien de la vista.

-¡Y un cuerno! -protestó don Alfredo-. ¡Yo lo he visto! Peña no ha tocado el balón, el tiro de Muñoz se ha ido fuera directamente.

-Haya paz, señores -intervino don José, muy dignamente-. A ver, Peña, ¿has tocado el balón?

-Yo... esto... s-s-sí... o eso creo.

-¡Ajá! -saltó don Andrés-. ¿Qué os dije?

-Bueno, un error lo puede tener cualquiera, ¿no? -se defendió Marina.

-¡A ver cómo sacas ese córner, Noguera! -gritaba don José-. ¡Todos al área!

Huracán centró como pudo. El balón le llegó a Raúl. Inmediatamente se encontró con Julio Soler encima, que le hizo falta.

-¡¡¡Penalty!!!! -rugió nuestra afición, don Andrés y don José a la cabeza.

-¡¡Eso de penalty nada!! -chillaron los hinchas blancos, Marina y don Alfredo los primeros.

Y entonces, con gran parsimonia, Salva se quitó el silbato y, plantándose frente a los profesores del “palco de honor”, les dijo:

-Miren, puesto que saben tanto de fútbol, háganme el favor de arbitrar ustedes. Yo ya he tenido bastante por hoy.

Depositó el silbato en la mano del pasmado don Alfredo, dio media vuelta y se marchó. Todos nos quedamos quietos en el sitio, estupefactos.

-Era penalty -me comentó Soler.

Lo miré, patidifuso.

-¿Qué dices?

-Que le he hecho penalty a Raúl Muñoz.

-¿Estás seguro?

-¿No voy a estarlo? Le he dado una patada en el tobillo, no se ha caído por casualidad.

-Entonces, ¿qué hacemos?

-¡Pues lanzar el penalty!

-¿Sin árbitro?

-Deja de hacer preguntas estúpidas, Montesinos. En los partidos que jugamos en los recreos no hay nadie que haga de árbitro, ¿no? Pues aquí lo mismo. ¡Eh, chicos! Vamos a lanzar el penalty. Le he dado una patada a Muñoz.

-¡Luego lo reconoces! -saltó Raúl.

-Tú dedícate a lanzar el penalty y calla -atajó Fernando desde la banda.

Mientras, los hinchas seguían pasmados. ¡Ahora resultaba que había penalty! ¿Y quién lo había dicho? ¿Por qué no protestaba 6ºA?

Pero nosotros seguíamos por nuestra cuenta, pasando de todo el mundo. Raúl lanzó el penalty y el portero lo desvió con el pie. El balón me llegó a mí como un regalo venido del cielo. Con el guardameta por los suelos, la portería delante y el balón entre los pies, ¿quién no marcaría?

Fue el gol del empate, pero nuestra afición lo celebró un poco fríamente. Nadie entendía muy bien qué era lo que estaba pasando.

El partido continuó. Estábamos cuatro a cuatro, y sin árbitro. *Huracán* recuperó un balón y se lo pasó a Esteban, Esteban a mí, yo a Paula, Paula a Iván, Iván a Sara, que centró a Raúl, que chutó y... ¡gol!

¡Ganábamos! Estábamos eufóricos, pero Esteban me enseñó el reloj.

-Ya pasan cinco minutos -dijo-. A ver quién les dice a los de 6ºA que se ha acabado el partido. Como van perdiendo...

-¡¡Se acabó!! -gritó entonces la delegada de 6ºA. caminando hacia el centro de la cancha y moviendo los brazos como si fuesen aspas de molino-. ¡El partido ha terminado!

-¡Vencedor, 6ºC por cinco goles a cuatro! -anunció Julio Soler a grito pelado, tras comprobar en su reloj que, efectivamente, ya había acabado el tiempo.

Esteban y yo nos miramos.

-Mira tú, estoy empezando a pensar que los de 6ºA no son tan brutos como parecía -comentó él.

-¿Por qué no hacemos las paces? -sugirió entonces Pat desde la banda.

La miramos. Nos miramos unos a otros. Nos encogimos de hombros.

-Ha sido un gran partido -comentó entonces Raúl.

-Tienes razón -asintió uno de 6ºA.

-Bueno, entonces, ¿qué hacemos?

Huracán daba saltitos muy nerviosa, pero mirando al suelo como si aquello no fuera con ella.

-¡Chócala, Hurtado! -dijo entonces Iván, de buen humor.

Y ése fue el principio de una gran reconciliación. De pronto todos teníamos ganas de resolver nuestros asuntos pendientes con los de 6ºA antes de que acabara el curso, y aquello se convirtió en una especie de confesionario al aire libre. Silvia se disculpó con la chica de A a la que había llenado el pelo de hormigas; yo me reconcilié con Soler, Iván con Hurtado... y Alex cruzó toda la cancha para felicitar al portero de 6ºA por haber parado el penalty... aunque luego fuera gol.

Y, como para sellar nuestra tregua, Fernando y la delegada de 6ºA se dieron la mano en el centro de la cancha. Todos los alabamos, mostrando nuestra aprobación.

¡Y mientras, los profes, en un grupito, discutían acerca de si fue penalty o no!

Nos acercamos a ellos.

-Hem -carraspeó Fernando-. Me parece que el partido ya ha terminado.

Todos enmudecieron y se volvieron hacia él.

-Ha ganado 6°C -informó la otra delegada-, por cinco a cuatro.

-¡Bien por mis chicos! -soltó el director.

-¿"Tus" chicos? -repitió don Andrés.

-¿Quién pitó el penalty? -quiso saber Marina, algo mosqueada.

-Nosotros -dijo Hurtado-. Julio le había dado un puntapié a Muñoz, y lo dijo.

-Hemos hecho las paces por fin -anunció Fernando.

-Me parece, señores -dijo entonces Salva, apareciendo de no se sabe dónde-, que estos chicos nos han dado a todos una lección de deportividad.

Y todos los profes bajaron la cabeza, avergonzados.

-Bueno, bueno -dijo el director al cabo de un rato-. ¿Así que habéis hecho las paces? Eso está bien: es exactamente lo que quería.

-¿Qué quiere decir? -preguntó *Huracán*.

-Eso era lo que teníais que hacer para que os levantase el castigo. Así que, 6°C. ¡preparad las maletas, que os vais a Granada!

¡Y estalló la revolución!

Capítulo 13: Viaje de fin de curso

Y así, por fin, llegó el gran día, que tanto habíamos esperado prácticamente desde principio de curso. La noche anterior casi no pude dormir, y creo que la mayor parte de los de 6º tampoco. Salté de la cama en cuanto empezó a clarear, y desperté a mis padres antes de tiempo, porque no podía aguantar un minuto más.

Mientras desayunaba, Paula me miraba con envidia.

-Hala, qué morro -fue lo único que dijo.

-El año que viene te tocará a ti -la consolé-. Pero tened cuidado tú y los de tu clase, porque vosotros sois también de armas tomar... ¡no vaya a ser que el dire se enfade y os quedéis sin viaje!

-Bah, si llega el caso organizamos un partido de fútbol contra 5ºB y asunto solucionado.

Me despedí de ella y salí por la puerta llevando a mi madre casi a rastras.

Media hora más tarde todos subíamos a los autobuses y daba comienzo nuestra última aventura juntos.

El viaje fue largo y cansado, porque Granada estaba muy lejos. Cuando llegamos ya era casi de noche porque, además, el conductor había tenido no sé qué problemas con el autobús a medio camino, y nos entretuvimos más de media hora.

Casi no me acuerdo de nada de la parte final del viaje. Estaba hecho polvo y medio muerto de cansancio y sólo tengo vagos recuerdos de la llegada a Granada, cuando entramos en el albergue, cargados con los trastos. Pero sí me acuerdo de cuando nos tocó agruparnos por habitaciones. Nos juntamos en el mismo cuarto Iván, Alex, Fernando, Esteban y yo, y, cuando se acalló un poco el jaleo de la instalación, los profes fueron pasando por las habitaciones.

-Ni una mosca -nos advirtió don Andrés-. Podéis hablar si queréis, pero en voz no muy fuerte. ¡Ah! Y nada de pasarse de una habitación a otra.

-Pues qué rollo -comentó Iván.

-Es que los profesores estamos cansados del viaje y queremos dormir. Ya sé que vosotros tenéis mucha vitalidad, pero pensad un poco en los demás. Mañana se suavizarán un poco las normas, pero esta noche no quiero follón. Ah, y apagad la luz ya.

-¿Ya? -protestamos.

-¡¡¡Ya!!! Que son las doce y media. Mañana podréis quedaros hasta más tarde pero, de momento, a dormir y a callar.

Cerró la puerta de un portazo. Nosotros nos metimos en las camas y apagamos la luz.

-Escuchad -dijo entonces Iván-, yo quiero juerga. ¿Qué tal si, cuando no haya moros en la costa, vamos a hacerles una visita a los de la 22?

-No sé -murmuró Fernando-. No creo que aguante hasta que se acuesten todos los profesores.

-Tú es que eres un aguafiestas, Ferdi.

-Puede ser divertido -dijo Esteban dando un bote en su litera-. Yo me apunto. ¿Y tú, Óscar?

-Bueno. Pero como vayamos a la 22 y estén todos durmiendo, no va a ser nada divertido.

-Yo quiero dormir -dijo Fernando-, pero si os vais todos, os acompaño.

-¡Estupendo! -dijo Alex-. Así...

-¡¡¡A callar todo el mundo!!! -rugió don Alfredo, abriendo la puerta-. ¡Vidal, tenías que ser tú!

¡Silencio absoluto!

Y cerró la puerta otra vez. Cuando ya no oímos el ruido de sus pasos, Alex gruñó:

-¿Por qué tenía que venir él? ¡Es un cascarrabias!

-Porque, además de ser un cascarrabias, es el tutor de 6ºB, Alex -bostezó Fernando.

-¿Sabéis? -murmuró Iván-. Sería divertido ir al cuarto de Sara, Pat, *Huracán* y todas éstas.

Están tan chifladas que seguro que acabaríamos zurrándonos en una guerra de almohadas.

-Sí, sobre todo tú te zurrarías con *Huracán* -comentó Esteban-. Os pasaríais toda la noche discutiendo, para variar. ¡Caramba! Qué sueño que tengo.

-Despertadme cuando os vayáis -dije yo-, porque seguro que ya me habré dormido.

-¡Silencio! Viene alguien.

Quedamos callados.

Y creo que me dormí. Recuerdo que mucho más tarde se abrió la puerta, y recuerdo la voz burlona de *Huracán* diciendo:

-Qué rollo, éstos están dormidos...

La puerta se cerró, y al día siguiente tuve serios problemas para recordar si fue un sueño o fue real.

El caso es que cuando nos despertamos ya era de día. O quizá sería más correcto decir que *nos despertaron*. Se oyeron unos golpes en la puerta y la voz de Salva gritando:

-¡Arriba, gandules! ¡Hoy vamos a hacer muchas cosas!

Me incorporé un poco. Tardé en darme cuenta de que no estaba en casa, pero Alex aún tardó más que yo. Porque nos despertó del todo un batacazo monumental y un sonoro taco lanzado por él.

-¡Demonios! -protestó luego-. No me acordaba de que dormía en la litera de arriba. ¡Mi madre, qué golpe!

-¿No ha sido Salva el que ha llamado a la puerta? -preguntó Iván, saliendo de debajo de las sábanas con el pelo alborotado.

-Sí.

-Anoche me dormí. ¿Por qué no me despertasteis?

-Porque también nosotros nos quedamos como troncos. Eh, el dormilón de Fernando aún está roque.

Le despertamos a tirón limpio.

-¡¡Quinto, levanta, tira de la manta...!! -cantó Alex a grito pelado.

Y sin más incidentes bajamos a desayunar. Mientras lo hacíamos, Marina se plantó frente a nosotros y nos dijo:

-Hoy vamos a visitar la zona de la catedral; mañana, la Alhambra; y el miércoles haremos una excursión a Sierra Nevada.

-¡Más monte no! -se quejó *Huracán*-. Que yo ya tuve bastante la última vez.

La carcajada fue general.

Una hora después ya estábamos en el centro antiguo de la catedral.

-¿Qué hay que ver aquí? -le preguntó Iván a *Huracán*, que tenía la nariz metida en una guía turística que se había comprado Pat.

-Qué burro eres. ¿No sabes que aquí están enterrados los Reyes Católicos?

Cuando estuvimos dentro de la catedral, bajamos por una estrecha escalera para ver los ataúdes de los reyes, que estaban en una cámara subterránea.

-¿Y ése de ahí, tan pequeño? -preguntó Alex, señalando un tercero.

-Es de un hijo de Isabel y Fernando, que murió de niño -explicó Pat que, como de costumbre, todo parecía saberlo.

Pasamos el resto de la mañana dando vueltas por los alrededores de la catedral, y por la tarde visitamos el barrio de Sacromonte, con sus cuevas de gitanos y su abadía. Recuerdo que casi nos perdimos al intentar regresar al albergue; Marina y don Andrés nos hicieron dar vueltas y más vueltas por calles blancas, estrechas y retorcidas, muy apurados, hasta que al fin encontraron el camino de vuelta.

Y aquella noche sí que hubo juerga. Lo pasamos en grande burlando a los profes y pasando de una habitación a otra. Finalmente ellos se cansaron y nos dejaron hacer, y nos metimos todos en una habitación, donde pasamos la noche hablando y comiendo chucherías.

Y al día siguiente, aunque muertos de sueño, fuimos a visitar la Alhambra y el Generalife. El Patio de los Leones, la Sala de las Infantas, la Alcazaba...

Marina, la tutora de 6ºB, que sabía mucho de historia, nos contó un montón de leyendas interesantes.

-La Sala de los Abencerrajes tiene una historia muy triste -nos explicó-. Los Abencerrajes eran una familia noble de Granada; según cuenta la tradición, sus enemigos le dijeron al rey Mulén Hacén que la reina le engañaba con un caballero Abencerraje... lo cual se supone que era mentira. Pero Mulén Hacén los creyó y, como no sabía cuál de ellos era el traidor, organizó una gran fiesta a la que invitó a todos los Abencerrajes... en esta misma habitación. Cuando acudieron, confiados, los hizo degollar a todos. Treinta y seis caballeros Abencerrajes.

-¿Justo aquí? -preguntó una chica, temblando.

-Eso dicen. De hecho, si miráis en el fondo de la fuente, podréis ver manchas rojas que, se dice, son restos de la sangre de los Abencerrajes...

Todos corrimos a mirar. Iván se acercó por detrás y en silencio a *Huracán* y le dio un susto, diciendo:

-¡Soy un fantasma Abencerraje!

-¡Ah! -gritó ella, y le dio un empujón-. ¡Subnormal!

-Yo diría que es óxido -comentó Pat, mirando las manchas críticamente.

-Probablemente -rió Marina-. Y probablemente, si el rey mató a los caballeros, fue por razones políticas, y no por celos. La historia y la leyenda no suelen coincidir.

Nos contó también la historia de la Sala de las Dos Hermanas, y de Ibn Zamrak, el poeta que escribió los versos que están grabados en las paredes de la Alhambra. Aprendimos muchas cosas interesantes ese día.

El miércoles hicimos una excursión a Sierra Nevada todos juntos, y disfrutamos de un magnífico día campestre.

-¡Todos arriba! -dijo Salva después de comer-. Vamos a explorar.

Se oyeron gruñidos y protestas por todas partes.

-Mira que sois vagos -comentó el profe de deporte-. Está bien, probaré de otra manera: ¡al que no se levante ahora mismo le cargo la educación física!

Un par de segundos después ya no quedaba nadie sentado en muchos metros a la redonda.

Y por la noche estábamos hechos polvo.

-Menudo día -suspiró Esteban mientras se quitaba las zapatillas, ya en la habitación del albergue-. No puedo ni con mi alma.

-Pues hoy va a haber juerga -dije yo-. Como pasado mañana nos vamos, y mañana por la noche hay que dormir, supongo que hay que aprovechar ésta.

-Ya. Pero aún así me va a costar salir de la cama después.

Aquella noche fue un verdadero martirio para los sufridos profesores. Me acuerdo de que estábamos nosotros a las dos de la mañana en la habitación 25 cuando sonó la voz de alarma:

-¡Se acerca don Alfredo!

Algunos se escondieron bajo las camas. Alex y yo, de puro pánico, salimos pitando y, como los baños estaban antes que nuestra habitación, nos colamos dentro.

El profesor, después de asomarse a la 25, entró en la nuestra, que estaba vacía. Luego entró en los baños y se puso a abrirlos uno a uno. Nosotros temblábamos del susto. Don Alfredo tenía muy malas pulgas.

Los pasos se acercaban... se acercaban...

Miré a Alex, pero él, extrañamente, me guiñó un ojo.

Yo no sabía qué pensar. Súbitamente se abrió la puerta, y solté un alarido.

-¡¡Os encontré!! -gritó entonces Salva, muy contento.

Casi me da un infarto.

-Burro -sonrió Alex.

-Tú sabías que era Salva -comenté, sorprendido-. ¿Cómo?

-Elemental, querido Watson. ¿Qué otro profesor lleva zapatillas de deporte? Sus pisadas se distinguen de las de los otros.

-Muy agudo, Sherlock. ¿Y por qué no me lo dijiste antes? Me habrías ahorrado el susto.

-¿Por qué? Si ha sido muy divertido ver la cara que ponías. Todavía estás blanco.

-¿Puedo interrumpir vuestra interesante conversación para sugeriros que salgáis del wáter y os vayáis a vuestra habitación? -cortó Salva-. Después del berrido de Óscar seguro que don Alfredo, el terror del albergue, ya se ha despertado otra vez.

Y obedecemos rápidamente.

Más tarde hubo otro incidente protagonizado por nuestro inquieto profe de deporte. Sobre las tres y media entró en nuestra habitación, donde estábamos todos reunidos.

-Venga, la comida -exigió.

-¿Qué comida? -disimuló Iván, escondiendo un paquete de pipas tras su espalda.

-¿No tenéis comida? ¡Venga, dadme de comer o me moriré de hambre!

Y es que la comida del albergue no era una maravilla precisamente.

-¡Conque vienes a comer! -saltó *Huracán*-. ¡Serás carota!

-¿Y tú, qué haces en una habitación de chicos?

-¡Pues comer!

-Vamos, dadme la comida u os la confiscaré.

-¡Abusón! -le abucheamos, pero le hicimos un sitio en el círculo que habíamos formado sentados en el suelo.

Aquella noche fue sensacional. Nos quedamos despiertos hasta el amanecer, y lo pasamos en grande.

Por desgracia, el último día en Granada comenzó cuando salió el sol y sus primeros rayos iluminaron los tejados de la Alhambra...

Capítulo 14: Volveremos a vernos

Pasamos toda la mañana en la piscina municipal, refrescándonos y haciendo un poco el bestia, todo hay que decirlo. Y por la tarde nos entretuvimos visitando el resto de la ciudad.

A eso de las siete volvimos al albergue. Los profes nos habían preparado una cena en un restaurante al pie de Sierra Nevada, así que había que ponerse guapos. Cuando estuvimos listos bajamos y nos montamos todos en el autobús.

Tardamos bastante en llegar. No hacíamos más que subir y subir pero, cuando llegamos, vimos que habían acertado con el sitio: había un arroyo junto al restaurante, allí no hacía tanto calor y, cuando anocheció del todo, incluso tuvimos algo de frío.

Habían dispuesto tres filas de mesas, una para cada clase, y una más pequeña para los profesores. Ocupamos posiciones. La cena estaba buenísima y, al acabar, nos pusimos a hablar del curso que terminaba:

-Ha sido un año sensacional -dijo *Huracán*-. Me da pena que se haya acabado.

-A mí también -reconoció Alex-. ¿Os acordáis de las bromas que le gastamos a la señorita Julia?

-Sí -dijo Iván, riendo-. ¡Qué pinta tenía subida a la mesa, buscando una mancha que no existía!

-¡Y husmeando por todas partes en busca de la causa de aquel olor nauseabundo! -añadí yo.

-¿Y cuando salía de la clase a toda pastilla sujetándose la garganta? -recordó Pat-. ¡Eso sí fue divertido!

-¡Qué risa! Y cuando hacía de mujer-anuncio, con esa pintada en la espalda -dijo Esteban-. Y subida a la silla, rodeada de hámsters...

-¡Una rata! -dijo Iván, imitando la voz de la señorita Julia-. ¡Socorro, una rata! ¡Ay, que me mata la rata!

Todos reímos de buena gana. Seguimos recordando cosas hasta que ya no quedó nada por recordar, y entonces alguien propuso jugar a emparejar a los chicos, por votación popular, con la que pensábamos que era su chica ideal. A mí me tocó Pat, a Alex, Paula, a Raúl, Sara, a Fernando la

delegada de 6ºA, etcétera. Y se armó la revolución cuando decidimos, por unanimidad, que Iván y *Huracán* eran almas gemelas.

-¡De eso nada! -se rebeló la pelirroja-. ¡Sois unos sádicos! ¡Mira que emparejarme con este animal de bellota...!

Iván no quiso ser menos.

-¡Pues yo me niego a que me cuelguen un romance con esa bruja! -voceó.

-¡Bruja, yo...! ¡Pedazo de mula!

-Eh, que es un juego -intervino Fernando, conciliador-. Sólo un juego.

De todas maneras, en vista de los resultados, decidimos jugar a otra cosa.

Volvimos al albergue sobre las tres de la madrugada. La velada había sido estupenda.

Aquella noche no hubo juerga. Al día siguiente había que madrugar, porque nos esperaba un largo viaje por delante. Yo, por mi parte, dormí de un tirón toda la noche.

En el autobús, de vuelta a casa, hubo tráfico de agendas y libretas de direcciones. Yo escribía mi dirección en una, la pasaba, y enseguida tenía otra en las manos. Y no sólo yo. Por todo el autobús se oían cosas como:

-¿Quién tiene mi agenda?

-¡Un boli, pasadme un boli!

-¡Eh, tú! Dame tu dirección...

-¿Quieres también el teléfono?

Iván y *Huracán* ya se habían reconciliado.

-Oye, pareja, dame tu dirección y tu teléfono -decía Iván.

-Como quieras, "parejo".

Como no hubo incidentes en el viaje, llegamos a nuestra ciudad sobre las siete de la tarde, y entonces comenzaron las despedidas de verdad. Yo me marchaba ya con mis padres, que habían venido a buscarme, cuando nos detuvo una voz:

-¡¡¡6ºA, 6ºB y 6ºC!!!

Eran Fernando y Esteban, que, subidos en un banco, llamaban la atención a grito pelado.

-¡Escuchad!! -chilló Esteban-. ¡El viaje de fin de curso ha acabado, y también nuestros años en este colegio! ¡Lo hemos pasado muy bien todos juntos!

-¡Sólo queremos decir -siguió Fernando- que hemos sido buenos amigos durante mucho tiempo! ¡Nos hemos enfrentado a exámenes, profesores y cosas por el estilo todos juntos! ¡Ahora, que nadie diga que todo ha terminado, porque...!

Tomó aliento. Los dos gritaron a la vez:

-...¡¡porque volveremos a vernos!! ¡Y no nos olvidéis!

Hubo una gran ovación. Alex e Iván subieron al banco con ellos.

-¡Estoy de acuerdo! -aprobó Alex-. ¡Volveremos a vernos todos, así que, que nadie olvide a nadie!

-¡Y menos a mí! -soltó Iván-. Que cualquier día os llamaré por teléfono y, como no os acordéis de quién soy...

Carcajada general.

-Bueno -dijo Fernando-. Eso era todo lo que tenía que decir.

Más ovaciones. Los cuatro bajaron del banco y se reunieron con sus familias. Alguno recibió una riña por dar tanto la nota, pero yo estoy seguro de que no les importó. Lo que habían dicho era verdad, y todos guardaremos sus palabras en la memoria durante mucho, mucho tiempo.

Terminamos de despedirnos, sabiendo que, aunque aquello parecía un final, no era más que un nuevo comienzo.

Y luego, uno por uno dimos la espalda a nuestro viejo y querido colegio y volvimos a casa.